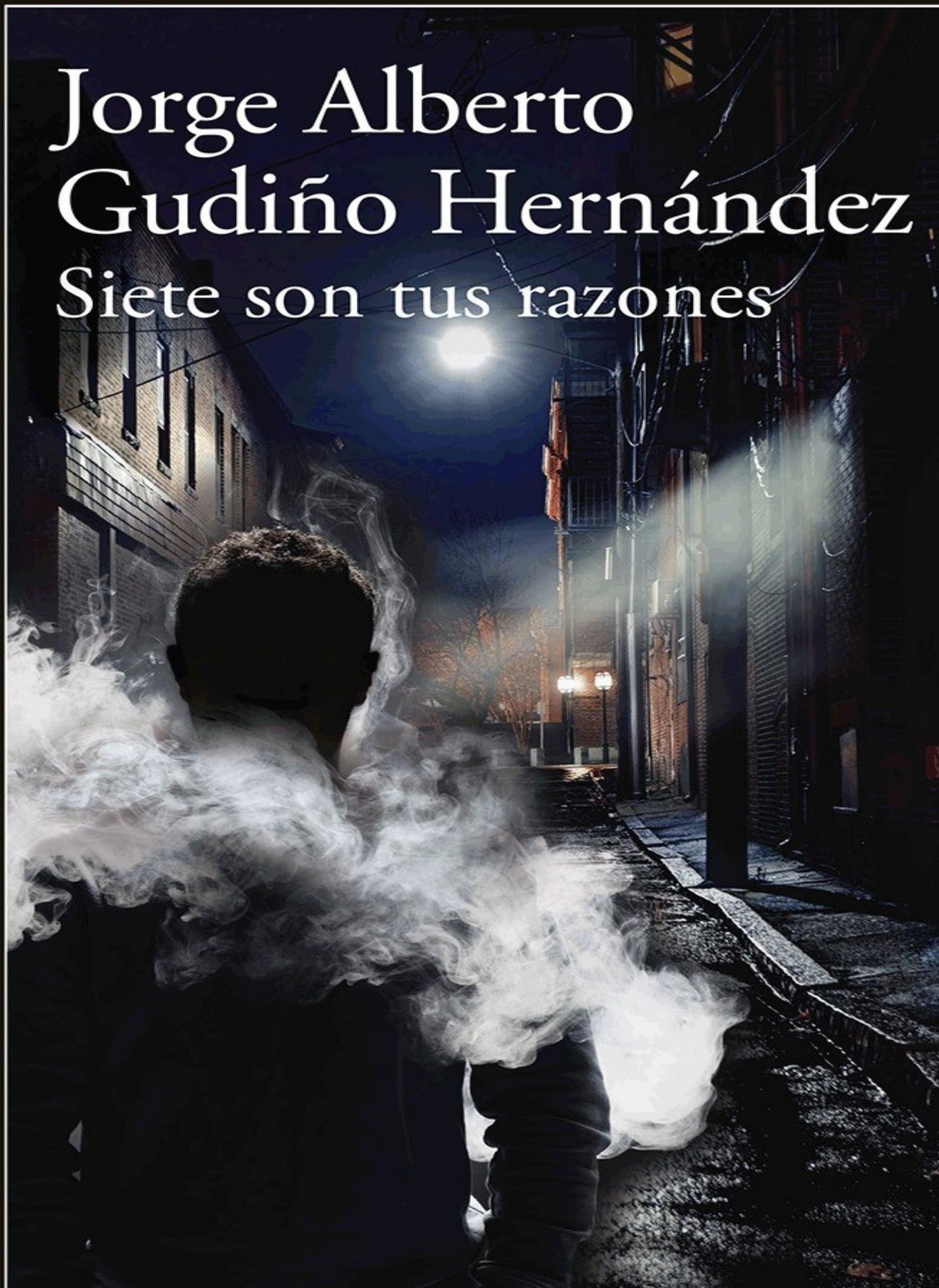


NEGRA
ALEAGUARA

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Siete son tus razones

Narrativa Hispánica



NEGRA
ALEAGUARA

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Siete son tus razones

Narrativa Hispánica



Jorge Alberto
Gudiño
Hernández

Siete son tus razones

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Aneth
Clark
Ere
Ethan
Juan
Lilo
Paola
Santi,
con quienes paso lista a la familia.*

No quieres abrir los ojos.

El cuerpo de Nat se bambolea sobre el tuyo, a horcajadas. Tus manos a los costados. Sin atreverte a tomarla por la cintura. Poco importa la cama desvencijada, las grietas del techo. No te atreves a sentir la piel tibia, casi infantil. Algo te detiene. Tampoco intentas una caricia. Las paredes sucias. Sobre sus muslos. Delgados. Tan diferentes a los que siempre te han gustado. Te conformas con los palpitos. Con el golpeteo que aumenta su frecuencia. Ella no gime. Tú resoplas. Sintiendo cómo se precipita la inminencia. Se cuele un gañido cubierto de sudor. Embistes con menos fuerza. Atento. Demasiado atento. Es humano. El gañido. Ligerero. Si Nat fuera otra persona cambiarías de posición. No quieres terminar tan pronto.

El ruido se convierte en llanto. Quedo. Sabes que no deberías hacer esto. Tus acciones no buscan un pago. El llanto arrecia. Falso. Siempre buscas una ganancia. Es la Niña. La pequeña. Llorando buscando a su madre. A Nat. Reclama alimento a mitad de la noche. Al menos no un pago de este tipo. Exige. Exiges. Se convierte en un pequeño grito.

Te sientas sobre la cama. La oscuridad desvanece al ensueño. Estás solo. Tu espalda reclama una noche más en el sillón. Al otro lado de la puerta, en tu cuarto, la voz de Nat arrulla por lo bajo. Ahora te es más fácil imaginar la escena. Una madre carga a su bebida. Anula tu deseo. Están tan cerca. Te levantas. Los músculos reaccionan con lentitud. Tan lejos. Te estiras. La idea de la Niña te arrebató una sonrisa. La de Nat, un misterio.

Sales a la calle. El frío te estremece. Le robas una bocanada a la noche. Espabilas.

Te refugias en la fonda de los miércoles. No buscas una vida cotidiana. Nada que te haga sospechar que vives con una familia. Que formas una familia. El Fresno ha recobrado su textura. Más un barrio que una colonia. Pides los sopes sin cebolla. Jugo de naranja. Café.

Entretienes la espera con el tránsito de las calles. La parsimonia de los ancianos en franco contraste con la prisa de las señoras empujando a sus hijos hacia la escuela. Librarse de ellos. Truenas la boca. También ser responsables de sus destinos. Ahuyentas las ideas.

Eludes las escenas familiares. Llevas un mes con la pregunta galopándote en la conciencia. La pregunta incluye a Nat, a la Niña y al término familia. Es una pregunta que te corresponde sólo a ti. No la has externado. Si acaso, apenas intercambian palabras. Los diálogos son escasos. Dejas dinero cada tanto sobre la mesa. Te desentendes. Si acaso, cargas a la Niña cuando puedes. Te gusta su olor, los movimientos acompasados de su cuerpo. No duras mucho. Te niegas a aceptar que ese sentimiento se instale en tu interior. Una razón para estar contento. Vuelves a la pregunta. Sigues durmiendo en el sillón de la sala, incapaz de responderla. Rescatar a esas dos niñas de la

calle es diferente a mantenerlas de por vida. Hacerte cargo de ellas representa demasiado. Te has conformado con darles albergue. De momento. Es eso y los billetes sobre la mesa. Nada más.

Y cargar a la Niña cada que hay ocasión.

Sólo eso. La falta de muebles en tu departamento confirma la caducidad del arreglo. También tus fantasías. Deben irse, concluyes con el primer sorbo de café. Aguado. Extrañas a Arcángel. Recuerdas el peso de la Niña entre tus brazos. Extrañas el café que preparaba Arcángel. Sus balbuceos anticipando una sonrisa. Sus cosquillas. Ni modo que vayas a la cárcel a pedirle que te prepare una taza. Te rehúsan a desprenderte de esas virutas de felicidad.

Las razones se acumulan.

Los sopes humean frente a ti.

Tu jefe tiene el tino de la impertinencia. Dejas vibrar el teléfono. Las manos manchadas de salsa roja. Frijoles. Queso. La manteca con que frieron el sope. La llamada se descompone a cada bocado. El jugo apacigua la persistencia del chile. Un mensaje de Alvariano corrobora su insistencia: “Te veo en mi oficina”. El café tendrá que esperar. No hay problema. Es malo.

No pagas. El dueño te despide con un asentimiento.

Se le nota radiante. Hay mobiliario nuevo en su despacho. Sillas cubiertas de cuero. Sonríe. La nariz ganchuda se integra a esa sonrisa. Fantaséas. Quizá al cerrar la boca le dé una dentellada a la punta del apéndice. Eso sí sería gracioso.

Te ofrece uno de los sillones. Están solos. Sus prosélitos habituales aguardan en el pasillo exterior. Alvariano sale por la puerta trasera. El cuero chilla. Está frío. Hiede un poco. Como si lo hubieran mojado. El mueble te absorbe. En verdad es cómodo. Deberías comprarte una cama. Reclinas la cabeza. Al menos un mejor sillón.

¡Pinche Zuzunaga! ¡No te duermas! Nomás falta que me babees la piel. La voz es más aguda que de costumbre.

Su aliento choca contra ti un segundo más tarde. Abres los ojos. La cara del comandante a diez centímetros de la tuya. Se te antoja rompérsela a putazos. Te contiene. Enderezas la postura.

¿Ya está mi asunto? Evitas pedir disculpas. Si Alvariano tiene menaje nuevo es gracias a ti.

Tu asunto, tu asunto. No mames, Zuzunaga. Te dije que eso es con calma.

Su teléfono interrumpe. Contesta.

Con calma, piensas. Que chingue a su madre. Ni que le estuvieras pidiendo su puesto. Sólo quieres dinero. En la quincena. Dejar de pasarle las cuotas. Ir por la libre. Recibir un porcentaje de lo que él se mete. Un puesto como su asesor, sin tener que ir nunca a ninguna oficina. Sin patrullar. No es mucho pedir, considerando que le salvaste el pellejo. Tú solito capturaste a los secuestradores del hijo del diputado. Y de Cherry. Su novia.

Estaba buena la Cherry.

El diputado Manrique. Otro hijo de puta.

Vamos por partes, Zuzunaga. Dice al colgar el teléfono. El procurador está contento contigo. No ha autorizado el aumento pero está de buenas.

Se le traban las palabras. Él sabe bien que tú sabes: lo de la autorización es una mamada. Da

rodeos. Te confirma que ya no debes pasarle la cuota. Todo lo que saques es para ti. De todas formas, no tienes cómo. Has recolectado poco. Saliste de la ciudad algunos días. Con La Amarilla Nelson.

Hay un caso que te puede interesar. Termina Alvariño. El procurador en persona me dijo que te lo pasara.

Vale madres. Ahora va a resultar que eres detective. Te vas a comprar una pipa.

Te extiende una tarjeta. Sólo tiene un teléfono.

Nunca has fumado pipa.

Ya saben que les vas a llamar. Te despide en la puerta. Eso sí, todo lo que hagas es por tu cuenta.

Pendejo.

Pendejo Alvariño por asumir que aceptarás. Pendejo el procurador por sugerirlo. Pendejo tú por aceptarlo. Aún no lo haces, pero sabes que acabarás marcando. Necesitas distraerte. Borrar el deseo por Nat. Clausurar los recuerdos de tu última visita a La Amarilla Nelson.

Te recibió con un entusiasmo que opacaba a su tristeza. Se le notaba febril, impaciente. Como si la esperanza bastara para apartarlo de su dolor.

Su casa estaba en ruinas. Falso. Sólo era el desorden acumulando penas al descuido. Atestada entonces. Un acumulador mañoso, producto de la dejadez y no de la compulsión. La alfombra era de periódicos. Las ventanas de tela apenas permitían sutiles destellos de penumbra. Aun así, conseguiste imaginar los juegos infantiles de antaño. A La Amarilla Nelson sentado en ese mismo sofá del que ya no escapa su desasosiego. Entonces, hace tanto, su sonrisa se distendía a plenitud. Era el patriarca de una linda familia. Su voz de mando. Ahí no importaba que su oficio lo hubiera orillado a falsificar documentos al servicio de un gobernador corrupto. Su hijo, sus nietos bien valían la pena. El fin siempre justifica los medios.

El plan parecía simple pero estaba construido con precisión. Te sirvió tequila. Lo resintió tu estómago. Habías pasado muchas horas sin comer. Dos intrusas habitaban tu departamento. Una ligera duda, leve, alteraba el discurso de La Amarilla Nelson.

¿Cuento contigo? Preguntó tras detallar los pasos.

Querías decirle que sí. Las deudas se pagan. Él había respondido de inmediato cuando lo necesitaste. Aunque el balance de lo que uno le debía al otro podría inclinar el fiel hacia cualquier lado. Él había perdido a su familia. Tú, sólo el trabajo. No hay forma de comparar una comandancia estatal con un hijo, una nuera, sus nietos atrapados en el desmadrito de un narco.

Así que la balanza siempre estaría cargada de su lado. Aunque tú hubieras operado en contra de ese criminal que salió libre por la venia del gobernador. La Amarilla Nelson había sido el encargado de falsificar las actas de defunción de los suyos, de esa brizna de felicidad también desaparecida de estas paredes.

Estoy contigo. Respondiste rellenando los vasos. Ahora se hablaban de tú, como sólo lo pueden hacer, tras tantos años de formalismos, quienes saben que están por acometer sus últimos pendientes.

La botella se vació pronto.

Bajas de la patrulla. El otoño acarrea brisa fresca. Acentúa el sudor de tu espalda. Consideras tomar el suéter pero vas dos pasos tarde.

Tomas el papel con dos dedos. No quieres contagiarte de la virulencia de Alvariño. De sus malos hados. Caminas hasta el teléfono público. Es mejor no correr riesgos. Al marcar descubres que no tienes idea de lo que dirás.

Zuzunaga. Te sorprende tu nombre porque no lo has dicho tú.

¿Sí?

Una dirección. Un restaurante. Una hora para llegar. Una cita. No alcanzas a preguntar nada. La comunicación se corta. El viento infla tu camisa. Un sudor nuevo sustituye al que se acaba de secar. Tiene una consistencia distinta. Rompes la tarjeta. Ya no llamarás a ese número.

Llegas al puesto de jugos.

¿De mamey? Te saluda don Pepe. ¿Por qué no se llama licuadero?

Asientes. Dejas que el ruido se cuele en tus pensamientos mientras se licúa la fruta. Ignoras por qué accediste. Sabes que irás: obedecer a Alvariño es una consigna a la que te aferras. Así entretienes la incertidumbre. Te pierdes.

La plática es trivial. Sin novedades. Te muestra la portada del periódico. Un nuevo escándalo de corrupción. Un secretario de Estado.

Deberían agarrar a esos cabrones. Suelta buscando tu complicidad. Olvida que eres policía.

Sonríes.

Sí, deberían.

Dejas un billete en la barra antes de que te condone el pago.

Sientes el azúcar en los dientes.

Deberían.

¿Es tan mala idea coger con Nat?

No sería lo peor que le ha pasado en la vida. A ella. Tampoco lo peor que has hecho. Tú. Podría ser un acuerdo que beneficie a ambas partes. Una mujer a la mano. La tersura de una piel joven aunque maltratada por el tráfico en las calles. La posibilidad de vaciarte en ella. De permitir que convivas con la mujer con quien coges. ¿Hace cuánto que no vives con una? Para Nat, la seguridad que da una casa. Ya no tendría que mendigar con la Niña en brazos. Expuesta. Expuestas. Y todo a cambio de coger un poco. Cada tanto. Al ritmo de tus ganas.

Te imaginas amueblando el departamento. Una cama grande. Para los dos. Una cuna al lado. Mejor una mudanza. Dos recámaras. Un comedor en forma. Dejar de huir por las mañanas. Una sala. Los huesos reposando en un colchón decente. Abrir la puerta por las noches para mirarlas dormir. También dos baños. Alcanzar el sueño habiendo descargado. El cuerpo desnudo de Nat caminando sin pudor.

Observándote. También desnudo. La expresión cansina. Una erección a medio camino. Por

fuerza terminaría comparándote. Con los otros hombres de su vida. Más fuertes. Con el padre de su hija. Correosos. Con Carmelo. Sin panza. Hijo de puta.

Sí, deberías cogerte a Nat. Hacerla gritar. Para que olvide a Carmelo. De seguro concibieron a la Niña debajo de un puente. La ropa puesta. Su hombría no lo vuelve más hombre. Él escapó. Estaba bien dotado, recuerdas. Dejó a su Niña. Quien abandona no tiene derechos. Metérsela hasta dentro. Jalar su pelo. Lastimarla un poco. Lo merece.

Sí. Deberías cogerte a Nat pero sabes que no lo harás. No por ahora. Hay algo en sus ojos muy abiertos que te detiene. Ignoras si es sólo su mirada. O Carmelo. O la Niña.

O, tal vez, ya no sabes lo que quieres.

El restaurante es caro. Lo notas al entregar las llaves de la patrulla a un sujeto uniformado. De traje. Viste mejor que tú. No haces el intento por alisar tu camisa. Apenas te aseguras de que esté bien fajada.

Titubeas frente a la recepción. Tras la puerta con cristales. Es una zona de paso con exceso de madera. No te intimida. Conoces este tipo de lugares. Simplemente no sabes qué decir.

Da igual. Si nadie te espera podrás cenar con calma. Como antaño. Eligiendo los mejores platillos, el vino más caro. ¿Hace cuánto que no te permites un lujo?

Buenas noches. La recepcionista es guapa. Mucho más que Nat. A ésta sí te la cogerías sin duda. Tienes pocas posibilidades. La sonrisa te recibe. Una blusa blanca y un botón suelto de sobra.

Viene con nosotros. La voz es grave. Acorde a un cuerpo enorme. Moreno. Tan obeso como fuerte. Sin lugar a dudas los guardaespaldas entran siempre en el molde. Deberían servir para ejemplificar los estereotipos.

Lo sigues hasta la mesa. Algunas miradas los juzgan al pasar a su lado. Son hombres de negocios. Uniformados. Los distingues el color de las corbatas y el diseño de las mancuernillas. Tan distinto a otra época, cuando esos mismos hombres que siempre son otros te saludaban al pasar.

Llegan a un gabinete de cuatro plazas. Vació. Te deslizas con un poco de esfuerzo por uno de los costados, sobre la piel verde. Observas al gigante que ha crecido desde tu nueva perspectiva. Por nada del mundo te perderías las contorsiones que tendrá que hacer para sentarse frente a ti.

Los señores vienen con retraso. Te decepciona más la falta del espectáculo que la impuntualidad. Le piden que vaya ordenando, que coma. Ordene lo que quiera.

Eliges con calma. Hay sopa de cebolla. Siempre la pides. Para comparar con las que se archivan en tu memoria. El éxito del potaje radica en el grosor del corte. Las tiras deben ser casi transparentes, para lograr una buena cocción. Para desaparecer el sabor de la hortaliza. También eliges el pato. No entiendes por qué suelen disfrazar la intensidad de su sabor con salsas y compotas. Cada tiempo lo bañas con un líquido diferente. Comes. Está sabroso. Pese a ello, reconoces el ligero patetismo de tu imagen. Contrastas con el resto de los comensales. No sólo es la ropa. Los ademanes los imitas a la perfección. La servilleta sobre tus piernas. La posición de los cubiertos. Es la comida en solitario. Consideras pedir más para llevar. No vale la pena.

Calentar estos platillos es complicado. Nat no podría apreciar la comida. Diferenciarla de otra. Leslie tal vez. Su paladar se ha entrenado en Nueva York. Es sencillo imaginarla en un restaurante fino al lado de Mark. Bendito Mark. Sonríes y, de inmediato, tuerces el gesto. Demasiados nombres acompañando al nombre de tu hija.

Además, ella no está aquí.

Leslie.

Demasiados nombres para imaginarla. Para apretar un recuerdo. Sacarlo del tubo del dentífrico. Formar una sola figura con la pasta. Leslie. Un nombre en solitario que puedas recordar.

El último trozo del pato se escapa de tu tenedor. Lo pescas al borde del plato. Lo llevas a la boca. Te dejas seducir por su sabor. Siempre dejas el mejor bocado para el final.

¿Cenó bien?

Frente a ti dos hombres. Bastante parecidos. Uno es un poco más alto. El otro más grueso. Amagas con incorporarte. Aún masticas los residuos, los buscas con la lengua entre los dientes.

No se levante. Dice uno de ellos. Es casi una orden más allá de la cortesía. Se acomoda frente a ti, deslizándose al fondo del gabinete. El otro se sienta a su lado.

Tres vasos de agua mineral llegan a la mesa. Convocados por una fuerza superior. Inexpugnable.

Somos H y H.

¿H y H? Preguntas un tanto divertido. Una hebra de pato entre tus muelas.

Sí, H y H. El tono tiene algo de solemne. Interpone una distancia peligrosa. No es que pretendas confiar en ellos, pero parecen esforzarse para que no lo hagas.

Homo y Hetero. Mucho mejor. Asignas los nuevos nombres. En cualquier otra circunstancia los dirías en voz alta. La burla como aliada a la hora de romper el hielo. Tampoco es que pretendas la camaradería: ese espacio vedado para los solitarios.

Pierdes las primeras palabras luchando contra la carne. Mueves la lengua intentando no hacer muecas. Pronto estás al tanto. Homo y Hetero son hermanos. Obvio. Los crío un tío. Hace un par de meses le dispararon en la calle. Frente a ellos. De milagro no resultaron heridos. El tío murió. ¿H mayúscula? Había cámaras de seguridad. Mejor Bi. Sabían quién había disparado. El tío Bi, criador de Homo y Hetero. Dieron parte a las autoridades. De nuevo el cosquilleo: ¿y si tú también eres bi? El mismo procurador firmó la orden de captura. En un operativo policial desmontaron un laboratorio de metanfetaminas donde trabajaba el asesino. Varios se resistieron al arresto. Nuevos balazos. El aire enrarecido por la cocción de los cristales. Tres muertos. Uno de ellos, el culpable.

Una vida por la otra. Concluye Hetero. Es el alto. Ya lo decidiste.

¡No valen lo mismo las dos vidas! La voz de Homo es aguda. Mi tío era un gran hombre. Te preguntas si va a llorar.

No entiendo qué necesitan de mí.

¿Café? Ofrece uno de los hermanos.

Aceptas. Quizá aquí sea bueno. No como el soluble de la fonda. Quizá consigas ablandar el trozo de pato que se ha embutido entre tus muelas.

Estamos seguros de que el asesino escapó a la redada. Nos engañaron para que dejáramos de dar lata.

Una pausa. Disimulas el buche de agua mineral. No sale. Lo haces recorrer todos los intersticios de tu boca. Se ha apretado. ¿Será una broma? De seguro Alvariño y el procurador te mandaron para entretenerte. Le sacas algo de dinero a la diversidad sexual y ellos dan por saldada la deuda que tienen contigo.

Sigo sin entender. Replicas. En parte es verdad. Buscar a un muerto puede tardar toda una vida. Sobre todo, habiendo presupuesto.

Necesitamos dos cosas de ti: demostrar que sigue vivo y que lo encuentres.

¿No sería más fácil que les ayudara el procurador? La pregunta es más un sondeo para averiguar el tipo de relación que los H y H tienen con el jefe de tu jefe. ¿Quién se queda con Homo y quién con Hetero?

Él nos dijo que lo viéramos contigo.

Ya está. Ni hablar. Sabes reconocer las órdenes en cualesquiera de sus formatos.

¿Cómo se llama? Inquieres aceptando la encomienda.

¿Quién?

Pendejo. Ni modo que le estés preguntando el nombre de la colonia donde se encuentran.

El asesino.

Néstor Quiñones.

Se levantan sin decir nada más.

Hugo te dará un teléfono. Sólo nos podrás marcar desde ahí. Señalan al guarura inmenso. Hugo. Otra H. No se te ocurre ninguna orientación sexual para asignarle.

Los sigues con la mirada. No se despiden de nadie. Tampoco voltean a verlos ni pagan la cuenta. Hugo se va tras ellos.

El mesero pone la taza frente a ti. También un sobre y un teléfono. Se retira. Es moderno. Mucho más que el tuyo. Esperas a que esté lejos para dar el primer sorbo. Tiene la consistencia cremosa de una buena preparación. Lo bebes con calma. Es bueno, reconoces, no tanto como el que te preparaba Arcángel, pero es bueno. Descansas la cabeza en el respaldo. Has aprendido a apreciar la aparición de los placeres.

En el sobre hay billetes y un número telefónico. Sólo eso. Lo guardas en el bolsillo de tu pantalón cuando te incorporas. Sales sin pedir la cuenta. Aceptas las pastillas que te ofrece la recepcionista. No muestra asco cuando te ve meterte el dedo en la boca. Con el envoltorio de las pastillas consigues desatorar la carne mientras traen tu coche.

A la tarde aún le quedan varias horas de sol.

Comprar una cama no es sencillo. Sobre todo, si exiges que la entreguen hoy mismo. Eso reduce las opciones. Sólo has podido escoger entre las disponibles en tienda. No importa. Cualquiera es mejor al sillón fatigado. Enterrándose en tus riñones. En tus dolencias.

Nat los recibe con sorpresa. No sólo por la hora. Por los dos cargadores haciendo lo posible para meter una cama matrimonial a través de la puerta. Se esfuerzan. La mirada de Nat se carga de dudas. Bien podrías pedirles que la acomodaran en la recámara. Más: que se llevaran la otra.

La Niña en el sillón se despierta. Ellas tienen una vida en el departamento cuando tú no estás. El peluche a su lado. La mantita sobre la mesa. Interceptas a Nat. Levantas a la pequeña, que atenúa sus reclamos. Le gusta el vaivén, sentirse en brazos.

¿Dónde la acomodamos? El sudor escurre de la pregunta.

En el cuarto. Dices sin dejar de mirar a Nat. Es un animalito temeroso. Primero hay que sacar la otra.

Se mueven alrededor de la estancia. Nat y tú. En esquinas opuestas. Una danza musicalizada por los incipientes balbuceos de la Niña. Sus ojos son un ventanal ahíto de suspicacias. Incluso percibes el juicio de los mudanceros. Eres viejo. Nat apenas una niña. La bebé en tus brazos debe contarles una historia conocida, pero ellos no están para juzgar abusos ni perversiones.

Déjenla aquí. Les indicas señalando la cama vieja. No te interesa lo que piensen de ti. De ustedes. Si logran o no actualizar sus prejuicios.

Los despides con una buena propina.

Me duele la espalda. Aclaras antes de pasarle la Niña a su madre. Su llanto sólo puede traducirse en hambre o en pañales por cambiar. Nada que tú puedas resolver. Estarán más cómodas en la cama grande.

Nat se encierra con la pequeña. Aprovechas para ir al coche. Vuelves con almohadas nuevas y un juego de sábanas. Matrimoniales. Para ellas. También traes una botella de ron. Dulce. De buena calidad. Contrasta con el sabor del tequila que te sirvió La Amarilla Nelson.

Lo apuraron pronto. Para darse ánimos. Durmieron tirados en el piso. Recargados contra los sillones. La mañana te recibió con una resaca leve. Punzaba en tus sienes. La Amarilla Nelson ya estaba despierto. Preparó un desayuno sencillo. Huevos poco cocidos. Café de olla. Los humores saliendo de la taza. No era un buen café. Nunca lo es el de olla pero tiene algo de benigno. La dulce presencia del piloncillo espabila más que la cafeína.

Pasaron el día entero recuperando fuerzas. Repensando el plan. Limpiaste el arma que te dio. También la suya. Dos Berettas sin número de serie. Con silenciadores. Dispararon en el patio trasero. Cubierto por una carpa. La casa estaba en una colonia venida a menos. Los vecinos poco debían saber del silbido atenuado por los cilindros. Eran buenas armas. No se le podría atinar a una mosca a cien metros de distancia pero tendrían a sus enemigos más cerca.

En la tarde fueron a comer al centro. Dos turistas más pagando por el exotismo. Un pajarero se paró frente a su mesa. Traía una jaula pequeña con tres pajaritos. También una caja minúscula con papelitos doblados. Aceptaron que les leyeran su suerte.

La primera de las aves seleccionó un papel morado. El tuyo. “Oportunidades de negocio se avizoran en su futuro.” El naranja lo tomó La Amarilla Nelson del pico del animal. Lo leyó sin alterar su semblante. Lo dobló de vuelta para meterlo en el bolsillo pequeño de sus pantalones.

Que sus enemigos sean menos poderosos que sus amigos. Te reveló el augurio.

Alzaste los hombros.
Quizá lo sean. Respondiste.
Quizá. La pausa tuvo una consistencia brumosa. Quizá.
Regresaron a su casa para prepararse.

Nat sale cuando llevas dos tragos encima. Apenas lo justo para que un ligero calor entibie tu ánimo.

Ya comió.

Va a la cocina. Busca en el refrigerador. Te sirves de nuevo. En la alacena. Das un sorbo. Prepara algo.

Pone un sándwich frente a ti. Estás sentado en la única silla. Su plato se queda esperando en su mano. No debe gustarle el banco.

Mejor en el sillón. Cargas con la botella, tu vaso y la cena inesperada. Se sienta del otro lado. Comen en silencio. No está bueno. La espías de reojo. Le faltan condimentos. Es linda. Sólo es pan y jamón. Come con ganas. Con hambre. Recuerdas su cara sucia. El miedo acechando en su expresión. Ojos enormes. Te descubre. Volteas rápido. Das una mordida grande. El pan se pega en tu paladar.

Un nuevo silencio se instala. Nat termina de comer. Va a la cocina con su plato.

¿No te gustó?

Lo muerdes por toda respuesta. La memoria del pato aún palpita.

Vuelve con un vaso.

¿Me das?

No la miras. Tomas el vaso de su mano. Rozas sus dedos. Nat debe rondar los dieciséis años. Apenas. Sirves la misma cantidad que en el tuyo. Beben en silencio. Ella hace una mueca al tragar. Te causa gracia. Sigue siendo una niña. Una niña con otra Niña. Bebiendo contigo en tu sala, que también funciona como habitación.

Es tan linda y tan diferente a todas las mujeres a quienes has querido.

¿Tons qué? La pregunta se le forma en la garganta tras vaciar el vaso. Se nota que quería agarrar valor. Se percibe una carraspera.

Te gustaría contestar “¿qué de qué?” o algo parecido, pero sabes bien a lo que se refiere. Tú mismo has estado considerando todas las posibilidades que caben en esas dos palabras.

Llenas los vasos. Ahora la miras a los ojos. En verdad son grandes. Contienen más expresiones de las que puedes nombrar. Conviven la indefensión y el zarpazo postrero del animal agazapado. Te resulta imposible saber cuál respuesta la haría feliz, cuál está más cerca de sus deseos. Sospechas, sólo eso, que no quiere volver a la calle. Deben ser obvias las ventajas de vivir aquí. Para ella. Para la Niña. La incertidumbre es lo difícil. Desconocer su situación. El temor a que cualquier día las eches fuera. Mendigar de nuevo. Dormir a la intemperie, en esos refugios hechizos de cartón y mantas luidas.

Alzas el vaso. Lo pones frente a ti, a medio camino entre los dos. Nat comprende y lo choca contra el tuyo.

No sé.

Baja la mirada. Igual que ante la misma respuesta lo hizo Tamara. La pregunta era otra pero también estaba relacionada con el futuro. Tamara. Hace poco más de un mes que murió y es justo ahora cuando aparece su fantasma.

Bebes hasta el fondo. Comienzas a sentir los efectos del alcohol. Te sirves de nuevo. Sólo tú. Nat conserva casi todo el ron.

Tamara. La asociación es simple. Es la última mujer con quien te acostaste. Más. La querías. Más aún. La mató Carmelo. Frente a ti. Carmelo. El padre de la Niña. Carmelo. La hija de Nat.

Los vasos chocan de nuevo.

No sé. Repites. Sabes que tu mirada se está opacando. Las palabras pierden precisión.

Ese hijo de puta. Rellenas tu vaso. Los ojos de Nat anticipan su miedo.

¿Sabes algo de Carmelo? Intuyes que Nat sabe más cosas sobre él de las que te dijo antes, en una conversación difuminada por la luz de los velatorios y la lluvia.

Ahora es Nat quien da un sorbo. Niega con la cabeza.

Se fue para el otro lado.

¿A buscar trabajo? ¿Para mandar dinero? Tu voz se torna agresiva.

Un trago más. Sin brindis. Sin choque de cristales.

No. Responde lento. Para escaparse.

Presientes cosas pero tu pensamiento no alcanza el ritmo necesario para anticiparlas.

De ti. Concluye Nat y bebe hasta el fondo. Se sirve un poco más.

No le preguntas lo más importante: si lo quería. La observas. Así que sabe cosas. ¿Cuántas? ¿Cuáles? Sabe que no has sido bueno para ella. De no ser por ti, Carmelo estaría a su lado. Tal vez, incluso, fuiste el causante de que la Niña no tomara leche algún día. Esos últimos billetes que le arrebataste a Carmelo bien podrían haber sido para comprar comida. Para él. Para Nat. Para la Niña.

Sientes el vértigo de la caída. Buscas asideros. El llanto amenaza en sus esclusas. Tamara. Ese hijo de puta. No merece compasión.

Bebes hasta el fondo. Pones tu mano sobre la pierna de Nat. El terror se instala en la inmensidad. Su muslo es delgado. Sus ojos aún más grandes. La tela rala de su pantalón. Su mano tiembla y tira algo del líquido. No acaricias. Aprietas. Tamara. Carmelo. Nat.

Escuchas los ecos. Deberías coger con Nat. Cogerte a Nat.

Acercas tu cara a la suya. Es guapa. No. Es linda. Reculas. Sigue siendo una niña. Una niña con otra Niña.

¿Están a gusto aquí? Aflojas la presión. Alejas tu cara. Retiras la mano.

Sí. Estamos bien.

Tons eso. Respondes por fin.

Rellenas el vaso. La botella casi vacía. Brindas con Nat. Con la cara le haces la seña de que se vaya. Bebes el resto. En la cocina encuentras una cajetilla de cigarros. Abierta. Enciendes uno. Son de los que Nat vendía sueltos afuera de los velatorios. Caladas profundas. Tal vez no sea tan mala idea volverte un fumador.

A tu salud. Le dices a Tamara y la invitas a estrenar tu nueva cama. Contigo. Poco te importa su

consistencia espectral.

Te despierta un repiqueteo. Más intenso que los anteriores: agazapados tras la bruma del sueño. No es tu celular. Es el nuevo. De ahí que los pitidos revienten la modorra. Tardas en tomarlo. La pantalla es cristal luminoso lacerando tus ojos. No hay más ruidos. Tampoco penumbra. Si acaso la mañana aguardando a tu prestancia.

Tardas más. En incorporarte. En beber agua del grifo. En constatar que Nat y la Niña no están. En calentar un café horrible. Tardas, pero recuperas esos extractos de humanidad sepultados por la cruda. No es tan grave. Los has tenido peores. Dos aspirinas. Un buche de café. Ojalá hubiera Coca Cola.

Tardas porque entras al baño. El vapor en las paredes te cuenta cosas mientras cagas. Hace un buen rato que no estás a solas en casa. Abres la regadera. Te bañas. Pausado. Desprendiéndote de la noche. Tardas. Te afeitas bajo la ducha. Sin espuma ni jabón. Así lo has hecho toda tu vida. Crees escuchar la siega de tu barba. Es un recuerdo que siempre se activa al rasurarte. Un recuerdo de juventud. De cuando te rasurabas sin agua. Tardas.

Regresas a la sala. Al teléfono que ha vuelto a pitar. Tres, cinco, ocho veces.

A los patrones les gusta que conteste rápido. Un mensaje de texto. Lo firma Hugo.

Consideras contestar: “A mí no”. Te detienen los mensajes anteriores. Tu tardanza los ha puesto de malas. El primero de la serie es un video. Un nuevo video. El mundo entero ya lo es. Los siguientes son exigencias: que lo veas, que acuses recibo, que te pongas a hacer algo para justificar tu pago.

Recibido. Tecleas sin dar más explicaciones.

Te sientas a la mesa. Un nuevo sorbo de café. Presionas el triángulo que inicia la secuencia. Un triángulo en medio de un círculo.

Conoces la calle. También la refaccionaria. Enorme. No muy lejos de tu zona de adscripción. De El Fresno. Sobre una avenida. Autopartes. Un gran flujo de clientes. De todo tipo. Mayoristas, mecánicos, conductores distraídos. Montacargas en el zaguán. Un Mercedes se estaciona. Sale un hombre gordo. H y H se ven minúsculos en el margen opuesto de la toma. Varios guardaespaldas. Es de día. Una moto baja la velocidad. El chico de atrás no lleva casco. Es quien dispara. Quizá no sea tan joven. Acierta. El hombre cae sobre el cofre de su coche. Néstor Quiñones. Un par de guaruras saca sus armas. La motocicleta acelera. El resto corre en torno al tío. El tirador no vuelve a disparar. Salen del cuadro. H y H se acercan con prisa pero sin correr. Es todo.

Se interrumpe el video. Tu otro teléfono también pita. No es el otro. Es el tuyo. Tardas en acostumbrarte a la diferencia.

Descubres la llamada perdida de Leslie. Tus dedos le marcan con impaciencia. Hace un par de semanas que no sabes de ella. Te había marcado para anunciarte la noticia. Buena y mala. Era muy probable que obtuviera la nacionalidad gringa. Nunca tendría la necesidad de vivir de nuevo en esta cloaca. El proceso significaba no poder salir de ese país durante un año.

Así que serás tú quien me visite. Concluyó alegre.

Escuchas el tono de la espera. Tres veces. Cuatro. Antes de la quinta entra la voz magnetizada

del buzón de mensajes. Cuelgas. No has pensado en qué decirle. Prefieres que vea en el registro la llamada perdida. Así sabrá que respondiste. Que sigues aquí.

Ya estoy en eso. Amplías tu respuesta para Hugo.

La verdad es que no tienes idea de cómo proceder. El video es claro y las conclusiones también.

Desayunas huevos ahogados en salsa de chile morita. Más que plato, es una olla de cerámica. Los bordes descarapelados. El barro aguanta poco. Una de las dos orejas de la vasija ha desaparecido. Pero la cazuela sigue cumpliendo su función: transmite un regusto añejo, a sabores de otra época.

Comes con calma. Enchilándote. Rebañas la cazuela con la tortilla. Bebes el jugo de toronja con avidez. Esperas hasta que el enchilamiento haga desaparecer la cruda. No debes tomar así. No debes tomar con Nat. Te afloja la templanza, despierta tus culpas. Si no, por qué le habrías dejado tanto dinero sobre la mesa. Te estás convirtiendo en un viejo sentimental. Sentimental y sin sexo. Carajo.

Ves la hora. Aún tienes tiempo. Soplas al tarrito lleno de atole. De guayaba. Observas la calle, sus ritmos. Te refugias en esa contemplación para ordenar tus dudas.

No vas en orden. No partes de lo evidente. Sabes que no puedes responder, ahora, por qué Néstor Quiñones asesinó al tío de los H H. Eso vendrá después. Te preguntas, en cambio, cuál es la relación de Homo y Hetero con el procurador. La respuesta parece más complicada de lo que se ve a simple vista: no es, por supuesto, un amigo de la familia ayudando; tampoco te parece que sea uno de esos favores bien pagados. Hay algo que no funciona con claridad en esa relación. Algo que, sospechas, oculta cosas importantes.

Das un trago más largo, permitiendo que el dulzor inunde tu boca. Dejas al líquido ahí. Un segundo, dos, tres.

Cuco aparece con su cojera a cuestas. Llega venteando. La boca un poco abierta. El hambre producida por los aromas de la cocina. El nerviosismo descansa en sus bastones. Se para frente a ti. Al otro lado de la mesa.

No es afable. No pretende serlo. Cuco. Tampoco lo propicias. No saludas. Atestiguas el ritual sin inmutarte. Recarga uno de los bastones contra la pared. La mano en el respaldo de la silla. Se afianza sobre el suelo. Desabrocha dos botones de su camisa. Mete la mano libre. Se equilibra. Es el momento en que debería caer, supones. No lo empujas. Adivinas que el sobre está sostenido por su cinturón. Si cayera no lo levantarías. A Cuco. Lo saca de entre su ropa. Tampoco lo maltratarías más. Eso ya lo has hecho. Lo pone sobre la mesa. Si acaso, disfrutarías verlo retorciéndose en el suelo. Lo empuja hacia ti. Una babosa escocida. No dice nada. Se abotona la camisa. Recupera el bastón y se aleja.

Cuco. Tu voz es suave, casi amistosa. Se detiene. Gira sobre su propio eje. Despacio. ¿Extrañas a tus amigos? Sus puños se aprietan sobre las agarraderas de los bastones. Se tambalea. Mira el dinero sobre la mesa. Tú también eres un hijo de puta, debe pensar cuando por fin consigue irse sin responder.

Éste es un asunto de dinero. Suspiras. No como el del procurador y los hermanos. Apuras el último trago de atole. Podría estar protegiéndolos. De eso no cabe duda. Lo que no es claro es qué falló. ¿Por qué insisten en que Néstor Quiñones está vivo?

Necesitas el expediente del caso. Aclarar algunas cosas. Te levantas satisfecho. Un buen desayuno. Te despides del dueño. Se le ve contento. Sales sin pagar.

El plan era simple. Paso por paso. Ignorabas qué tanto La Amarilla Nelson lo había propiciado y qué tanto sólo se enteró. De eso no hablaron. Pero los dos vehículos llegaron con la puntualidad prevista.

Una camioneta frente a la otra. Las puertas pesadas. Sólo un pasajero en la de ocho asientos. El gobernador. Sólo un pasajero en la pick up. El narcotraficante. El Jimmy. El hermano del Bobby. Los responsables de la muerte de una familia entre tantas. La de La Amarilla Nelson. Los responsables de tu caída. Defenestrado. No pudiste contener la rabia cuando supiste de los nietos muertos, de su hijo, de su nuera, de dos sobrinos. No pudiste refrenar el impulso cuando le pidieron a tu amigo que falsificara las actas de defunción de los suyos. Su muerte ya no había sido por un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Tú mismo estabas presente cuando esos dos brindaron con whisky en la oficina de gobierno. Esos dos. El gobernador y el Jimmy. Brindando porque dejaron libre al Bobby. Esos dos. Estos dos.

Algo no está bien. Pensaste al comprobar que sí, que venían solos. Sin escoltas ni matones. Nada bueno podía resultar de ese encuentro.

Pero llegaron solos. Recordaste cómo fluyó la información para enterar a la banda rival del día y la hora en que el Bobby saldría de la cárcel. El hermano responsable. Sólo mandaste un mensaje. Él mismo disparó muchas de las balas. Él mismo salió caminando de la cárcel después de que La Amarilla Nelson cambiara las actas de defunción de su propia familia. Tú mandaste el mensaje. Un par de datos. Apenas. De la cárcel también se sale en solitario. Sin escoltas ni matones. Salvo los que se encontró. Los matones. Rivales. La fecha y la hora. Bobby perdió la vida. Tú el trabajo. Nadie sospechó que fueras tú. Si acaso, te imputaron negligencia. De lo contrario no estarías vivo.

Por eso llevas meses patrullando en la ciudad.

Por eso te encontrabas ahí. A treinta metros de distancia. La adrenalina palpitando. Era necesario esperar. Un poco. A que se alejaran de sus camionetas. No podían darse el lujo de que volvieran a ellas. Una vez adentro serían invencibles. Fortalezas rodantes frente a las cuales poco podrían hacer. Ustedes. Tú y La Amarilla Nelson.

Le notaste la impaciencia en como agarraba su arma. Apretando la cacha cada tanto. Como si fuera de esponja. Sospechaste. Sin tu compañía se habría lanzado contra ellos. El plan era otro. Simple. Demasiado. Capturarlos. Como lo hicieron en cuanto se alejaron de sus vehículos. Hasta parecían pasear por la noche en descampado. Hacia los matorrales donde ustedes esperaban. Fue sencillo encañonarlos. No intentaron desenfundar sus armas.

La mirada sagaz del gobernador.

¡Hijos de su puta madre! El grito de Jimmy.

Zuzunaga. Fue todo lo que dijo quien fuera tu jefe. El tono no contenía amenaza. Más bien reconocimiento. Debía estar lamentando esa reunión furtiva.

Había mucho de dignidad en la aquiescencia de su destino.

La andanada de imprecaciones continuó al vaciarles las bolsas. La Amarilla Nelson los escaneó con un aparato como de tienda departamental. No llevaban localizadores bajo la piel. La furgoneta los condujo un par de kilómetros. Sin caminos. Terracería precaria. El rancho abandonado de alguien. Un galerón en medio de la nada.

Si por ti fuera, le habrías dado un balazo a cada uno. Pero ése no era el plan. Tampoco era tu plan.

Alvariño te recibe mientras supervisa el acomodo de los cuadros. El procurador debe estar muy contento con él. Su oficina es más lujosa que tu departamento. Quizá más grande. ¿La sala de juntas forma parte de la oficina?

¡Pasa, Zuzunaga! Dime qué opinas. La pintura es horrible pero la señala con entusiasmo.

Te alzas de hombros.

Me lo mandó Manrique, el diputado. Acota como si necesitaras la aclaración.

Así que ese hijo de la chingada es agradecido. Consideras que bien podría mandarte un regalito a ti también. No. No hay cómo. Todo el mérito se lo llevaron Alvariño y el procurador. Ni hablar.

Es espantoso. Continúas con tu pensamiento en voz alta.

El júbilo de Alvariño se transforma. Primero es incredulidad. Molestia. Comprensión. Olvido.

¿Qué te trae por aquí? Cambia el tema. ¿No me digas que te pagaron mal y sigues con lo de tu ascenso?

Me pagaron bien. Sigo con lo de mi asunto. Vengo por otra cosa. Respondes haciendo hincapié en asunto. No es un ascenso lo que buscas. Quieres dinero. Ir por la libre. Seguir en la corporación. Necesito el expediente.

¿Cuál?

El expediente médico de la última puta con que se acostó, ¿cuál va a ser? Contestas sin pensarlo demasiado.

Alvariño te mira. Sorprendido. Se nota que busca cómo revirar. Pasan los segundos. Pierde la ocasión. Estalla en una carcajada.

¡Pinche Cipriano! Siempre tan ocurrente.

Sueltas el aire. Aliviado. Te cae mal, pero no debes enfrentarlo. No por ahora. Ríes por tu propio chiste.

Pídeselo a Clarita. ¿La conoces, no?

Sí, claro. Se refiere a su secretaria. También de ella deberíamos pedir el expediente, ¿no?

Alvariño ya no contesta. Gira la cabeza intentando descubrir algo en el cuadro. ¿Decías algo?

Nada. Yo se lo pido.

La voz de Leslie suena apagada. Lo notas entre trivialidades. Algo no está bien. Con ella. Especulas. Tal vez su relación con Mark. De ser así no podrás ofrecerle consuelo. ¿Cómo se le dice a alguien que las cosas van a mejorar? ¿Cómo se reconforta a una hija con quien apenas te comunicas un par de veces al mes? También podría ser el asunto de la residencia. Ya no se la darán. Se han dado cuenta de que es una candidata inviable. Descubrieron que su padre no ha sido ejemplar. Los gringos se están poniendo muy exquisitos con el asunto migratorio. ¿Un problema escolar? ¿Uno doméstico? ¿Cuántas son las cosas que pueden alterar el estado de ánimo?

¡Pa! ¿Sigues ahí? Leslie insiste.

Sí, sí, perdona. Tratas de compensar la digresión contestando rápido.

La pausa ya no es tuya. Debe ser algo más grave que un vidrio roto. Tal vez un poco de dinero, aunque desde que está con Mark no te ha pedido más.

Mi mamá está mal.

Te sorprende el alivio que experimentas. Leslie está bien. Es un alivio egoísta. No tanto. No tan bien. Alivio al fin.

¿Qué le pasa? Respondes sin mucho ánimo. Tal vez Sonia sólo quiera llamar la atención. Sonia. Hace mucho que no pronuncias su nombre. Que no lo piensas.

Leslie no es nada clara. Al parecer, su madre tuvo un ataque. Está hospitalizada. El pronóstico no es bueno. Una vecina le llamó para contarle. Se la llevó la ambulancia. Más que decirlo, lo gimió. Para que volviera a México a atenderla. Es lo que se espera de un hijo. No puede. Leslie. El trámite de residencia. No ha podido hablar con ella. Parece que algo se lo impide a Sonia. Hablar. Está sedada o tiene algún problema neurológico. Tal vez sí debería volver. Sin importar el trámite.

La voz se quiebra. El ligero gozo que te provocaba la desgracia de tu exmujer se desvanece por el llanto de tu hija.

No regreses. No todavía. Intentas confortarla. Déjame ir a verla y te aviso cómo están las cosas.

¿En serio? En la pregunta se le nota la gratitud por tu ofrecimiento. Ella no tuvo que pedirte y eso lo hizo más sencillo.

Dame los datos.

Anotas el nombre del hospital. No es bueno. El número de cuarto. Al menos está en la ciudad.

Voy mañana. Hoy ya no me da tiempo.

Leslie intenta ocultar la decepción con un falso júbilo. Te despides sin saber cómo te enfrentarás con la mujer a quien más quisiste en tu vida. Salvo por Leslie, claro está.

¡Zuzunaga! Te recibe con una familiaridad falsa. Ni que fueran amigos. Apenas es la segunda vez que se ven. ¿Qué te trae por aquí?

Tardas en responder. Ha pasado más de un mes desde que bajaste a la morgue. Las circunstancias muy diferentes. Venías acompañado. De Alvariano. Buscando averiguar todo lo que se pudiera de una decena de dedos amputados. Y un chicle. La sordidez del lugar permanece intacta. Cuerpos más, cuerpos menos, las gavetas donde los acomodan no son lo que te repele.

Tampoco los cadáveres mutilados por el ejercicio de la ciencia forense. Es el olor. El que parece provenir de la misma tarja rebosante de desechos. Un líquido turbio. Espeso. Donde seguro conviven fluidos humanos y tejidos más sólidos.

Veo que has estado limpiando el lugar. Dices por toda respuesta al apuntar con la barbilla hacia la tarja.

Más o menos. ¿Quieres que te sirva un buen vaso? Revira pronto. Casi lo puedes visualizar sumergiendo un cucharón en el caldo tóxico.

Prefiero que se añeje un poco más.

El forense ríe. Su bata tan sucia como el suelo. Más el overol del mecánico que el uniforme del médico. ¿Qué harían los investigadores de la televisión? De seguro encontrarían ADN de muchas personas en esa bata. Más. Un ecosistema íntegro.

¿Vienes por otro muerto? Te lo puedo envolver. Dime si lo llevas en la patrulla o lo mando por mensajería.

A decir verdad, no sabes por qué has bajado. Traes el expediente en un sobre, pero no lo has visto. La llamada de Leslie te alteró. Bastante. Tan sólo te dejaste llevar por tus pasos. Por el laberinto del sótano de la Procuraduría.

Mejor mándaselo a mi ex. Dicen que va a necesitar tus servicios pronto.

Vuelve a reír. Te das cuenta de que tiene un escalpelo en la mano. Sigue tu mirada. Repara en sí mismo. En el contenido de una bandeja frente a él. No alcanzas a verlo. Mejor así.

¿Entonces? La insistencia te impele a salir. No traes nada planeado. Tampoco sabes si puedes confiar en él.

¿Qué les haces a los cuerpos después de la autopsia? Improvisas.

Les doy su bendición.

Ahora eres tú quien sonrío. Es agradable este sujeto. Flaco, alto, pálido y agradable. Esperas.

Los meto en sus cajones y los dejo ahí hasta que se los llevan. Aclara con seriedad. ¿Quieres que haga algo especial cuando tú llegues?

¿Te dan un recibo? Interrumpes la broma. No por macabra. Quisieras pedirle que no te abriera. ¿Para qué continuar la carnicería? Conservas el tono solemne. No es la primera vez que te imaginas muerto.

¿Recibo? Ni que fuera valet parking. Se lo llevan y ya. ¿Por?

Alzas la mano. Restándole importancia.

Te das la vuelta sin agradecer. Frente a ti, una docena de frascos con cerebros. Flotando. Una imagen a medio camino entre la caricatura futurista, la práctica médica y la perversión.

Deberías bajar otro día a tomar un café. Ofrece.

Mejor lo tomamos arriba.

¡Ah, qué Zuzunaga! Nos salió asqueadito el comandante.

Un leve estremecimiento te recorre la espalda. ¿Hace cuánto no te llamaban de esa forma? Ya ni La Amarilla Nelson lo hace. Te das cuenta de la cantidad de rumores que deben correr alrededor de ti. No estaría mal enterarte. De lo que se dice. De tu persona. De saber quién eres por estos rumbos.

Vendré pronto por ese café. Concedes. Caminas hacia la puerta.

Zuzunaga. Te detiene.
Volteas. Sus manos dentro de la bandeja. A contraluz.
Soy Pabilo. Para cuando preguntes por mí. Se presenta.
Pabilo. Apagado. El pelo negro.
Buenas noches, Pabilo. Te despides.

Llegas a casa. Un ligero olor a almizcle te acompaña desde el exterior. Se funde con una fragancia antigua que espera al otro lado de la puerta. ¿Hace cuánto tiempo no percibías el aroma de los bebés? De los bebés limpios. Demasiado.

Ellas están dormidas. Eso hacen constar el silencio y las luces apagadas. Enciendes la de la cocina. Tu cama al fondo. Rodeada de penumbra. Te sientas, cansado.

Dentro del sobre, el expediente. Incompleto. Inútil. De poco le servirían esas hojas a quien diere seguimiento al caso. La narración de los hechos es, cuando menos, ridícula. Lenguaje técnico, lo llaman. Sirve más para distraer. Cuenta poco.

La redada fue en una casa de seguridad. Quizá edificio de cuatro plantas. Se cocinaban metanfetaminas. Se vendían. Guardaban armas en los sótanos. Ha sido un duro golpe para el narcotráfico. Casi adivinas las declaraciones a la prensa. Se tomó a los delincuentes por sorpresa. Desapercibidos, dicen unos. Inadvertidos, sostienen otros. Da igual. Ningún capo de importancia fue apresado. Tenían armas largas. Por eso se procedió al ataque. Varios heridos. No se precisa cuántos. Un muerto. Néstor Quiñones. Imaginas la foto en el periódico del día siguiente. El cuerpo despatarrado. La sorpresa en la cara. No era el trato que tenían. El fotógrafo de la policiaca alterando la escena del crimen para conseguir una mejor toma. No hay tal. No hay fotografía del muerto. Ninguna. No de cuando lo encontraron. Tampoco del estado en que llegó a la morgue. Sólo una. De fichaje. Cuando estaba vivo. Meses antes. Tal vez más. Difícil distinguirlo la edad.

También hay una lista de delitos. Asaltos, robos menores. Escalada. Una navaja amenazando un cuello. Autopartes. Automóviles. Trapicheo. Riñas. Un cártel lo recluta. El de las metanfetaminas. Debe tener otro nombre. El cártel. Hace un par de años. Demasiado. Desde entonces no hay registro de delitos violentos. Suficiente.

Hojeas el resto. Son pocas hojas. Fojas. Les dicen. Apenas fotocopias de pruebas. Pruebas que no prueban nada. Un acta de defunción poco interesante. Las dejas de lado.

Te descalzas. Una pregunta acecha. Descubres que tu cama está tendida. Nat. Te quedas en camiseta y pants. Hace tiempo no sientes el abrazo reconfortante de una cama fresca. La pregunta cobra forma. La almohada se hunde un poco. ¿Quién era Néstor Quiñones?

En esa respuesta descansa el asunto entero. Concluyes. Buscando el arribo del sueño.

No llega.

No es el simple insomnio quien lo impide. Tampoco el tormento de la cama revuelta. Ni la cercanía de Nat.

Es Sonia.

Tu exmujer. La madre de Leslie. La has convocado a participar de un ritual. Desmadrado. Confuso. Como tantas noches. Como tantas cosas. Acostado boca arriba, estás convencido de que puedes inducir los sueños. Dirigirlos. Sonia se ha salido de cauce. Por eso te peleas con las sábanas. La convocaste como antaño. Cuando la separación. Con tus cobijas. Imaginabas sus futuros separados. Con el sudor. El tuyo portentoso. Con la vuelta al inicio. El suyo desgraciado. Que sepa lo que ha perdido.

La imaginabas mendigando. Enferma. Despechada por un hombre violento. Más que tú. Era fácil el amasijo del odio modelando finales trágicos. No los propiciaste. Por Leslie, asegurabas. Mucho más que tú. Por tu hija que ya había sufrido hartos con la separación de sus padres. Nunca dañarías a la madre de Leslie. No sólo por eso. También pero no sólo.

Seguías enamorado. De su sonrisa. De sus caderas. De su sazón. Del pasado. Hacía cuánto que todo eran gritos y peleas.

Desenamorarse lleva tiempo. Tanto como el dolor. El primer golpe vino con la voz de Leslie. No quiso que la llevaras a la escuela. Eras un mal padre. Peor persona. Se avergonzaba de ti. Pudiste obligarla pero no tenía caso. Tampoco los regalos. Leslie no era la culpable. La muñeca que hacía cosas. Sonia siempre contaba con más tiempo. Para convencerla. Enfrentarla a ti.

El amor se volvió un rencor espeso como la impotencia. Melaza empalagosa que también amarga. Por ahí comenzó tu ascenso. Comisiones más importantes. Mucho dinero. Del bueno. Menos horas a la semana. Regalos costosos. Tu palabra rota tantas veces. Caprichos. A Leslie. Una pensión exagerada. A tu hija.

¿Por qué mejor no dejas de venir? La pregunta te palpita en los recuerdos. En las verijas. En ese rencor turbio tan punzante.

Convocabas en sueños a Sonia. La torturabas. Te veía gozar con mujeres más hermosas. Te deseaba y te rehusabas. Suplicando tu perdón te rendías al sueño.

No ahora.

Especulas. Si muere, Leslie te echará la culpa. Tal vez se fortalezca el lazo endeble. Sólo restan ustedes. Si la salvas obtendrás su gratitud. No te hace falta. Tampoco está en tus manos. Salvarla. De poco te sirve viva o muerta. Hace años que no sabías nada de ella. Su irrupción genera dudas. De haber sido tú el afectado, ¿Leslie le habría pedido ayuda?

No lo crees.

Siempre has sido el malo. La compasión te está vedada. La de los otros a tu persona.

Por eso buscas imponer a Sonia un libreto que se extiende al sueño. No lo consigues. La almohada resiente el peso del sudor. Frío. Su textura salina. La volteas. El odio también tarda en desaparecer.

Ya no la odias.

No sientes nada por ella. Apenas un pasado que se cuele entre tus manos. Escapa. En corpúsculos. Lo aspiras de nuevo. Fragmentos. De una noche tibia. Fragancias. Ideas. Concilias el sueño.

Encontrar a Sonia y enterarte de su estado es un vaciamiento. De tus expectativas. De la batalla

que pensabas librar. Del ánimo por el buen sueño que por fin llegó.

Tuvo un episodio cerebrovascular. Parece dormida. Lo que eso signifique. Acostada. Varias ventosas adheridas a su pecho. La han rapado. Otras tantas en su cráneo. No duerme. Se nota un par de cortes sobre la piel de la cabeza. Tampoco reacciona. Falta de pericia y desdén por el cuerpo insensible. Del otro lado de los cables, el obvio aparato de los gráficos y los pitidos. Monótonos. Desgastado. Con marcas de mugre sobre los botones.

Hay muy poco de ella en su semblante. Apenas la reconoces. Sus labios tienen un grisáceo. Sus piernas dentro de unas medias blancas de compresión. Percudidas. Nuevos tubos. Un dedal extraño. Su respiración acompañada.

No te atreves a tocarla. A explorar un territorio ya perdido. Reniegas del tacto sobre la piel viscosa. Imaginas. El deterioro ostensible. Amarillo. No somos tan viejos. Te convences. No lo son pero la enfermedad pesa. La calvicie. Las marcas sobre la piel. La nula conexión con el mundo. El de afuera. Donde tú te encuentras.

Lo más probable es que ya no despierte. Alguien explica. La muerte cerebral no se ha confirmado del todo. ¿En verdad? Doctor o enfermera. ¿Te están diciendo algo tan ambiguo? Debe firmar como responsable. Estado vegetativo. No, no eres su pariente. Se puede quedar así por semanas. Lo paga el seguro de gastos médicos. Por años. No intentan brindarte consuelo. Buscan confundirte. Alguien debe quedarse con ella. Tampoco esperan milagros.

Improbable e imposible son diferentes conceptos. Arremetes. No porque te interesen las sutilezas semánticas. Tampoco por los eufemismos médicos. Requieres respuestas para Leslie. Ser capaz de lidiar con una muerte falsa. Con una vida inexistente. No tienes idea de cómo manejar el asunto.

¿Se puede recuperar o no? Exiges con toda la petulancia de tu oficio.

Las respuestas siguen sin ser claras. El jefe de piso se presenta. No ha llegado el médico que la atiende. Sugiere esperar. De nuevo habla de posibilidades.

Hay cosas que la ciencia no explica. A veces conviene tener fe. Concluye con media sonrisa y una mirada condescendiente.

Deberías romperle la madre. Sospechas que quieren seguir cobrando. El hospital es más clínica que otra cosa. De pacientes con presupuestos limitados. Sin seguros. Perdida entre las fachadas de dos casas. En medio del tráfico citadino. No tiene estacionamiento. Lo dejas ir.

Necesitas espacio. Tiempo. Bajas por las escaleras. Los bordes de cada escalón cuentan historias de decadencia. Las mamparas. El barandal descascarillado. Nunca habías estado en un hospital con los fierros pintados. Siempre son pulidos, para evitar el desgaste. Más caros. Los falsos plafones. Ni siquiera es una clínica limpia. Un contenedor rojo rebosa agujas infectas.

La escalera te conduce a la calle. Vendedores ambulantes. Vendedores de puestos fijos. Los policías de esta zona deben llevarse una buena tajada. Compras un cigarro. Suelto. Lo fumas con pausa. Recargado contra la fachada del edificio. Piensas cómo decirle a Leslie. Que Sonia está casi muerta. Que lo está en serio. Que el hospital es una mierda.

Descuella una esperanza.

Subes rápido. Preguntas por la vecina. Si debe haber un responsable con cada interno, entonces ella lo ha sido. Duerme en la sala de espera. Sillas de plástico rotas. Olor rancio. A

cuerpos carcomidos por la angustia. No te presentas. La dejas incorporarse lenta. El rechinido del esfuerzo. Sabe quién eres. Lo adivinas en su expresión saliendo de la modorra.

Los resultados no son concluyentes. Le informas. Vamos a trasladarla a un mejor hospital.

Ella asiente. Guarda en su bolsa enorme un recipiente de cocina. Casi puedes percibir los humores dentro. Dos revistas de espectáculos. Se dispone a partir.

Necesito que te quedes con ella. La interrumpes.

Ella niega con la cabeza antes que con las palabras. Sacas varios billetes de tu bolsillo.

Por las molestias. Los escondes dentro de su mano. Sudada. Leslie está muy agradecida por lo que has hecho. Aprietas su puño.

Asiente con lentitud. El cuello, un resorte sin voluntad.

Pierdes una hora arreglando el traslado. No es mucho. Ayuda la placa de la policía. La mención del procurador. Notas el desconcierto del jefe de piso. Asignas a la vecina como responsable. La acompañará en la ambulancia.

Nicole. Nicole López López. Poca madre.

Guardas sus datos en el teléfono. Le das los tuyos.

Cipriano. Mucho gusto. Te despides.

La dejas en la puerta aguardando el traslado. Quizá piense en qué se va a gastar ese dinero.

Leslie no contesta.

Estoy en clase. El mensaje de texto te tranquiliza.

Está estable. La trasladarán a un mejor hospital. Tecleas con nerviosismo. No has mentido. Tampoco has sido sincero. No te preocupes. Si hay novedades te aviso. Tengo mucho trabajo. Concluyes para justificar el que no vayas a responder.

El teléfono suena casi de inmediato. Tomas aire. No quieres enfrentarte a tu hija tras tu mentira. Tan reciente. Tan viva. El ocultamiento de la verdad. Escuece. No lo harás. Es el otro celular.

¿Algún avance? La voz de Hugo te sorprende. Cierta alivio se mezcla con tus angustias.

Ya revisé el expediente. Todo hace pensar que Néstor Quiñones está muerto. Respondes sin convicción. Sabes lo poco que se puede confiar en esos documentos. La misma Amarilla Nelson trabajó para que muchos de ellos ocultaran datos útiles. No es el caso. Éste es mucho más burdo.

H y H tienen dudas. Necesitan saber que el asesino de su tío no anda vivo. ¿En serio habla así el guarura? Su voz contrasta con el diminutivo. Grave. Vivito.

¿Tienen información extra? Sería bueno que la compartieran. Intentas cambiar el flujo del reproche. Su sentido.

El silencio se prolonga demasiado. Debiste traer un libro para entretenerte. Observas la pantalla del celular un par de veces. Un jueguito de video. La llamada sigue activa.

Nos vemos afuera del Panteón de los Encinos. Ordena al volver. Hugo. A las once de la noche.

¿Compro flores? Confirmas tu presencia en la cita.

Hugo corta la llamada.

Manejas hacia tu zona de adscripción. El Fresno te sigue llamando. Es una voz ahogada. Nunca

sentiste arraigo por tu tierra. Te resulta extraña la sensación de bienestar que te produce la colonia. Debe ser la edad. La falta de tantas cosas. Mejor no enumerarlas.

Pasas frente a la iglesia. Al deportivo popular. Niños con uniforme de la escuela dejan la tela en la terracería. Frente a la casa de Cherry y Guido. Víctimas colaterales. Su madre barre la acera. Imposible notar en su semblante el peso de sus dos hijos. Su ausencia. Sus dos muertos. Un peso mucho mayor. Basta mirar un poco más. Notar que no percibe su entorno. Tu arribo. La lentitud con que manejas. Tal vez ya se encuentra en un mundo más amable. Donde barrer la entrada de su casa basta para olvidar.

La comida no es muy buena. Estofado de res. Sopa de pasta. Agua de sabor. Arroz. Flan aguado. De seguro Sonia podría comer mejor en el hospital. El dueño de la fonda se acerca. Es temprano. La andanada de clientes aún le da tregua.

¿Me permite? Pregunta frente a tu mesa.

Se sienta con disimulo. Como si fueran a juzgarlo. Como si no lo estuviera haciendo. Sorbes el refresco con el popote. Es de mango. Tampoco te sabe bien. No había de otros sabores.

¿Sabe algo del caso? Se anima tras muchos prolegómenos. Titubeos. Confesiones.

Se refiere a Manrique. El diputado. A Juan Perea. Su hijo bastardo. A los criminales. Al secuestro que convulsionó a El Fresno hace menos de un mes. Un mes. Suena a pasado lejano. A otra vida. Extraviada en algún lugar de tu memoria.

No. Eres sincero. Tras haber resuelto el caso te desentendiste. Tal vez deberías preguntar. El diputado había sido claro: si esos dedos eran de su hijo, mejor que estuviera muerto. Eran de su hijo. ¿Lo habrá matado?

Cierta decepción ensombrece la cara del dueño. Sólo era morbo. Lo que le hizo hablarte. ¿Por qué te dejó de interesar? Sorbes de nuevo. Hasta el fondo. El ruido que produce el aire combinado con el poco líquido nunca te ha gustado.

Sales sin despedirte.

Juan Perea. Estuvio. Arcángel. ¿Qué será de ellos? El Matape. Sigues acumulando nombres en la lista mientras caminas por la calle.

Ni siquiera sabes qué será de ti. Sigues aguardando la recompensa por tu trabajo. Alvaríño y el procurador ya la recibieron. Faltas tú. No te conformarás con lo que ofrecen Homo y Hetero. Ni madres. Mereces mucho más.

Conduces a casa.

Hace tiempo que no lo haces de día. Por la tarde. Como si fuera más un dormitorio que un hogar. Hogar. Vaya concepto. Un hogar destartado. No es que las piezas se hayan negado a trabajar juntas. Simplemente no existen. Tres personas compartiendo una casa. No basta. Algo más debería articular al concepto, pero no sabes qué.

Te estacionas en el lugar asignado. El día te regala sombras que no sueles registrar. Juegos infantiles. La ciudad viva. Sentada en poltronas a las afueras de los edificios. Varios. Conectados por un laberinto. Esquiva las ampliaciones irregulares de las viviendas de la planta baja. Horribles. Mal gusto por doquier. En la ropa terciada en mecates de ventana a ventana. De

colores. Exhibiendo la intimidad en calzones luidos. Y eso que no debes subir para enfrentarte con los ladridos. Perros habitando un metro cuadrado afuera de los departamentos. También vives a ras de suelo. Hablando de arraigo, en tu pueblo no había edificios. Una reja. Igual a las de las ventanas. Giras la llave. La primera. Tras la segunda un silencio.

Nat y la Niña no están en casa.

Habrán salido. Piensas y te recriminas de inmediato. Vaya pendejada de pensamiento.

Aprovechas para entrar a su cuarto. Es tu cuarto. Apenas hay ropa en los ganchos. De Nat. De la Niña. Dos mantitas. Juguetes. El consabido olor de quien habita. Sonaja. ¿Cuándo se hicieron de esas cosas? No tienes respuesta. Al llevarlas contigo iban con lo puesto. Ahora hay más mudas. Palpas la ropa. Sientes su consistencia. No es nueva. No la compraron con el dinero que les has dejado. No toda. Un mameluco listo para su estreno. Pañales. Debieron de ir a recogerlo de donde vivían antes. ¿Dónde vivían antes? Te molesta no saber. ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Existe una familia? ¿Un hogar? Cualquiera día de éstos entras al departamento y te recibe una multitud.

Las razones vitales de ellas dos. Las razones que a ti te faltan.

No cerraste de tajo la relación de Nat y la Niña con su pasado. Has sido irracional. Si, al menos, les hubieras preguntado. Clausura. Nada. Las acogiste suponiendo muchas cosas. Ahora la incertidumbre cae justo con la penumbra. Nat te preguntó la otra noche. Tú debiste cuestionarla de vuelta. ¿Cómo hacerlo si no sabes lo que pretendes? Lo que esperas. ¿Acaso podrías conformarte con que nada cambie? Llegar cada noche. Saberlas en el cuarto contigo. Dejar a sus presencias entremezclarse con tu ánimo.

Vuelves a la sala. Te recuestas. La noche será larga. Deberías marcarle a Leslie. A Nicole. López López. En un momento.

Cierras los ojos. El cansancio se cuele entre tus dudas.

Un clic acecha. Otro. La puerta se abre. Un interruptor y la catarata ácida de la luz. Tu sorpresa es sobresalto. La de Nat es legítima. Te incorporas pronto. Dormiste más de lo planeado. La noche es más tangible que tus pensamientos.

En la pantalla del celular se acumulan llamadas de Leslie. Mensajes. Te espabilas. Buscas una chamarra. Nat te observa desde lejos. La Niña en brazos. Desde afuera. Dormida. Desde arriba.

Voy a salir. Rompes por fin el impasse.

Nat asiente. Sus ojos gigantes. Se hace a un lado. Una mochila cuelga de su espalda.

Sales. Antes de cerrar la puerta giras. Te detienes.

No me esperen despiertas. Quieres decir. No lo haces. Esta casa no es un hogar. Continúas tu camino.

El laberinto se configura mejor a esta hora. La oscuridad es su estado. Marcas a Leslie. Intentas identificar los sonidos. La luz purpúrea colándose desde los pisos superiores. Todos tienen la televisión encendida.

No contesta.

Una ráfaga de alivio se mezcla con la brisa.

¿Bueno? Es Nicole con voz de sueño.

Te informa pormenores. Sonia sigue inconsciente. Sin despertar. Dice ella. Estable. Los médicos no han dicho demasiado o Nicole no supo entenderles. Prometes que irás mañana. Quieres colgar pronto.

Leslie me llamó. Te interrumpe.

Carajo. Se te siguen escapando detalles. Mayúsculos. Un par de ratas corren frente a ti. Le contó lo menos. Del traslado. Que no despierta. Sus ojos brillan antes de doblar la esquina. No pudo explicarle más cosas. Giras hacia el otro lado. Sí, sí le dijo que tú arreglaste todo. Un campo de tierra. Sobras que se pierden a la distancia. No es un buen barrio.

Agradeces. Cortas la comunicación y apresuras el paso.

No debe ser buena idea hacer esperar a Homo y Hetero. A Hugo. Sientes cómo se avecina el cansancio de mañana y aún resta un buen trecho de este día.

La lápida ostenta el nombre. Néstor Quiñones. Las fechas. Apenas veintiséis años.

Algo te molesta del asunto. No es estar dentro de un cementerio a media noche. Hace tiempo que temes a otro tipo de espectros. Tampoco que sean Hugo y un sepulturero quienes te flanqueen mientras alumbran la lámpara con una linterna. Mucho menos las luces del inmenso edificio que se alza al lado del panteón. ¿Cómo será desayunar con dos niños pequeños en el piso cuarenta y siete y verlos asomarse hacia el camposanto? Educación moderna. Planeación urbana nula.

Te molesta la tumba. Ese ritual inmenso en una profunda falta de explicaciones. Tanto, que estás a punto de aceptarlo. No es necesario exhumar el cuerpo. La idea de encontrarte con un cadáver descompuesto te impulsa. Estás por replicar. No lo haces.

El sepulturero revienta la losa con un mazo. Casi se percibe la euforia al alzar la herramienta. Los músculos tirantes. La camiseta mugrosa. No te parece conveniente romperlo todo, pero no vas a ser tú quien ayude con la labor.

Te pierdes en el trance hipnótico. Los golpes. Las fibras musculares llegando a la tensión máxima. Un azadón sustituye al mazo. Suda. Al lado de la tumba una zapa, un pico, una hoz. Se lo seca con la tela renegrida. Muestra su abdomen. Retira las piedras peladas. También es músculo. Te gustaría sentir su tacto. El de la tierra que lo cubre. Su consistencia. No es deseo. Lo descubres absorto. La tapa del ataúd parece intacta. Simple curiosidad. Te convences. Nunca has tocado un cuerpo tan fibroso. Si lo limpian, hasta podrían reutilizarlo. No hay palpitos bajo la bragueta. El esfuerzo máximo al tirar de la caja hacia la superficie. Un dedo. Una mano sobre esa espalda. Tuyos. Has lidiado con tus pulsiones. Te encantan las mujeres. Llevas semanas sin coger. También encandilado por muchachitos. Muchachitos como quien desliza el sarcófago a un lado de la tumba. Sarcófago. Qué solemne. Consideraste probar. Volverte puto. Quizá bi. Como el tío de Homo y Hetero. Sonríes. No sientes deseo. Sólo curiosidad. Mejor no arriesgarse. No vaya a ser.

Se sienta en la lápida de al lado. Junto a su camisa. Hugo se aleja. Va hacia la entrada. El teléfono en la oreja. Saca un cigarro. El sepulturero. Te ofrece otro.

¿Llevas mucho en esto? Aceptas acercando la cara al cerillo que tiembla.

Toda la vida.

El muchachito se recarga. Sillón de piedra. Reclinable. Reclinado. El sabor del humo es mejor

que de costumbre. Casi podrías tenderte a su lado. Entrecerrar los ojos. Olvidar el cementerio.

Visualizas la escena desde las alturas. Desde el piso treinta y tantos. El edificio también es hotel. Imaginas su propaganda. Cinco estrellas. Tina en cada habitación. Una vista incomparable al resto de la ciudad. También al cementerio. El dolor de tantos deudos agolpado unos centenares de metros hacia abajo. El dolor que no alcanza a colarse en la construcción hermética. Aséptica. Tan a la distancia. No se recomiendan estas habitaciones a huéspedes sensibles.

Su padre le enseñó el oficio. Te cuenta. Aquí mismo. Vivían en la casucha del fondo. Ahora es suya. El orgullo tiñe su voz. Su padre murió hace algunos años. Él lo enterró. Del lado de allá. Señala hacia el centro comercial. Vacío una tumba. Ahora le llevan flores cada tanto. Familiares que no son los suyos. No. Él no tiene hijos. Nadie a quien enseñar el oficio. A fumar sobre una lápida. Poco importa. El panteón está repleto. Ya no se puede enterrar a nadie. Hay que esperar a que las visitas dejen de venir. De seguro luego harán otro edificio. Aquí encima.

Suelta una bocanada espesa.

Lo malo es que estos muertos no espantan. Sonríe melancólico. Con conocimiento de causa. De seguro platica con ellos en las noches. En otras. No en ésta. Más solitarias.

Se levanta para ponerse la camisa. Terminas tu cigarro pensando. En el edificio. En el cuerpo que se cubre. En el cementerio repleto. En la lápida sobre la que te recargas. Te quemas los dedos.

Hugo regresa. Acompañado.

Ábrela. Ordena Hetero a manera de saludo. Sus semblantes envejecen en la oscuridad.

El sepulturero toma una palanca de metal. La encaja con un crujido seco. Hasta ahora descubres que los ataúdes están clavados. Te parece evidente. Un proceso fuera de la vista de los deudos. Así se evita que el muerto rueda ante la acometida desesperada de algún familiar.

La caja se abre un par de centímetros. H y H dan un paso atrás, integrándose a la penumbra. A un lado del féretro. Tú no te mueves. En el flanco contrario. Preparando tus pulmones para la vaharada mortuoria. Hugo observa el cambio de herramienta. Parece aprobarla. El azadón sirve bien para ampliar el rango de la palanca. Fulcro exitoso. Destapa la caja con un chasquido como de refresco de otra época. De cerveza.

El sepulturero acomoda los dedos donde no hay clavos. Su cuerpo entero hace el envión. La tapa cae a un costado. Casi vertical.

No hay muerto ni tufo. Bastan unos segundos para constatarlo. Sacos de arena. Pequeños. La muerte ha escapado de su propio ritual.

Ahí tienes, Zuzunaga. Alecciona con cierto orgullo Homo. A ver si ahora sí puedes encontrar a Quiñones. Se agacha sobre la tumba. Toma uno de los costales. Está roto. Vierte el contenido sobre el hueco. Doble. De vida. De muerto. La catarata de tierra lanza destellos al chocar con el cono de luz.

Te quedas de pie. Observas el montoncito de tierra que se forma. Colina de hormigas. Universo basto. Cuando alzas la vista las tres H ya se pierden en el andador del cementerio.

¿Te ayudo? Ofreces sin ánimos. Sin intención. Hugo se ha llevado la lámpara. Sólo quedan los falsos rescoldos del edificio. Aun así, la noche es clara. Pueden verse las expresiones.

Niega con la cabeza. Ya lo arreglará mañana. Avisa. Como si a nadie le fuera a llamar la

atención el espectáculo de un féretro abierto en medio de las tumbas. Tal vez así sea.

Se te antoja otro cigarro. No lo pides. Extiendes la mano para despedirte. No vaya a ser que inaugures una nueva forma de intimidad. Fumando. Con el sepulturero correoso. Sobre una lápida ajena.

Lo que se le ofrezca. Aprieta fuerte. Soy Chucho. Sus manos son rasposas. La reja está abierta.

Dos pasos más tarde descubres un par de billetes sobre otra lápida. Bajo una piedra. No volarán. Vaya que es barata una exhumación. Es el valor de la miseria.

Te diriges a la salida. En efecto. El portón se abre. Sin chirridos. De par en par. A nadie se le ocurriría entrar a un cementerio de noche. Supones. Tú acabas de hacerlo.

En la patrulla sientes el hormigueo en el cuello. En los hombros. No estaría mal tomarte un trago. Fuerte. La idea de hacerlo en solitario basta para disuadirte. Tampoco invitarás a Chucho.

Un manto de tristeza perfila el camino a casa.

Caminas. Hay tráfico. La ciudad consume a quien la habita. Emborriona sus semblantes. El tono gris de quienes se sienten protegidos por sus coches. Refugio pasajero. Tu piel debe compartir esa tesitura. La vista perdida en el auto de enfrente. El mínimo pretexto desencadena claxonazos. Neurosis. Se deja la vida entera en los recorridos.

El hospital está cerca. Unas cuadras. Justo a las afueras de tu zona. Tu patrulla sumándose al caos incluso estacionada. Al menos nadie se atrevería a atacarla.

Un puesto de sopes instalado en un garaje. Pides dos. Fritos con manteca de cerdo. Salsa roja. Cebolla y queso. Frijoles licuados. Los pasas con jugo. No hay licuados. Son buenos. Volverás un día con calma. Pagas sin pensar.

Nicole rumia su impaciencia tras nuevas revistas. De espectáculos. Seguro sueña con el protagonista de la telenovela. Te sigue hasta donde un médico platica con dos enfermeras. Coquetas. Este hospital tiene la consistencia de lo etéreo. Al menos está limpio.

Tuvo un episodio cerebrovascular. Inicia el doctor en una retahíla cargada de ambigüedades. Se refiere a Sonia. Ahora permanece en un estado de coma de nivel intermedio. El pronóstico es reservado. Concluye. Bien podría estar hablando de un partido de fútbol. Sin matices. Un mero informe.

No le sacas más cosas en claro. Hay que esperar. Asegura. Se le harán pruebas a la paciente. Firmas una serie de autorizaciones. No. No eres su esposo. Ya no. Apenas el padre de su hija. Basta con eso. Con el seguro que ampara los gastos. Con cubrir el deducible. Con un depósito a cargo de tu tarjeta de crédito. Con un *voucher* abierto.

Sí. Se puede quedar sola algunas horas. No demasiadas. Es por si despierta. Nicole podrá pasar a su casa. Cambiarse de ropa. El olor que despiden es rancio. Viejo. Sucio. Avisar en su trabajo.

A ver si no me despiden. Se queja mientras se aprieta las manos. Sonia es mi única amiga.

No te es difícil recrear su vida. Solterona o viuda. Abandonada por sus hijos. De haberlos. De seguro borda viendo la televisión y conoce a todos los vecinos de la colonia. Esparcirá chismes. Hablará mal de ti: Sonia tuvo razón en dejarlo. No es un buen hombre. Apenas se aparece cada

tanto.

No mencionará el dinero. Por supuesto. El que le das. Por las molestias. Vuelve más tarde. Ordenas más de lo que pides.

Nicole acepta. Carga la resignación con paso lento. Si has acertado, incluso podría envidiar a Sonia. Su hija está lejos pero se preocupa por ella. El desgraciado de su ex hace lo posible para que ella mejore.

Marcas.

Leslie contesta de inmediato. Se nota el reproche en cada una de sus palabras.

Intentas explicar desde tu propia confusión. Ni siquiera te queda claro si el primer diagnóstico fue certero. Si te han mostrado dos versiones de la misma cosa. Si uno desmiente al otro. Ella ya está enterada del estado de coma. Va a hablar con los de migración. Por si le permiten volver sin que se suspenda el trámite.

No es necesario. La detienes. Te arrepientes de inmediato. ¿Hace cuánto no la ves? Sería una oportunidad única. De darle un abrazo. De brindarle consuelo. ¿Hace cuánto no se abrazan? Piensas en la ciudad. En el monstruo al acecho de nuevas víctimas. En los semblantes grises. Deja que yo me encargue. Insistes.

Silencio.

Casi puedes escuchar sus pensamientos. Sus dudas. Corren a lo largo de las ondas que los comunican.

No te prometo nada. Responde por fin. Voy a hablar con Mark. Bendito Mark. Ojalá tenga la influencia de la que tú careces.

Al menos sembraste la duda. Un abrazo a la distancia. Cuenta para ti.

Se despiden. Estás en la planta baja. En medio de una recepción inmensa. Compras un café demasiado caro. No está bueno. El vaso de papel rodeado por una tira de cartón. Corrugado. Depositas todo junto en un bote para residuos de otro tipo. De color azul. El bote. Los residuos.

Vengo por el café que me prometiste. Pabilo.

Saca las manos de un cadáver. Se quita los guantes y la bata. Se lava las manos. No parece importarle el cuerpo tendido. Abierto. Herida dosificada por la luz neón. Hasta puedes percibir los palpitos de sus órganos expuestos. Palpitos inexistentes. Producto del agua que escurre. Rojiza. Hacia un drenaje clausurado. Rosicler. Los colores se transforman. Desgastados.

Vamos. Interrumpe el forense.

Te escolta hacia un pasillo. Tres puertas. La cuarta a la derecha. Con llave. Cede el paso una vez abierta. Una sala. Una cocineta. Una cama perdida al fondo. Las paredes cubiertas de madera. Pechos de paloma. Les llaman.

¿Aquí vives? Intentas digerir la revelación.

A veces. Entre semana.

Tu cara debe contener más preguntas. Pabilo las responde. Camina hacia la cocineta. Cubre

dos turnos. Como forense. En un entrepaño descansan varias cafeteras. Ir y volver a casa es pesado. El tráfico. Toma una prensa grande.

¿No tienes familia? Te sorprendes a ti mismo con la pregunta íntima.

Cuatro hijos. Dos matrimonios. Ya grandes. Pone a hervir el agua. Dos nietos. Su segunda esposa aún lo espera los viernes. Es un buen arreglo. Un frasco metálico. ¿Un bote? Por la noche. De viernes a domingo está en casa. Así no se hartan. Cuenta. Las cucharadas. Salvo por emergencias. Vacía el agua hirviendo. Cubre la tapa. El émbolo sobresale. Son pocas. Muertos siempre hay, pero no urgentes. Ni modo que los resucite. Un par de tazas. Las lleva a la mesa de la sala. Pueden esperar. También su mujer. Y la cafetera.

¿A qué debo el honor?

Tardas en responder. Sin duda es acogedor este sitio. No podrías vivir aquí. ¿Cuándo fue la última vez que salió Pabilo al aire libre? De día. Con luz del sol. No se te ocurre qué puede ser peor: dormir, como el sepulturero, a pocos metros de un millar de tumbas o hacerlo, como el forense, a menos metros de cuerpos abiertos en canal.

Vine por un muerto. Contestas mientras él baja el émbolo de la cafetera.

¿Para llevar? Continúa la broma del otro día.

Más o menos. Es un muerto especial.

Sirve las tazas. El olor inunda la sala. Te hace evocar otros cafés y otras épocas. Quizá sí podrías vivir en un sitio como éste. Es mucho mejor que tu departamento. Basta con provocar ciertos placeres.

¿Qué tiene de especial?

Está vivo.

Demoras una taza de café en explicarle el asunto. Néstor Quiñones. El féretro vacío. Homo y Hetero. Celebra la ocurrencia. La encomienda del comandante. El tío asesinado. Llenas de nuevo las tazas. Pabilo se reclina en el sillón. Los ojos entrecerrados. Piensa.

No todos los muertos llegan a la morgue. Asegura. De pronto.

¿No? Interrumpes incrédulo.

No. ¿Cómo crees? ¿Sabes cuánta gente muere en esta ciudad? Si llegaran todos, tendríamos a varios recostados aquí mismo, compartiendo el café con nosotros.

Una danza macabra tornándose ridícula. Supones mientras escuchas. El servicio forense no se da abasto. Por fortuna están las funerarias particulares. Basta un certificado médico firmado por cualquiera para poder disponer de un cuerpo. Da igual si fue un infarto o doscientas puñaladas. Si en el papel dice que murió, como todos, por un fallo cardiorrespiratorio, nadie investigará más.

Así me ahorro la convivencia con cientos de fiambres. Sonríe antes de terminar.

¿Aunque haya muerto en una redada? Insistes. Buscando que tu incredulidad abra nuevos cauces.

No es lo común, pero se puede. Basta con que alguien recoja al occiso antes que nosotros y lo desaparezca en una fosa, un tambo lleno de diésel, lo disuelva en ácido o lo meta a la cripta familiar. No es tan difícil.

Das un nuevo sorbo. Este café sí es bueno. Diferente al de Arcángel. Menos cremoso. Menos ácido. Deberías aprender a preparar una bebida así.

¿Y si no está muerto?

Más fácil. Acabando la redada se levanta, se despide de quienes lo atacaron, se va caminando y abre una cerveza llegando a casa. Con suerte hasta se coge a su vieja. Pabilo hace la mímica justa para acompañar cada acción.

El resto son especulaciones derivativas. En caso de estar herido se lo llevarían los servicios de emergencia. A un hospital público. Los privados no reciben a nadie si no viene con una tarjeta de crédito. Aunque se esté muriendo. No por fuerza es el más cercano del lugar de los hechos. Hay quienes se niegan a recibir más heridos. Sobre todo si están graves. El sistema de salud está saturado. Cada noche llegan traumas a granel. Vidas rotas que se vacían en las salas de espera. Hay doctores que sienten alivio al descubrir que el paciente de la camilla quince del pasillo ha muerto. Uno menos a quien atender en el turno eterno. Se lo entregan a quien lo solicite. El cuerpo. Sin papeles. Nadie audita entradas y salidas. No con precisión. Ser estricto es un vicio administrativo. No mortuario. El que ya no está no está y se acabó. Eso sí, se firman hojas por centenas. Nadie sabe qué dicen.

¿Y el acta de defunción? Todo te ha quedado claro pero no quieres dejar nada al azar. Vacíos procedurales que les llaman.

¿La tienes?

Buscas en el expediente. Le extiendes el acta a Pabilo. La observa apenas un par de segundos. Ríe.

En la esquina te venden una de éstas, barata. Las compran para evitar que yo les abra a sus muertitos. Si te urge una y no tienes dinero, yo te la regalo. Sólo dime el nombre del difunto.

Vacías la taza.

Es un buen café. Deberías enseñarme a prepararlo.

Cuando gustes. Responde Pabilo. También te puedo enseñar a abrir un muerto. Eso es más emocionante.

No respondes a la broma. Las ideas que rebullen no dan cabida a la agilidad mental.

Vuelve pronto. Te prometo que a la próxima te doy una taza limpia.

Pinche Pabilo. Dices por toda despedida.

El plan era simple. Recuerdas. Buscando, tal vez, cierta inspiración en lo previsto por La Amarilla Nelson. Tú no tienes plan. Planes. Ojalá llegara uno sencillo. De los que permiten salir con la conciencia tranquila.

Una vez en el galpón, La Amarilla Nelson aseguró todas las entradas. Las clausuró. Le ayudaste con la soldadura halógena en las dos puertas. Había un segundo piso. Más un pasillo a tres o cuatro metros de altura. Con acceso desde el exterior. Instalación industrial. Atalaya para los espectadores. Industriosa. Ustedes.

Sólo uno saldrá vivo. Amenazó La Amarilla Nelson.

La crispación los inundó a todos. De diferentes formas.

Miedo para el gobernador. Nunca saldría bien librado en una pelea frontal contra el narcotraficante. Ansiedad para Jimmy. Buscó un arma para atacar de inmediato. Sus ojos ansiosos.

Escepticismo para ti. Soltar a cualquiera de ellos sería una condena. A ustedes. A tu familia entera. A Leslie. Emoción para La Amarilla Nelson. Se le notaba en la piel. En el pulso desbocado.

Te sosegó la imagen de la soldadura en las puertas: nadie saldría de ahí.

Jimmy no encontró nada. Tendría que ser con los puños. Adivinaste su pensamiento al tronarse los dedos. Sobarse los nudillos. El gobernador lo atajó con palabras inaudibles. Fáciles de adivinar. Alguien los buscaría. Alguien de los suyos o de los otros. Alguien que te sonaba a peligro. Alguien que les permitiría vengarse de ese par que no merecía el triunfo de verlos matarse. Ustedes.

Volviste a la posibilidad de los balazos. Dos. Certeros. Dispararles desde lo alto. Cazar con todas las ventajas. Incluso ensañarse. Veinte a cada uno. Provocar dolor. Concluir con una puesta en escena un tanto absurda. Sufrimiento. Detuviste tu mano cerca del arma. La Amarilla Nelson se merecía su venganza. Aunque pareciera más un arrebato adolescente.

Su ánimo se apagó poco a poco. El gobernador y Jimmy habían acordado. De nuevo. Como tantas veces. En otros términos. Tal vez un plazo. Quizá la sospecha de que morirían los dos. De ser así, mejor no ser parte del espectáculo. El gobernador y su labia. Lo recordaste convenciéndote. En el pasado. De tantas cosas. El gobernador y su forma de decir las cosas. Recargado en un rincón. Jimmy y su ansiedad. A cuántos no había asesinado por un simple arrebato. El gatillo sensible, le llamaba. Golpeteando con la pierna en el suelo desde la esquina opuesta.

¿Y si nada sucedía? Te preguntaste. ¿Cuánto tiempo tardan dos hombres en morir de hambre? ¿Más de lo que dura un pacto endeble? Cuando le faltaran las fuerzas a uno de ellos de seguro intentaría matar al otro. ¿Comerlo? No, eso está más del lado de la ficción.

La Amarilla Nelson te ofreció un cigarro. Lo fumaron sobre el pasillo. Las piernas de los dos colgando. Acantilado sin riesgos. Cierta aire de trágico romanticismo. La estructura de metal lastimándote las nalgas.

Las respiraciones un bufido cercado por la oscuridad.

Rota. Iluminada por un foco potente. Haciendo más nítidos los detalles del piso exterior. Regando penumbra hacia arriba. Donde esperaban. Ustedes. De nuevo.

Pronto te venció el sueño. Tenía olores terrosos. Petricor. Cierta humedad antigua. Casi infantil. En él sonreías ante una buena idea de futuro. Tan alejado de eso. De la violencia. El norte se difuminaba. Tu sobresalto apenas te devolvía a la conciencia para luego abandonarte a la modorra. No podías permanecer despierto. Como si la situación se ocupara de deshebrar todo residuo.

Sí. El plan era simple. Sus consecuencias, no tanto.

Pese a ello, te gustaría tener uno. Saber el sitio preciso para poner el pie en el siguiente paso.

No está muerto. Te topas con Alvariño en el patio central de la Procuraduría.

¿Quién? Se detiene en seco. Sus dos prosélitos, un paso atrás, te miran con molestia.

¿Quién va a ser? Dios. Elvis. Pedro Infante. Siguen vivos. Respondes mientras notas la calidad

del traje nuevo. De la corbata. El cinturón ostentando la marca.

Pinche Zuzunaga. Eres muy cagado. Su mano sobre tu hombro incomoda pero la dejas estar.

Le explicas con calma que Néstor Quiñones es quien sigue vivo. También otros siete mil millones de personas. No estás dispuesto a enlistarlos. Le ahorras los detalles de la exhumación. El placer sentido al fumar sobre la lápida. Bien pensado, ya te estás haciendo de un vicio nuevo. El del café con Pabilo. Si uno no aspira a la felicidad, le queda asirse a esas pequeñeces.

No me queda claro de qué lado masca la iguana. Concluyes sin dejar de verlo a los ojos. A la camisa planchada con esmero. A sus mancuernillas caras.

La sonrisa se esfuma. Ha entendido el mensaje. Es evidente. Lo has sabido todo este tiempo aunque no lo habías verbalizado. La iguana. Alvariño o el procurador le dijeron a Homo y a Hetero que el asesino de su tío había muerto. Quizá los dos. Hasta ahí, nada de extrañar. Los expedientes están llenos de zombis. De muertos vivos. De vivos asesinados. Hasta de algunos resurrectos. ¿Entonces? La pregunta es sencilla:

¿Por qué me mandaron a buscar algo que no quieren que encuentre? La formulas sin tomar aire.

Alvariño se tropieza en un discurso sobre la impartición de justicia. La legalidad ante todo. El estado de derecho. Servir al ciudadano que paga nuestro sueldo. Descubrir la verdad aunque no nos beneficie...

Mamadas. ¿Acaso ya se le olvidó con quién está hablando? Ni que fueras un reportero. Lo dejas terminar con una frase grandilocuente. Agradeces su tiempo. Antes de despedirte le prometes que no lo defraudarás. Con un ademán rápido, lanzas la mano hacia su pisacorbatas y lo enderezas. Paternal. Superior, en todo caso.

Decir que te alejas sin respuestas es exagerar. Traes varias contigo. Te sobran, en cambio, varias preguntas. ¿Por qué no te avisaron de la simulación desde un principio?, es la que más te molesta.

Tendrás que irte con tiento. Lo sabes. Te enfrentas a demasiadas cosas. Al caso. A Quiñones. A una plétora de Haches. A la sospecha de que Alvariño y el procurador quieren deshacerte de ti de alguna forma. Ya lo han intentado. Con el caso del diputado Manrique. Te invistieron como al chivo expiatorio ideal. Se les fue de las manos. ¿Quién iba a pensar que resolverías el caso? Ni tú. Eres tan incómodo que prefieren hundirte. Y eso que te has portado bien. A todo el sistema. Debería tener un nombre la capacidad de meterse en problemas de a gratis. Sin buscarlos.

Tu estómago te informa que ya es hora de comer.

De nuevo el departamento está vacío. Sin Nat. Sin la Niña. Buscas tu ropa sucia. Un bote dentro de un clóset. También ropa colgada. Limpia. Más que antes. La de ellas. Tendrás que llevar una buena carga a la lavandería. ¿Dónde lavan ellas? Más tarde. No tienes lavadora. Ahora necesitas descansar. Ni lavadero. No es tan mala idea la siesta vespertina. Bajar la consistencia del mole. El cigarro. Su pesadez. El café. También el cansancio. Vicios nuevos que parecen virtudes. Ese falso escalofrío que te visita cada tanto.

Te recuestas. En tu cama. Nueva. Vieja. Vieja que parece nueva. No permites que las inquietudes te incorporen. ¿Existirá el insomnio de las siestas? Las destejes. Haciéndolas de lado.

Nat. De nuevo. La Niña. Otra vez. Leslie. Su madre. Homo y Hetero. Néstor Quiñones. Alvaríño. Cada nombre se desgrana antes de pronunciarse.

Necesitas dinero. Efectivo. Otra chamarra. Tendrás que ir al centro comercial. Pasar por El Fresno. Cobrarle a Cuco. Llamar a Nicole para preguntar por la enferma. Sin novedad. La respuesta que esperas siempre. Significa seguir. No cambiar de estado. Permitir a la costumbre asentarse. Ser la dueña de lo venidero.

También necesitas una mujer. Aunque sea una puta. De momento. Nunca te han gustado. Sólo para descargar. Podrías probar con un hombre. Sólo para descargar. En serio. Conseguir una mujer para ti. Jugar el juego. Del amor. De la pareja. De que se importan. ¿De dónde la vas a sacar? Al puto es fácil. Sólo redimiendo a la puta. Convenciendo a Nat. Tal vez. Convenciéndote a ti de Nat. Coger con ella. Nada más. No podrían ser una pareja. Tampoco operar los simulacros. El del amor. El de la familia. El de que se gustan. Sobre todo.

Requieres un futuro. Una ilusión. Comer bien no basta. Ni el dinero. Descansar suena a viejos. No eres viejo. No estás tan cansado. No tienes idea de lo que harías si ganaras una fortuna. Rico. Millonario policía consumido por el aburrimiento. Todos tenemos crisis. A ti se te acumulan. La del sexo. La del amor. La de las ilusiones. Tal vez enamorarte de un muchachito no sea tan mala idea. La del futuro.

Despiertas acalorado. Dormiste de más. Las siestas no deben ser tan largas. Nat y La Niña no han vuelto. Tal vez alcances a comprar la chamarra. El dinero. Los necesitas. Del resto mejor no hablar. Los sueños se conservan mejor tras los párpados.

Apostarse es grato. Ayuda la terraza del hotel. Un cuarto piso. Mesas al aire libre. Lejos de la calle. Pides una cuba. Con mucho hielo. Pese a la hora. Es temprano. De mañana. Desde tu esquina puedes ver la refaccionaria de Homo y Hetero. El tránsito. Es grande. Muchos clientes salen con productos. El mostrador a unos metros de la banqueta. Extenso. Alargado. Alguien llega. Uno de los tantos vendedores lo atiende. Con diligencia. Y uniforme. Teclea algo en la terminal de la computadora. Imprime una tira de papel. Desaparece. La espalda del cliente muestra su impaciencia. Tamborilea sobre el mostrador. Llega su pedido. Lo revisa. Con ojo analítico. Adivinas. Saca la pieza de la caja. Un embrague. El termostato de la calefacción. Varias bujías. Fusibles. Lo regresa a la caja y asiente. El vendedor le da la nota. Con ella se dirige a uno de los dos extremos del negocio. A pagar. De regreso recoge el producto en una zona delimitada para la entrega.

Todo funciona bien. Maquinaria puesta para un buen negocio. También hay una entrada para vehículos. No es estacionamiento. Pedidos grandes. Supones. Aunque es donde la suspicacia se dispara. Guardias armados. De traje. Revisan la identificación de los choferes. Con aparatos de intercomunicación clavados en las orejas. Los obligan a abrir las cajuelas o las cajas de los camiones. Furgonetas. Precauciones excesivas frente a un asalto. ¿Qué van a traer ahí atrás? ¿Un comando armado?

No alcanzas a ver el patio. El procedimiento debe ser similar pero más lento. Los imaginas llenando el vacío de los camiones con montacargas. Estibando los paquetes.

Colando un paquete extra entre un aparejo para alzar motores. La caja que justifica a los guardias.

Droga. Sólo puede ser eso. Metanfetaminas o cocaína. Un próspero negocio sirviendo de pantalla a otro mejor. Más redituable. De ahí la balacera. El tío muerto. Néstor Quiñones huyendo en una moto. Deudas entre capos de la droga. Todo bien planeado. ¿Cómo supieron cuándo saldría la víctima?

Un asunto en el que prefieres no estar involucrado.

Cada minuto se vuelve más evidente. La segunda cuba sustituye al vaso vacío. Sí. La paga es buena. Incluso demasiado. Nada que agradecer a Alvariño o al procurador. Será difícil salir indemne de este caso. De chivo expiatorio vas a acabar convertido en blanco. Un balazo en la cabeza. Una ráfaga sobre el cuerpo. Ácido para desaparecerlo. Tortura. Una lápida con tu nombre. Donde fumará el sepulturero.

Masticas los cacahuates con rencor. El gusto de la bebida se vuelve acedo. Permites a la luminosidad del día ganarle terreno a las sombras. Sobre la terraza. Del hotel. Una brisa fresca te espabila.

Marcas a Nicole. No hay novedades. Le escribes lo mismo a Leslie. Ella misma podría estar en contacto con la vecina. Más estrecho. Buscas palabras reconfortantes para acompañar el mensaje. No las encuentras. Lo envías sin ganas.

Sales caminando. El otoño atempera tus pasos. La patrulla está a un par de cuadras. Un manto de hojas pardas la cubre. Al menos no es mierda de pájaro.

No apostarse. Imposible hacerlo. Recorres la colonia con el sol lacerándote el ánimo. El Abedul. Disfrutas ciertas coincidencias. Pocas. El nombre. La geografía franqueada por sendas avenidas. Apenas. El resto son diferencias. Calles más estrechas. Casas más pobres. Miradas que se acumulan a tus espaldas. Callejones pletóricos de malos augurios. No es una visita turística. Ni un paseo. Caminas buscando vestigios. A Néstor Quiñones.

Tocas en una puerta de metal. Corroída por el óxido. Su dirección. La última conocida. No responden. Mejor eso a que abra un fantasma. Sonríes sin ganas. Cruzas la calle. Una tienda. El olor delata descuido. Algo se pudre. Desde hace años. Los productos habituales comparten repisas con alimentos preparados. Manitas a la vinagreta en vasos de plástico. No satisfaces el antojo. Optas por la prudencia. Por la higiene. Te conformas con una paleta helada. La sacas de su envoltorio. Caminas unos pasos. Cruzas de nuevo. El frío te palpita en las sienes. Al lado sombreado. Acomodas la lengua contra el paladar. La esquina. Una pausa. Destellos hirientes sobre los coches.

Una vidriería. Entras. La puerta pequeña. Retacería acomodada contra las paredes. Más por curiosidad que con un plan establecido. En la tienda no preguntaste nada.

Estoy buscando a Néstor Quiñones. El dependiente es chaparro. Macizo. Moreno. Las manos deben tener la textura de una lija. Las observas trabajar con unas pinzas. Alicates. El vidrio colocado sobre una mesa. Alfombrada. Gris.

Termina de hacer los cortes. Alza la vista. Usa lentes. Su cara es ligeramente cómica. Repites

la pregunta. Apenas. La primera frase. La inconfundible presión de un arma contra tu nuca resquebraja tu estructura. Te afloja. Pendejo. Dejas caer la paleta. Puedes percibir cómo se desarticula tu voluntad. Pendejo. La mancha crece. Se derrite aunque el tiempo no pasa. Una mano te catea con prisa. Encuentra tu arma. La retira. Sientes cómo se esfuma cualquier posible defensa. Pendejo.

El vidriero no altera su expresión. Camina hacia la puerta. La cierra. Volteas para corroborar que no se ve el exterior.

El golpe en la cara duele. El crujido no es de tu mandíbula. Es en el cuello. Acaban de acomodar algo que lleva años fuera de lugar.

Es cuando te topas con Néstor Quiñones. De frente. La pistola aún danza frente a tu cara. La suya. La otra cuelga de su brazo. No sientes miedo. A menos que esta ansiedad sea una de sus manifestaciones.

Se acomoda la escuadra en la parte trasera del pantalón. La suya. Primero. La tuya. Con más trabajo. Interpretas las señales. Alzas la mano en son de paz.

Te equivocas.

El madrazo ahora es en el pecho. Del vidriero. Fuerte. Seco. Te sorprende que no duela tanto.

Puedes pelear. Lo consideras. Eres bueno a la hora de los putazos. Lo eras. Hasta lo hacías por placer. Con tus cuates. Adolescentes. Se metían en fiestas ajenas para armarla de pedo. Por la adrenalina. Por el puro gusto. No salían limpios, pero sí eufóricos. Los más difíciles eran los señores. Arriba de los cuarenta estaba cabrón tirarlos. Aguantaban un chingo.

Otro golpe en la cara.

El sabor de la sangre.

Era otra época. Otra vida.

Ahora tú eres de esos señores. Deberías aguantar. Con suerte lo tiras antes de que saque la pistola.

Tu sudor se mezcla con tu sangre. Del labio. Lanzas un esputo que se estrella contra un espejo inclinado. Se descuelga lento. Caracol dejando rastro. Mejor intentarlo ahora que cuando ya no tengas fuerzas. Aprietas los puños.

Caes de rodillas. Como si te hubieran desconectado los cables de las piernas. Un golpe certero. A los riñones. Al de la derecha. Tu cabeza se estrella contra el gargajo. Buscas aire. El dolor se extiende. Pedacería de espejo. Apoyas la mano en el suelo. Sientes cada uno de los cortes. Minúsculos. Con meridiana claridad.

Abres los ojos. Tu cara se fragmenta. Alcanzas a distinguir el rumbo de la patada. Decenas de pedazos. Una pregunta rebulle en tu interior. Tu quijada. ¿De qué color son los espejos?

No alcanzas a responderla.

El nocaut es inmediato.

Tampoco podrías.

Hay demonios que se aparecen muy de vez en cuando. En situaciones excepcionales. Aprovechan un resquicio de conciencia para colarse en los miedos. Jugar con ellos. Siembran

confusión.

Leslie bien podría quedar huérfana. De padre. De madre. Los dos al mismo tiempo. Disipas al pesimismo. No morirás. Tampoco es tan grave. Ella los necesita poco. Intentas convocar la imagen de tu hija. Adulta. Viviendo lejos. A salvo de colonias como El Abedul. El Fresno. De tipos como Quiñones. El Matape. Comienzas a confundirte. Néstor Quiñones bien podría terminar con Leslie. O Alvariño. Arcángel. Apenas es una niña. Indefensa. Leslie. No podría sobrevivir a sus padres muertos. No hay familiares que la acojan. La asistencia social es un infierno. Falso. Sobrevivir es sencillo. Tantos lo hacen. Caería en manos de Homo y Hetero. Sus perversiones sexuales incluyen a niñas de ocho años. De doce. Cuando mucho. Así cobrarán réditos por lo que te pagaron. La utilizarán para luego venderla. Comerciar con ella. Las imágenes se suceden. Ese vestido coqueto talla seis ahora es una provocación. También su sonrisa. Matape se masturba frente a ella. Su mano se aleja de ti. Se escapa.

Son tus demonios llevándote al límite. Rescatándote. La bocanada rompe con la realidad. Corpúsculos brillantes revolotean a tu alrededor. Estás vivo. También Leslie. Incluso Sonia. Tu hija protegida por su circunstancia y su edad.

La conciencia llega lento. Como un bálsamo. No consigues recordar la pregunta anterior a la caída. El alivio propio de los insumisos.

El alivio de los pendejos. Estás atado. La cara reventada. Los cortes en las manos. Tu cuerpo contra una pared de la vidriería. Al menos eres tú y no Leslie. Valiente consuelo justo ahora.

Tardas en recuperar el espacio. La justa dimensión de las cosas. Un mandoble de impaciencia te espabila. Impaciencia que se decanta en miedo. Sigues en el local minúsculo. Un miedo seco. Preso. Sin temblores. Privado de la libertad, como dicen los noticieros. Angustia creando vacíos. Sabes que tienes pocas oportunidades. El narco se ha infiltrado en la ciudad. Mientras no te cagues. En el país entero. Para colmo te volviste una carnada. También estás enojado. Por tu propia voluntad. Por pendejo. Si sabes bien de la violencia que se puede generar. Descabezados. Amputados. Cocinados en tambos repletos de diésel. Hasta parece deseable una muerte expedita frente a lo que se cuenta. A lo que tú mismo has visto. Cuerpos desmadejados. Consumidos por las tarascadas de los perros. En vida. Has observado esos huesos blancos. Ensangrentados. Rotos. La carne aún pegada. Los músculos deshechos. Los ligamentos y esa grasa amarillenta. Dos canes bastan para un hombre. Hambrientos. En los tiraderos de basura de la periferia. Muchos mueren en esos sitios. Desaparecen de inmediato. Convertidos en composta.

Pendejo.

Aquí no hay perros pero hay vidrios. Triturarlos en un mortero. Restregarlos contra tus ojos. Obligarte a tragarlos. Dejar que se incrusten en cientos de heridas. En tu esófago. Tus intestinos. Aunque te dejaren ir estarías condenado. No hay médico que salve a quien come vidrio molido.

¿Quién eres, puto? La pregunta también es un alivio. Mejor la realidad donde te palpita la mandíbula a la imagería de quien ha presenciado todos los horrores.

Cipriano. Te cuesta modular la voz. Por eso repites tu nombre. Lo completas. Cipriano Zuzunaga. No tiene sentido ocultarlo.

¿Eres tira? La voz de Quiñones pretende una seguridad de la que carece. Tras él, el vidriero retoma sus labores. Desplaza una enorme hoja de vidrio sobre su mesa.

Asientes.

Quiñones calla. Cierta ansiedad se nota en sus movimientos. Un resquicio. Infieres. No debes olvidar que ha matado a un hombre. Al menos. Al tío de Homo y Hetero. Pendejo. H y H. Pero seguía órdenes. Seguro. No es lo mismo dispararle a alguien al amparo de la obediencia que decidir a solas.

Enciende un cigarro. Se sienta en una silla. De plástico.

¿Me das uno? Te atreves. Estás calándolo.

Se incorpora rápido. Toma un trozo de vidrio. Afilado. Daga accesible. La punta en tu cuello. No necesita decir nada. Rezumas miedo. Se nota. Huele. Néstor Quiñones configura una mueca. Sopesa. Baja el vidrio y corta la atadura de tus muñecas. Te da el cigarro. Confía. Lo enciende. Rompe el vidrio contra el suelo. Vuelve a la silla. De plástico.

El vidriero levanta el bastidor de una ventana. El equilibrio es precario. Placas de vidrio penden de la parte superior. Estalactitas traslúcidas. Atrapadas por el marco. Por el mastique. Un olor de infancia. Una textura. Ya nadie lo utiliza. Tuerce el más grande. Sale íntegro. Uno más pequeño cae sobre su mano. No alcanza a retirarla. Es la estocada de la gravedad. Hiende la piel. Apenas. Habría atravesado tu mano. La suya apenas sangra. La mira con displicencia. Como si no reparara en el dolor. Te fijas. Desde los codos hasta la punta de los dedos las cicatrices narran el paso de los años. De los vidrios. A él parece no importarle. Continúa hasta dejar la ventana libre de astillas.

¿Vienes por mí? Néstor Quiñones rompe la tregua.

Vengo contigo. Das una última calada. Es un vicio bueno. No entiendes por qué lo satanizan. Calma las ansias. Proporciona placer inmediato. Entretiene. Enferma. Todo enferma.

Quiñones no capta la sutileza.

Me mandó Alvariano. Arriesgas tu resto. Dejas que se asiente el nombre. Su expresión cambia. Necesito mercancía. Te curas en salud. Si no está en buenos términos, podrás alegar traición.

No es necesario.

¿Cómo sé?

Márcale. Comienzas. Traigo dinero. Lo tientas.

Captas su atención. Le explicas que no consumes. El vidriero lanza el cortador sobre la hoja. Buscas compras grandes. Percibes cierta musicalidad en el trazo. Para un cliente. Lo dobla un poco. Le muestras los billetes. El sonido es sordo. No es mucho. Se desprende. Para probar la calidad. Para entrar en confianza.

Néstor Quiñones extiende la mano. Le das el fajo.

¿Para probar? Insiste.

Para probar. Redundas. Si es buena volveré pronto por más.

Desaparece tras una puerta llena de marcos de madera. El vidriero acomoda el vidrio en la ventana. Encaja. Una pistola de silicón se funde con las aristas. Su contenido. Adiós al mastique. A una época. Cuando solías pelear a golpes. Experimentas un arrebató de nostalgia.

Vuelve Néstor Quiñones.

Una bolsa de tela. Oscura. Te incorporas para recibirla. El malestar en los riñones te hace trastabillar. Sólo en uno.

¿Sin rencores? Ofrece.

Sin rencores. Aceptas su saludo. También el del vidriero. Su piel es gruesa. Imposible que pueda acariciar. Necesito mi pistola. No puedo perderla.

Néstor Quiñones duda. Se arriesga. Te la devuelve. La guardas en tu cartuchera. Toma una tarjeta de la vidriería. Cui Serrano. Dice.

Es de mi compa. Aquí me encuentras.

Buscas la salida. Cui Serrano chasca la lengua. Lo miras. Señala el espejo roto.

Es su negocio. Lo justifica Néstor Quiñones.

Sacas los últimos billetes en tu otra bolsa. Queda poco. Los pones sobre la mesa alfombrada.

Es todo lo que traigo.

A mano, patrón. Escuchas por primera vez la voz del vidriero. De Cui Serrano.

Un negocio próspero. Piensas al salir. La luz de la tarde te sorprende por las tonalidades. Malvas. Recuerdas la pregunta que te hiciste al reventar el espejo. Suspiras aliviado al no tener que responderla. El miedo se diluye en una solución espesa. Cargada de inquietudes. Aprietas el paso hasta la patrulla.

No han vuelto.

Lo sabes porque nadie ha movido nada dentro del departamento, como cuando lo habitabas solo. Una de las manías de esa soledad consistente en la comprobación de que tu estancia en este mundo no dejaba rastros. Acaso ropa hecha bolas y el persistente olor que no se escapa del encierro de estos cuartos.

Te bañas. El dolor en los riñones ya sólo subsiste sobre la piel. Un ardor seco que se disipa al contacto. La quijada duele más pero es soportable. Un moretón que amplía la coloratura de tu cara, sumándole matices ambarinos a un centro rojizo. El de la boca que permite el desprendimiento de la sangre. Molestan más las manos. Las decenas de cortes que se enjuagan dejando salir aún fragmentos minúsculos de vidrios. Hasta te parece escuchar cómo se estrellan contra el mosaico en medio del chorro potente de la regadera. Sientes las manos tiasas. Abrirlas y cerrarlas es tensar la cicatrización. Hasta enjabonarte el pelo tiene algo de doloroso. La menor de las afrentas se ha convertido en el recuerdo más persistente.

Te vistes. Vacías media botella de alcohol sobre las heridas. La clave morse sobre tus nudillos. Arde. Poco. Pero genera una sensación de malestar que empobrece tu ánimo. Tomas dos analgésicos fuertes. Los tragas con un café aguado y pan en bolsa. Al menos masticar no lastima.

Pinche Néstor Quiñones. Pinche Cui Serrano.

Hasta eso no te caen mal. No buscarás reparaciones ni venganzas. A mano es a mano. Si acaso sientes algo de gratitud. Te dejaron ir. Néstor Quiñones es un asesino. No debes olvidarlo. Has visto el video en que le dispara al tío de Homo y Hetero. Tus clientes. Los recuerdas. Escribes un mensaje escueto. Tengo una pista sólida. Nada más. Lo envías. Que sean ellos quienes se armen de paciencia.

Lavarte la boca sí es molesto. Por la encía inflamada. Por la presión sobre el cepillo de dientes. Por el agua que escupes teñida de sangre.

Te dejas caer sobre la cama. A la espera de que el sueño sume sus efectos a los de las pastillas.

Lo concilias. Sin sobresaltos ni espectros.

Cuco sonrío. No fue él quien te hirió pero disfruta al saberte lesionado. Casi percibes su propia recreación de lo sucedido. Eres vulnerable. Él mismo podría tener su propia oportunidad.

Siéntate. Una palabra basta para descolocarlo. De nuevo es un animalillo ansioso.

Descansa los bastones contra la mesa. Se contorsiona para tomar asiento. Extiendes la mano. Saca de entre su ropa los billetes. Estrangulados por una liga.

Vas a necesitar más. Dices sin contarlos.

Notas cómo tensa la mandíbula. Los músculos del cuello. Inicia una perorata tartamuda. Lo interrumpes. No necesitas oír su voz. Tampoco sus argumentos. Los conoces de sobra. Lo que te da es un pago justo por permitirle trapichear. Si es que el concepto de justicia tiene cabida en este sitio, entre un menudista atacado por la polio y un policía corrupto.

Pones el paquete sobre la mesa. La misma bolsa que te dio Néstor Quiñones. De tela. Para que no se registren las huellas digitales. No la has abierto. Tú no consumes. Has visto lo que esta mierda le hace a las personas. Tampoco eres traficante. Tan sólo buscas recuperar lo invertido en salvar tu vida. Como si eso no fuera suficiente. Salvar tu vida. Palabras escritas en el agua.

Cuco interroga con una mueca.

Ve a revisarla. Le explicas. Apenas me van a traer la sopa. Regresa antes de que termine de comer. Con mi dinero.

Se levanta con esfuerzo. Toda una vida tullido y sigue sin ser fácil. Esconde la bolsa de tela en donde traía el dinero. Bajo su camisa. Desaparece como sólo puede hacerlo un discapacitado en medio de la amargura de los transeúntes.

No tienes idea de la calidad del producto ni de su precio en las calles. Sabes lo que te costó. No presionarás demasiado. Te conformas con recuperar una parte. Lo que menos quieres es competir con los proveedores de Cuco. No es tu negocio. No sabes hacerlo. Además, hay demasiados tipos malos allá afuera. Malos y con armas. De quienes no tienen problemas con matar a un policía.

Comes sin prisa. La sopa es de pasta. Demasiado jitomate. Contrasta con el estofado. Seco y salado. Masticarlo te molesta en las heridas. Deberías cambiar de fonda. La comida nunca ha sido buena. Comienzas a aburrirte. Una idea se atraviesa en tus molares. Carne deshebrada. No te puedes volver un narco. Eso sí no. Hay límites que es mejor no atravesar. Demasiado peligro. Muchas consecuencias. Si alguien se quiere drogar, que se la meta hasta por el culo. El problema es otro. Los cárteles. Seres impíos. ¿En qué momento el poder se volvió máspreciado que la vida? Desde siempre. ¿En qué momento el sadismo se volvió necesario? Cuando quedaron atrás los argumentos.

Sonríes. Ahora resulta que estás a favor de la legalización.

No parece mala idea. De cualquier forma seguiremos encontrando el pretexto para matarnos. Sólo esta vez. Te engañas. Ésta y las subsecuentes. Sabes bien que deberás comprarle más mercancía a Néstor Quiñones. La confianza no se gana con un simple arreglo comercial.

Sólo estas veces. Intentas convencerte.

Cuco vuelve. Un tinte de euforia tiñe sus ademanes. No consigue disimularlo. No se sienta pese a tu ofrecimiento. Se detiene en el respaldo de la silla.

Inquieres con la mirada. El flan sí está bueno. Aunque escaso. No necesitas masticarlo.

Saca nuevos billetes de su escondrijo. No requieres contarlos. A simple vista sabes que es más de lo que tú pagaste. Mucho más.

Los guardas rápido. Sopesándolos para constatar.

Con una seña le pides que se vaya. Cuco se endereza. Comienza el tortuoso proceso de su partida. Cuando está a tu lado se detiene. Agacha un poco su cabeza.

Le compro toda la que tenga. Su aliento casi es una provocación. Su voz una sibilante bofetada.

Te contienes.

Te aviso. Respondes para deshacerte de él.

Así de buena es la droga. Comes la última cucharada de flan. Bien podrías hacerte rico en poco tiempo.

Tal vez no sea tan mala idea.

Te topas con la cara de Leslie. Sus ojos oscuros. La expresión adusta. Llena la pantalla del teléfono de Nicole. Cola de caballo. Maquillaje. ¿Por qué ustedes nunca se han comunicado así? Se conforman con llamarse cada tanto. No sabías que era posible. Tal vez tu celular no pueda hacerlo. Una lástima.

Sonia sigue dormida. Es la forma más fácil de decirlo. El tono de tu hija no es tan serio como su expresión. Es ella quien te explica. Por la noche hubo cambios en el monitoreo de la actividad cerebral. Marginales. Picos en una gráfica que equivalen a destellos de conciencia. A esperanza. Lo dice Leslie, pues ya ha hablado con el médico. Nicole la puso en contacto cuando ella misma no pudo entender mayor cosa. El cambio de la frecuencia en los pitidos. Cierta orgullo trasluciendo en la vecina de Sonia. Tendrás que darle más dinero.

Después. Ahora quieres prolongar el encuentro con Leslie. Actualizar su imagen. Descubrir que tras las ojeras se ocultan briznas de felicidad apenas perceptibles. La pantalla diminuta obliga a adivinar los detalles. La capa de maquillaje los oculta. Sumas a esta versión de tu hija a todas las que se superponen tras tus párpados cuando piensas en ella. Leslie.

Leslie. No deja el tono de reproche. Acecha. Te pide que estés al pendiente. De nada vale argumentar tu trabajo. El miedo que sentiste ayer. Ni siquiera ha preguntado por tu labio. Violáceo. Por la mandíbula hinchada. Ni una palabra. Sólo le interesa Sonia. Su madre. Su condición. El hecho de que no has estado acompañándola todo este tiempo. Por eso no interpones excusas. Las tragas. Tienen la acidez de los peores vómitos. Los del alcohol. De la impotencia.

Desaparece de golpe. Leslie. Te quedas viendo la pantalla varios segundos. Esperando el

milagro de su reaparición. No se produce por más que aprietas el teléfono. Cuando te das cuenta, ya sólo es un espejo negro que te refleja. Cansado.

A Nicole tampoco le das explicaciones. Sólo dinero. Algunos de los billetes que te dio Cuco. Pocos. Hablas fuerte. Con gravedad. Para que entienda.

La próxima vez que haya novedades me hablas a mí primero. Tardas en liberar la presión sobre los billetes. Ella los jala con discreción. Asiente. Los desaparece pronto. Ha entendido la amenaza. A Leslie sólo le hace un favor. El que le hace a su vecina. Tú le estás pagando por sus servicios. No debe olvidarlo.

Le regalas un vistazo a Sonia. Tendida. Inconsciente. Hasta en este estado te sigue generando problemas. Sólo eso. Ni compasión ni algo que provenga del pasado.

Sales e impulsas la puerta. Con fuerza. El mecanismo que la sostiene impide que se azote. Carajo.

Caminas. Para pensar. El caso casi lo tienes resuelto. El caso. Suena curioso. Como si en verdad fueras un detective privado. Está casi resuelto. El caso. Cosa de concretar dos o tres compras más. Ganarte la confianza de Néstor Quiñones. Cobrar. A Cuco. A Homo y a Hetero. A Alvariño y al procurador. Más fácil. Incluso. Marcar el teléfono de Hugo. Darle la dirección de la vidriería. Que ellos hagan el resto. Sin involucrarte. A ti te pagaron para encontrarlo. No para detenerlo. Mucho menos para eliminarlo.

Sí. Bien podrías hacer eso. Algo te detiene. Algo a medio camino entre la intuición y la empatía. Algo que te anuncia que está mal. Ha sido demasiado fácil. Ir a la casa de Quiñones. Preguntar en el local de al lado. Para eso no se requieren grandes dotes detectivescas. Podrían haber enviado a cualquiera de la refaccionaria. De los empleados del mostrador. De la trastienda. Todo mundo puede pasar por un cliente desesperado. Ni siquiera llevabas un plan. Estabas tanteando la zona. Apropiándote de su mecánica.

Ha sido demasiado fácil. Eso siempre está mal.

Necesitas ayuda pero no tienes a quién recurrir. La Amarilla Nelson no es una opción. Lo dejaste con la mirada perdida la última vez que se vieron. Descubrió muy tarde que las venganzas cobran su cuota. Ya no tenía cómo sostener su odio, ese despellejamiento que lo dejaba en carne viva. El cuerpo seguía ardiendo. Lo mismo. Sin remisión posible. Y ya no había a quién culpar. Así que llamarlo implica darle consuelo. No pedirle ayuda. Quizá ya no esté en condiciones de brindarla. Tal vez ya sólo le quede paliar los remordimientos. Los recuerdos. Hacer de todos una masa informe e integrarse a ella. Desaparecer.

El plan era simple. También aburrido. Demoraba. Pese a ello, podía percibirse el resquebrajamiento de la paciencia. El breve pacto ofrecido por el gobernador se acercaba a su caducidad. El político lo supo antes que Jimmy. Se notaba en su rostro. En los mofletes encendidos. En la tensión del cuello a la quijada. Jimmy iba a aguantar hasta que el hambre lo venciera. Era una bestia. El hambre. Una bestia acorralada. El odio. Las ganas de cagar.

Animalidad pura. Y eso aún no lo sabía. Sí el gobernador. Estaba más acostumbrado a leer a las personas. El narco imponía su voluntad a la del otro. El político la suplantaba.

Y nadie los iba a rescatar. Era evidente. Tu esperanza se fundaba en ello. No había riesgos para La Amarilla Nelson. Alguien se aparecía y los acribillaba a todos. No le importaría morir en la encomienda. Propia. Su encomienda. Pero para eso te habría liberado. Eximido de responsabilidades. Ya poco te quedaba por hacer en ese pasillo, a la espera de un arrebató de violencia.

No. La Amarilla Nelson no te haría eso.

No lo hizo.

Acaso el cansancio por la adrenalina desaprovechada. Esa pesadez que contagia a todos los músculos. El gobernador simuló su descanso. En parte. Se deslizó hacia el muro. Aparentó que el sueño le llegaba a intervalos irregulares. Desde las alturas se descubría su juego. Al albur que se jugaba. Desde arriba. Apostados. Fumando sin parar. Te escocía la garganta. Falta de costumbre. Una incómoda alergia te hizo moquear líquido. Casi agua.

Desde arriba.

Abajo la perspectiva era diferente. Jimmy no se acomodó. Lo suyo fue un vencimiento. Del sueño. Verdadero. Se notaba por las respiraciones. Acompasadas. Profundas.

El gobernador se descalzó sin moverse. Zapatos finos. De marca. La Amarilla Nelson lo señaló en silencio. Sin agujetas. Se levantó con trabajo. Los músculos entumecidos. Otro par de cigarros. Sin preguntas. Se estiró. El inconfundible sonido de un encendedor. Reverberando. El eco esparcido por doquier. La flama. El gobernador miró hacia arriba. Sin buscar complicidad. Acaso distancia. Se le otorgó. Tal vez pudo percibir el espectral asentimiento de La Amarilla Nelson antes de que la desaparición de la llama los devolviera a la penumbra.

Su asentimiento. Estaba de acuerdo. No tenía problema en concederle el triunfo al gobernador.

Acechó felino. Dando vueltas por el piso. Círculos que se ampliaban para evaluar a la presa. La separación se reducía. Cinco metros. Tres. Uno y medio. La distancia suficiente para lanzarse encima. Cobrar su presa.

Fue el instinto quien volvió veloz al hombre sedentario. Se sentó sobre Jimmy. No lo golpeó. No dejó caer su puño contra su cara. Habría perdido. Por eso lo tomó de las orejas. Mucho cabello entre los dedos. Azotó su cabeza contra el concreto. El gel resbalando. Varias veces. Demasiadas. Para garantizar que estuviera muerto. Puede ser. Parecía disfrutarlo. Matar a golpes a alguien tiene mucho de catártico. Matar por mano propia es un gran detonador de la euforia.

Terminó exhausto. El gobernador. Tendido a un lado del cadáver. Del narcotraficante. Con dos testigos en las alturas. La Amarilla Nelson. Tú. Descubriendo emociones inusuales ante un acto de violencia.

Sí. El plan era simple.

Enhorabuena.

Las escaleras están en un extremo del negocio. Flanqueadas por dos trajeados, quienes esperan una orden para dejarte entrar. La puerta de metal emite un chirrido. Su cerradura. Sólo hasta

entonces puedes pasar. Es un pasillo largo. Lo ubicas justo sobre el mostrador de la refaccionaria. A los dos costados, oficinas monótonas. Escritorios llenos de papeles. La inconfundible indumentaria del trabajo asalariado.

Al fondo, otra puerta. También metálica. Pesada. Con un vidrio blindado. Repites tu nombre. Aguardas. Se abre. Es una entrada con vestíbulo. La segunda puerta no se abate hasta no cerrarse la primera.

Te esperan en la oficina del fondo. Resguardada por otro trajeado y una secretaria. Te ignoran.

El lujo tiene sus variantes. Un jaguar de cerámica. Un rinoceronte. Sólo la cabeza. De tamaño natural. Supones. Nunca has estado así de cerca. La cantina empotrada contra la pared.

Siéntate. Ofrece Hetero.

Está sentado atrás de un enorme escritorio. Se nota que antes fue una mesa. Junto a Homo. Dos sillas tapizadas con piel de vaca. Ninguno de los dos manda. Ambos son jefes. Para ello deben compartir oficina. Tapetes de gamuza clara. Relojes de diferentes manufacturas en una repisa a sus espaldas.

Te sientas. Esperas un café o un refresco. Al menos un vaso de agua. Esa oferta no hace su arribo.

¿Qué necesitas? Tardas en identificar quién pregunta. Da igual. H y H han querido jugar con la idea de una identidad compartida. Ya no pueden escaparse de ella. Por más que se les nota que quieren ser el único que da las órdenes.

Instrucciones. Respondes. Conservar la serenidad espiritual. La frase a punto de escapar de tus labios.

No les cuentas mucho. Apenas compartes ideas. Sí, parece que podrás ponerte en contacto con Néstor Quiñones. Pronto. No, aún no lo has visto. Mientes. Estás usando la táctica del consumidor. Apuntalas tu mentira. Deberás comprar algo de su producto. No está de más buscar viáticos.

¿Qué hago si lo encuentro? Sintetizas tu inquietud.

¡Nos lo traes aquí mismo luego luego! Estalla Homo.

Levantas las manos. Lo contiene. Al menos hay alguien que sí persigue al asesino de su tío. Resoplas al darte cuenta de la falta de aspavientos de Hetero. Mucho más sosegado. Incluso pensativo.

No sé si eso se pueda. Comienzas. Homo amenaza un nuevo arrebato. Hetero lo detiene.

Explicas. Localizarlo es una cosa. Capturarlo otra. Podría haber circunstancias desfavorables. Estar acompañado por miembros de su grupo. No te imaginas esposándolo y metiéndolo en la cajuela.

Tienes razón. Interrumpe Hetero. Encuéntralo. Ya después veremos cómo proceder.

Su voz es una congelada plancha de metal donde acabará pegándose la lengua de Homo. Te queda claro que ese escritorio tendrá pronto un solo ocupante. Hay negocios donde es mejor no ser tan emocional.

Te despidas. Prometes resultados. Antes de enfrentarte a las puertas, la voz de Homo te detiene.

Para los gastos. Empuja los billetes. Sobre la mesa. Bastantes. Es mucho dinero. Mientras agradeces, notas cómo el gesto incomoda a Hetero. También la mirada de Homo. Es un reto. El

estertor de quien se sabe vencido.

Nuevamente la seguridad. Las puertas blindadas. Alcanzas a asomarte al patio. Nada fuera de lo normal. Camionetas cargando sus cajas. Con refacciones. Y paquetes de droga en los que nadie repara.

La calle te recibe arrastrando muchas preguntas.

¿Y si algo les pasó?

A Nat. A la Niña.

Sus pocas pertenencias siguen acomodadas en el clóset. No han vuelto. Tampoco parecen haberte abandonado. Se habrían llevado sus cosas. Dinero. Encuentras algo en la bolsa de una chamarra. Sigues hurgando. Papelitos. Envolturas usadas. Nada que te permita dar con ellas. Con su pasado.

Estás casi seguro de no equivocarte. Nat tiene familia. No es una callejera en toda la extensión de la palabra. Sí, trabaja en la calle. Pide dinero. Pero no ha vivido en ella. Al amparo de cajas de cartón y cobijas malolientes.

Te descubres ingenuo. Por ejercer tu prerrogativa a otorgarle una vida menos patética de lo que pudo haber sido. Es comprensible. De no aceptar tu propia versión, de negarles el amparo de una estructura familiar, tendrías que pensarlas ahora pasando frío. Apenas guarecidas por el contacto entre ellas.

¿Por qué se habrán ido?

Preguntas como si la bebé pudiera contestar. Como si su intencionalidad contara.

Desde tus conjeturas, parciales, es imposible dar con la respuesta. Con un motivo. No hay forma de justificar su partida. Su reinserción al mundo de la miseria. Por eso se vuelve relevante la pregunta original. ¿Y si les pasó algo? Farfullas. Molesto.

No tienes idea de cómo buscarlas. Ignoras sus nombres completos. Cualquier dato que pueda acercarte a ellas.

Acudes al pasado. Ese lugar tan inhóspito. Inaccesible. Manejas con enojo. Acumular un problema nuevo a tu vida no resulta atractivo. Te estacionas frente a los velatorios. El lugar justo donde las encontraste hace algunas semanas. Donde dio un vuelco tu sentido de la compasión. Donde vislumbraste que podrías pensar hacia adelante.

Nadie.

Nadie ofrece cigarros sueltos. Chicles. Caramelos. La posibilidad de clamar a su espíritu regalándole unas monedas a Nat. Esa niña. Una niña con otra Niña.

Caminas a lo largo de la cuadra. Una taquería. No tienes hambre. Pides un cigarro suelto. Vuelves. Te recargas contra la patrulla. Enciendes el cigarro. Fumas viendo el resplandor de los velatorios. El humo expelido distorsiona al murmullo doloroso de los deudos.

Lanzas la colilla. Una vaharada de tristeza se cuele en tus ojos.

Nat. La Niña.

¿Y si algo les pasó?

Una pregunta toma partido por tu insomnio.

¿Cómo cazaron al tío?

Las cámaras de vigilancia. Los guardias de seguridad. Los vidrios blindados. Las puertas de acero. Homo y Hetero son precavidos. También debió serlo su tío. Bi. La Hache mayor.

Te resulta complicado suponer a Néstor Quiñones esperando. Con la motocicleta prendida. Abrazando al conductor. La pistola semioculta por la chamarra. Detenidos en un punto de la calle desde donde lo podrían ver salir. En la esquina. Sin levantar sospechas. Sin que uno de los gorilas se les hubiera acercado. Tampoco lo imaginas en medio de un despliegue tecnológico. A Quiñones. Con cámaras apuntando al edificio. A la espera de que alguna mostrara al tío. Soberbio en su recorrido hacia el coche. Mucho menos lo visualizas dando vueltas. Los visualizas. A los dos. Trepados en la moto. Vuelta tras vuelta. A la manzana. Pasando de largo. Una y otra vez.

No. Tuvo que ser algo distinto.

Si a éstas vamos, no se entiende que el tío se haya subido a su coche tan expuesto. Si lo podían recoger dentro. En el traspatio. Sus dominios. Algo no cuadra. Te convences. El plan de Quiñones parece demasiado simple. Inconsistente.

Buscas ahuyentarlo con sueño. Lo consigues poco a poco. Obligándote a cerrar los ojos. A no ver la hora. A contar tus respiraciones. Más pausadas. Tendrás que ver de nuevo el video. Mañana. Te convences. Más profundas. Ya antes un video ha sido la clave. Inhalando con lentitud. Concentrarte en los detalles. Exhalando.

El video.

Tu sueño.

El plan era simple.

Dejar que se mataran entre ellos. Uno al otro. Dejar que la sangre manchara toda su complicidad. Mostrarles que más valía el dinero que la lealtad. Por eso no te sorprendiste cuando el gobernador le reventó el cráneo a Jimmy. Un arrebató de violencia calculado. Si es que pueden tener cabida esas sutilezas.

Casi pudiste percibir cómo la tensión de La Amarilla Nelson hacía crujir sus huesos. Jadeaban. El gobernador, el aliento escapándose, varios metros abajo. Tú mismo. El pulso alterado ante el espectáculo de la violencia. Imposible discernir entre el gozo y el escándalo. Haber visto de todo no te ha vuelto inmune. ¡Albricias!

La Amarilla Nelson ha dejado su arma sobre el puente metálico. Sus manos delicadas presionaban el tubo del barandal. Había muerto uno como habría podido morir el otro. No te fue difícil adivinar que preferiría lo opuesto. El narcotraficante terminaría cayendo. No el gobernador.

Ellos nunca caen.

El sudor provocaba un eco macabro. El de un hombre incapaz de conformarse con las reglas del juego.

Supiste que el plan no era tan simple después de todo. O quizá lo fuera demasiado.

Lo sorprendente del café-internet es que venda café.

Pides uno y te sientas frente a la computadora asignada. La tres. Hacia el fondo, un adolescente con audífonos juega a matar soldados. Cuando llega la taza humeante te descubres obsoleto. No sabes cómo ver el video que te mandó Hugo al celular en el monitor frente a ti. Tu pasmo debe ser escandaloso.

¿Necesitas ayuda? La voz es ronca y la expresión amable.

Es guapa. Concluyes. Quizá extranjera. Supones. Algo en sus movimientos o en el acento de su voz. Algo que intenta mimetizarse sin lograrlo. Le explicas qué quieres hacer. Se sienta a tu lado. Una fragancia conocida atenúa tu urgencia por el video. Tan sólo son unos jeans deslavados y una camiseta. Pierdes la concentración observando el vaivén de su brazo. Los movimientos con los que se arrastra el mouse. El archipiélago pecoso proveniente de su hombro.

Te lo dejo en pausa. Sigues sin identificar el acento.

Farfullas una frase incomprensible de gratitud. Observas su retirada. Prendado más por las atenciones recibidas que por la mujer. Reconoces al bálsamo de alguna hormona instalándose en tu cabeza. Un adormecimiento. El sutil murmullo del placer. Te reclinas un poco pero no tiene sentido. La sensación se difumina, lento.

El video no aporta más detalles en el monitor. La escena sigue siendo la misma. El tío llegando a la refaccionaria. El Mercedes negro. Los guaruras. La moto entrando en escena. La pausa. Un solo balazo. Supones. No hay sonido. Demasiado riesgo. Ralenti. La suspensión del tiempo. El cuerpo cae. Un instante. La moto avanza. Los guaruras salen de su pasmo. Corren hacia el jefe. También Homo y Hetero. La moto sale del encuadre. Nada más.

Regresas y avanzas. Varias veces. Se te escapan elementos. Lo sabes. No. Lo presentes. Hay más cosas en ese video de las que alcanzas a captar.

El café ya está frío. Mejor. Das un trago largo. Albricias. También es bueno. Otro trago. Muy bueno. Lo bebes hasta terminarlo. Caliente será mejor. Considerar pedirlo a la distancia. Sería poco educado.

Te levantas. El mostrador es una vitrina llena de artículos escolares. Acomodas tu taza sobre el vidrio superior. ¿Hace cuánto que no tienes un sacapuntas en las manos? Descubres una rajadura en la esquina. ¿Un lápiz adhesivo? Cubierta con cinta. ¿Una goma de dos colores? Grieta asfixiada. ¿Una regla?

¿Me sirves otro?

Sonríe por toda respuesta.

Cargado igual, ¿que no?

Cargado igual. Respondes. Idéntico al anterior. Tus expectativas son altas.

Te quedas encandilado viéndola de espaldas. ¿Qué edad tendrá? Es delgada. Treinta y muchos. Atlético, dirían algunos. ¿Cuarenta ya? Opera con precisión las palancas. Una cafetera grande. Más de lo que necesita un local como éste. No se podría decir que esté buena. Ni sabrosa. Carne pegada al hueso. La frase proviene de otro sitio. Te avergüenza como si los pensamientos pudieran oírse.

La taza sobre un nuevo platito. La sonrisa. Arrugas perceptibles en las comisuras. De los ojos. De la boca. Treinta y muchos. Quizá cuarenta. El pulso firme.

Servido. ¿Algo más? Demasiado seca para ser servicial. Algo te dice que no es por la circunstancia. Un rasgo de su personalidad.

¿Se puede ver en cámara lenta? Señalas tu computadora con la taza. Con el platito. La pregunta te llegó de manera providencial. Encandilado por la consistencia de sus parpadeos.

Ahora voy. Resuelve dejándote a la deriva. Consigues llegar a buen puerto. Con taza y plato.

Un sorbo basta. Para no quemarte. Para comprobar que el sabor es bueno. Ligeramente dulce. Terroso. Con el espesor exacto. ¿De dónde sale esa capa superficial que flota sobre el buen café?

Se sienta a tu lado. De nuevo la fragancia. Te dice algo sobre el mouse. Tu torpeza resulta evidente. Lo mueves con desconcierto. Sin atinar a nada. Ella pone su mano sobre la tuya. Con naturalidad. Lo desplaza. Los desplaza. Al puntero. Clic. Ahora hacia abajo. Clic.

Ya está. Su voz no atenúa la ráfaga helada. Su mano ha dejado de ser cobijo.

Explica algo más. Agradeces. A buena hora pasan estas cosas. El arrobo. A estas alturas de tu vida. Del caso. Notas cómo tu cabeza se va habitando. Extraños seres a quienes rendirles pleitesía. Los esfumas. No es el momento.

Giras la rueda del mouse. Cuadro por cuadro. Ritmo insoportable. A esta velocidad todos esos pensamientos terminarán por habitarte. Adelantas el video. Lo detienes. Con calma. Ella es guapa. Otro cuadro. Muy guapa. Otro más. No se parece a las mujeres que has tenido. La imagen se congela. Flaca. Correosa. La realidad disecada. El tiempo suspendido. Le faltan nalgas y tetas. Homo y Hetero en la esquina. Pero te ha tratado bien. Esperando. Claramente. Esperando algo que saben pasará. Mejor que muchas. Vuelves a adelantar. Dos segundos. Quizá. Te gustó la calidez de su mano. Un disparo. Su naturalidad. Sólo uno. Prepara un café bueno. El tirador tendría que ser un experto. Extraordinario. El café. Un nuevo sorbo. Más adelante. Puedes imaginar la detonación. Su mirada un poco perdida. Los guaruras se agachan. Por instinto. Como si las migajas de la tristeza permearan a su sonrisa. Homo y Hetero no. Testigos mudos de lo que ya sabían. Una historia que quieres conocer. La de ella. Otro segundo. H y H tardan en correr hacia su tío. Y repetir la sensación de su mano sobre la tuya.

Cabrones. Concluyes. Refiriéndote a Homo y Hetero. También a los hombrecitos que consiguieron poblar tus pensamientos.

Bebes de pie el último trago. Llevas la taza hasta el mostrador. La taza y el platito.

¿Ya? ¿Encontraste lo que buscabas? Es franca. Sin imposturas.

Sí. Contestas una vez. Te refieres a dos. Sí encontraste en el video. Sí la encontraste a ella.

Te dice una cantidad. Dos cafés y la renta de la computadora. Pagas sintiendo cómo se desmorona el falso idilio. Tan sólo es una comerciante haciendo negocios.

¿Se puede venir sólo a tomar café? Te aferras a la esperanza. Es muy bueno. Te justificas.

Sólo con plática mediante. Responde acercándose mucho a tu cara. Dejando que te pierdas en las pecas de su nariz. En un pestañeo.

Soy Lola. Su nombre reverbera al alejarse.

Cipriano. Respondes con la voz impostada. Demasiado grave para tu gusto.

Lo sé. Revira alejándose con una sonrisa que también es despedida.

El Fresno recibe a un extraño. Un hombre diferente al que entró a ese local una hora antes.

Lola.

El nombre adquiere resonancia. ¿Hace cuánto que no repetías el nombre de una mujer mientras caminabas? Como un mantra. Lola.

Vidriería. Cui Serrano toma la llamada. Se le nota la incomodidad de quienes detestan las conversaciones.

Pides hablar con Néstor Quiñones. Le dices tu nombre. No necesitas aclarar que estuviste ahí. Que pague por el espejo roto. Por dejar en tus adentros una pregunta que vuelve a palpitar.

Necesito más mercancía. Explicas cuando otra voz pregunta. Te arrepientes por la última palabra. Necesito más era suficiente. Aunque bien sabes que los escuchas telefónicos son escasos. Persiguen otros objetivos.

¿Cuánto? La pregunta es profesional.

Lo mismo. Ya entraste en la dinámica del diálogo.

Okey. No hay forma de ganarle a Néstor Quiñones a la hora de ser escuetos.

¿Cuándo? Alargas la frase.

Cuando quieras que te hagamos otros cariñitos, Cipriano. La risa franca de Néstor Quiñones adereza la falta de solemnidad.

Haces eco de su gracejada. Acuerdas. Te parece que Néstor Quiñones no tiene madera de asesino. Vaya uno a saber. Ya otras veces te has equivocado. Disfrutas la próxima reunión. Como si el ganarte su confianza no fuera el requisito para cumplir tu trabajo. Como si quisieras ser su amigo. De Néstor Quiñones. De Cui Serrano.

De Lola.

Su amigo y algo más. Coger con ella. Por supuesto. Pero no por caliente. No sólo eso. Te gustó la forma en que puso su mano sobre la tuya. Su trato. Las cosas que te dijo. Cómo te habló.

Lola.

Tan diferente a las otras. ¿Cuáles otras? Tu historia con las mujeres puede dividirse en etapas.

La adolescencia. Calenturas aderezadas de falsa intensidad. Más lo primero. Nunca fuiste un atormentado.

Sonia. Nunca ejerciste tanta crueldad en torno a un ser querido. Es cierto. Pronto te hartaste de ella. Casarse jóvenes fue una mala idea. Ella te enseñó a coger. Era guapa. Con mucha experiencia. Había ganado la corona de reina de belleza en un pueblito al lado de la capital. Su mérito eran las casas de los ricos. Grandes. Espaciosas. Dejando de lado la miseria de los locales. La capital del estado. No tenía dinero. Si consiguió el apoyo de un empresario poderoso fue por guapa. Porque él nunca llevaba a su familia los fines de semana. Por darle las nalgas. No estuvo mal. Ella también aprendió cosas. Útiles. Te las enseñó después. Un pobre policía. Me gustan como tú. Recuerdas que te dijo. Ella te encantaba. Por pendejos. Ella te guardó rencor pero no quisiste reconocerlo. Para ti, Sonia era una victoria. Un triunfo. Llegar a la clase superior. Su padrino les dio dinero. También te consiguió un ascenso. Se esfumó antes de que Leslie naciera. El rumor era claro: huida del país, enemigos poderosos, su foto en los medios. Por ti, mejor. Ya no buscaría a Sonia. Te encargarías de proteger a tu familia. Era la intención. Pronto el rencor vivo de tu mujer fue ampliando su cerco. Contagio. A tu persona. También llegó más dinero. Más poder. Otras viejas para probarte. Sonia ya no te recibía en la cama. El drama eterno de las relaciones.

Sólo apilaba quejas. Reproches. Comenzaste a ser cruel. El cinismo es una forma poco sofisticada de la maldad. También la indiferencia. Reventaron. Sin deseo. Sin ser capaces de reconocer que se habían salvado uno al otro.

Necesitamos hablar. Al menos Alvariño te toma la llamada.

¿De qué? Responde en automático.

De las previsiones para el crecimiento del producto interno bruto para el próximo quinquenio y de cómo afectará nuestras finanzas personales. Sueltas en un mismo aliento.

Pinche Zuzunaga. Cada día eres más cagado. Alvariño ríe. Date una vuelta al rato. Aquí voy a estar.

Cuelgas. Sigues intentando ubicar el nombre de Lola dentro de alguna etapa de tu vida.

No es del periodo del esplendor, sin duda. Divorciado, con dinero y poder. Era muy sencillo seducir muchachitas. Con regalos. Sin nombre. Cenas lujosas. Crédulas. Con promesas de futuro. Disfrutabas los rituales de la seducción. Pleitesía. Eran relaciones de meses. Las procurabas hasta que una sombra de intimidad se cernía sobre ustedes. Entonces te ibas. Abandonadas. Sin explicaciones ni culpas. La frecuencia aumentó. Las cosificaste. Meros objetos sexuales. Sonia insidiaba a Leslie. En tu contra. Tu respuesta era clara. Cogías más. Desechabas parejas. Lo habrías hecho frente a ella. Sólo eso. Una tras otra. El sexo como único paliativo para tu rencor.

Te detienes en una casa. En un zaguán. Estrecho. Cuatro mesas de plástico. La promesa de un almuerzo. Un local nuevo. El Fresno te sigue sorprendiendo en su inmovilidad. Costilla guisada. Frijoles negros. Nopales. Tortillas recién hechas. Gordas. Gruesas. Jugo antigripal. Las semillas de la guayaba. Atole de cajeta. Un pan dulce. Campechana. El hojaldre se desmorona. Eres el único cliente. Será la hora. Por eso pagas. A las fondas y a los puestos callejeros se les debe conquistar. Éste aún tiene mucho que ofrecer.

Debes caminar. Más. Fue mucha comida. Una vuelta a la manzana. Un par de relaciones largas. Eventuales. La edad cobra sus réditos. Ya no sólo es un asunto sexual. Comenzaste a valorar la compañía. No el compromiso. Por eso preferiste mujeres casadas desde entonces. Coger cada tanto. Ahorrarse los dramas. Tamara. El inicio de la decadencia. Quedarse con una sola. Tamara. No era guapa. Te sentías cómodo con ella. Muerta. Por tu culpa. A manos de Carmelo. Tamara.

Alteras tu ruta. No quieres hablar con nadie conocido. Pasas frente a la casa del Matape. ¿Qué será de él? ¿Lo habrá rescatado su propia locura? ¿Terminó por hundirlo? Al menos ya no se masturba en la calle. No sería mala idea averiguar cosas. De él. De los otros.

El asunto de los muchachitos no cuenta como etapa. Apenas fue una inquietud. Un deseo acechando. Nunca hiciste nada. A menos que cuente cuando le apretaste los huevos a Guido. Sigues sin hacerlo. No era caricia sino castigo. Casi cediste. Casi. Un casi que interpone una distancia inmensa.

Lola.

Volverás. Más tarde. Por un café y una plática. No sólo eso. A inaugurar un nuevo periodo. Ojalá.

Pollastre. Te recibe Alvariño. Con sorna. Cipriano Zuzunaga Pollastre.

¿Hace cuánto que nadie mencionaba tu nombre completo? Los dos apellidos. Tú mismo no sueles recordarlo.

Eres cagado hasta con tu nombre. Continúa la broma. La misma que capoteaste tantas veces. En tu infancia. Ignorándola. A madrazos. Intentando asirte al recuerdo de tu madre. Un vacío del que no te ocuparás ahora.

Sobre su escritorio, un fólder con tu nombre.

¿Ya está viendo mi asunto? Preguntas por rutina. Señalando el expediente. Para reventar la burla. No puedes madrearte a Alvariño. Mejor lo ignoras. Por ahora.

La sonrisa se le desdibuja en mueca. Repara en el fólder. En que tú lo señalas. Con la barbilla. Lo tapa con otros. Un movimiento infantil. Si no lo ves, no existe. Aunque ya lo hayas visto. Contienes un reproche. Una exigencia. ¿De verdad te creerá tan pendejo?

¿Quién le avisó a los hermanos que Néstor Quiñones había muerto? Cambias de tema. Pensaste en la pregunta un buen rato. No quieres incriminarlo. Tampoco hacerle ver que sabes demasiado. A estas alturas sabes que no es confiable.

Alvariño duda. La punta de su nariz se acerca peligrosamente a sus labios. Podría sorberse los mocos. Casi se escucha el funcionamiento de su engranaje interior. Cuando tiene gripa termina enfermo del estómago. Busca una respuesta acertada. Frunce el ceño. Hace muecas. Y piensa que el cagado eres tú.

La verdad es que no sé. Comienza a exculparse. Era algo que veía directamente el procurador. Se arrepiente. De inmediato. Los músculos de su quijada se marcan bajo la piel. La nariz aún más cerca. Si vomitara moriría ahogado. Miente. Se nota. También lo sabes. Desde que su nombre te rescató en la vidriería. Néstor Quiñones, el vivo, tiene tratos con él desde hace tiempo.

Estoy confundido. Confiesas. Buscas ganarte su complicidad. Sacarlo de su propio escollo.

Lo expones con calma. Mataron al tío. Queda más o menos clara la relación entre la familia y el procurador. No nos hagamos. Por eso encontraron tan rápido al culpable. No seamos ingenuos. Evitas la interrupción. Es la única forma de investigar. Obtener un beneficio. Por eso la Procuraduría dio con Néstor Quiñones. Todo muy bien. Aquí comienza la confusión. ¿Por qué no se conformaron con pasarle el nombre a H y H? Ellos tienen recursos suficientes para vengarse. Prefirieron montar una redada. Tal vez había deudas pendientes. De acuerdo. Mataban dos pájaros de un tiro. A Néstor Quiñones. De un balazo. A un grupo de narcos. Con la confiscación del laboratorio clandestino. Luego vino lo más raro. O casi. Le inventaron una tumba. A Néstor Quiñones. Porque no lo habían matado. Pregunta. ¿Por qué no lo habían matado? ¿Querían proteger a uno de tantos? No queda claro. Da igual. Era fácil desaparecerlo. Mandarlo de viaje. Mudarlo. Pero no. Lo complicaron más. Al fabricar su entierro. Con panteón, flores, féretro y toda la cosa. Excesivo, ¿no? Pero funcionaba. En apariencia. Se sigue enturbiando el asunto. ¿Quién enteró a H y H de que estaba vivo? Es fácil imaginarlos indignados. Hablando con el procurador. Exigiendo explicaciones. ¿Se coló el pitazo?

En lugar de justificar el asunto, me propusieron como detective. Continúas con tu argumento. Eso es lo más extraño. ¿Por qué? ¿Para que averiguara o para que no lo hiciera? No me queda claro. Ustedes no dijeron nada.

Sigues. Dos o tres frases. La catarsis te ha servido para poner en claro las cosas. Al menos.

Esperas no haberle revelado nada importante a tu jefe. No lo olvides. Sus motivaciones pueden ser otras. No sería la primera vez que te ofrece como chivo expiatorio.

¿Ya averiguaste algo? Alvariño te saca de tu mundo. Se le nota la seriedad.

Que no está muerto. Ya le dije. El ataúd estaba vacío. No. Lleno de tierra. Le quitas importancia a tus palabras.

Alvariño se relaja. ¿Cómo alguien tan transparente como él puede estar en su puesto?

Piensas mucho, Zuzunaga. Zuzunaga Pollastre. Ahora ya no hay burla sino cierta solemnidad en su tono. Te dimos el caso para que sacaras una lana en lo que resolvemos lo de tu asunto. La voz se suaviza. Condesciende. Su respuesta niega al resto de tus preguntas. No sacarás nada en claro.

¿Sólo eso? Te disfrazas de candidez. Es mejor que él no tenga presente que tú tenías su mismo puesto. En otro estado. En otra vida.

Pues sí. ¿Qué más? La sonrisa es impostada.

Apresuras la despedida. Pendejo. Has hablado de más. Ellos ocultan cosas. Lo sabes. Lo sabe Alvariño. Esperas que no note que eres consciente de ello.

Cipriano Zuzunaga Pollastre. Te detiene en el quicio de la puerta. Es un nombre fácil de recordar.

Sientes la descarga eléctrica. El estremecimiento. No hay que ser demasiado listo para captar la amenaza.

Asientes por toda despedida. Las paredes grises, de cemento, te hieren por su claridad.

Pendejo.

Alvariño. Tú.

Tengo clientes que se ven mejor que tú.

Pabilo sostiene un bisturí. Tras examinarlo, lo hunde en la piel del cadáver. La hiende. El trazo es preciso. El cliente. Un fiambre que se ve mejor que tú.

Gajes del oficio. Tu voz acompaña el recorrido de la grieta. Su profundidad. Ignoras si su comentario responde al moretón de la quijada, al labio hinchado. O a tu plática con Alvariño.

No sale sangre. Del cuerpo. De la ruta de la navaja.

¿Un café? Ofrece dejando el escalpelo sobre la caja torácica.

¿Te vas a lavar las manos?

Claro que no. A ti te gusta el buen café.

Se quita los guantes. Anticipas el camino. Escuchas el agua del grifo. El lavado de manos profesional. De doctores.

¿Por qué alguien que estudió para salvar vidas termina abriendo cadáveres? Te acodas en la barra de la cocineta. Intentando seguir los pasos de la preparación del café.

Cadáveres calientitos. Muertos en accidentes de tránsito. Asesinados. Suicidas de puente peatonal. Cuerpos deshechos que aún no te muestran. Continúa con tu pregunta Pabilo. No le tiembla la mano al servir las cucharadas. No lo sé. Responde. La muerte tiene su encanto. ¿A poco tú puedes responder por todas tus aficiones?

Niegas con la cabeza. Te acomodas en el sillón. Relajándote. Sientes cómo se aflojan los

músculos. Transitas hacia la placidez. Respiras profundo. No serás tú quien sepa por qué pasan las cosas. Uno puede conformar hipótesis. Explicar su comportamiento. Después. A posteriori. Lo otro es un grado de conciencia extremo. Nadie llega a conocerse de esa forma.

¡Despierta, Zuzunaga! Pabilo imposta el tono. Lo tiñe de violencia. De ordenanza militar.

Te espabilas sin sobresaltos. Casi como si hubieras predicho la broma. La marejada de su voz.

Pabilo te ofrece una taza. Se sienta en el sofá de al lado. Beben sorbos en silencio. Dejando que la realidad se apacigüe un poco. Al menos un poco. Lo necesario para que el café tome su turno.

¿Confías en Alvariño? ¿En el procurador? Dejas la taza sobre el platito. Es mejor brebaje que el de Lola. Lamentas y agradeces.

A estas alturas yo sólo confío en los que están en mis gavetas. Responde sin malicia. Pero ésa no es la respuesta que buscas. Así que no. Debo decirte que no confío en ellos. Aunque tampoco hay razones para no hacerlo. Me dejan hacer mi trabajo y ya está.

Demoras tus inquietudes. Las dejas fluir a cuentagotas. Un muerto que no está muerto es enterrado sin enterrar en un cementerio. En lo que más te extiendes es en la descripción de la lápida. Casi puedes sentir su dureza fría. La noche estrellada. El cigarro. El sepulturero. Otra placidez descubierta.

Notas la intriga en la mirada de Pabilo. No mencionas al sepulturero. La última de tus pulsiones. Esperas. Ahora tienes a Lola. A la idea de Lola. A su posibilidad.

Eres un tipo raro. Ofrece por respuesta.

Ya casi nadie entierra en estos días. No en plena ciudad. Hay pocos espacios. Criptas familiares. Mausoleos de otra época. La explicación se alarga sólo para llegar a un punto relevante: nunca habrían enterrado a tu muerto vivo en ese panteón. Se extiende en las razones. Lo escuchas con calma. Redunda.

Además, por aquí no pasó. Termina mientras rellena tu taza. La suya.

Vuelves a recargar la cabeza contra el respaldo. Los minutos son un rebaño en los pastizales. Tardíos.

Lo que tú necesitas es una vieja. Adivina Pabilo. Sientes el ramalazo de la angustia. Tan parecido a otros. De pronto. O un güey. Dos ancianitas o medio equipo de rugby. La tensión se libera con la misma velocidad con que se creó. Cada quien sus gustos. Si quieres, hasta te puedo prestar a uno de mis clientes.

¿Y así te quedas con los regalos que le traiga, no? Te integras a la broma.

No sería la primera vez. Además, ya va siendo hora de que traigas galletitas.

No mames. Respondes imaginando la escena. ¿En serio te han tocado de los que se cogen a los muertos?

De todo, Cipriano, me ha tocado de todo. La pausa le da profundidad a su declaración. Hasta un pinche policía al que le ve la cara todo mundo, incluido un muerto que está vivo y enterrado.

¿El que te va a reventar la madre?

Ese mero. Alza la taza a manera de brindis.

Te despides con cierto alivio. Hay certezas que lastran más que muchas dudas.

No se te olviden las galletas. Insiste Pabilo al despedirse.

Alzas la mano. Buscabas una respuesta ingeniosa. Algo así como que disfrute su orgía con los muertos de esta noche. Tienes la idea pero no has podido articularla. Lástima.

¡Que te aproveche tu compañía! Murmuras cuando ya no puede oírte. Con la seguridad de que preferirías estar al lado de todos esos fiambres en lugar de buscarle las respuestas a Homo y a Hetero.

Distraes el nerviosismo buscando pretextos. La noche es fresca. El rumor proviene del follaje, de tus pasos sobre la banquetta. Nicole ha contestado. Se le notaba el tedio masticado durante horas. Ninguna novedad. Sonia sigue indisputada para la vida. También para la muerte.

Le mandas un mensaje a Leslie. No sólo buscas informarle. Quieres propiciar el diálogo. Ella lo clausura con un okey. No te molesta, sin embargo. Has ido eliminando los distractores.

La noche ni siquiera es tal. El clima la hace aparecer temprano. Oculta al sol con nubes. El otoño en anticipación es quien resuena en El Fresno. En tus pisadas. Das rodeos. Buscando armarte de valor. Te ilusionas con la idea de que Lola también se deja consumir por la impaciencia.

Esperándote.

Otra cuadra atempera tu ingenuidad. No. No es ingenuo quien se ilusiona. A cien metros, la tienda. La misma donde viste a Cuco por primera vez. Sus dominios. Envalentonado por una caguama y la compañía. Ahora está a solas. Vacante para que llegues a pedir un cigarro suelto. El negocio del siglo. La prohibición poco importa. Vendiéndolos de uno en uno se triplica el precio de la cajetilla. Te conviene, piensas al estirar el cuello en pos de la flama. Tras las rejas que protegen a los negocios. Comprar un paquete implica aceptarse fumador. Todas las tiendas. La cremería. Mallas que hacen constar lo inútil que es la policía. Tú lo eres. No fumador. Tan sólo buscas capotear la ansiedad. Ojalá hubiera rejas para todo.

Para la angustia.

Te recargas en un árbol. Las sombras oscilan al ritmo del viento. La luz del poste filtrada por el follaje. El humo que envías en tributo por la ofrenda luminosa. También por la penumbra en movimiento. A lo lejos otros pasos. Un grito ahogado. Tu sospecha. Los instintos policiales no alcanzan para impulsarte. Apenas para aguzar la vista. Para aspirar con mayor fuerza la nicotina oscura.

Las sombras cobran consistencia. Corporeidad. Pisas la bacha. El filtro retinto. Es Cuco. Uno de ellos. La prudencia es buena consejera. Poco podrías hacer enfrentándote a varios. Das dos pasos. Arrastrando los pies. Apoyándolos. No eres del agrado de Cuco. Otros más. De sus jefes o sus compadres. El último. No son ellos quienes lo amenazan. Dos adolescentes. En camiseta. No se requiere instrucción para ser perspicaz. Buscan droga. Barata. Gratis. Lo amenazan. Es una presa fácil. Un error a mediano plazo. De seguro Cuco cuenta con recursos para vengarse. Después. No ahora. No para defenderse. Es incapaz de hacerlo. Sus dos bastones reculan junto con él. Despacio. Recibe en la cara la saliva de los gritos. La exigencia. Tantas veces ha sido humillado. Nunca por escuincles. Cada nueva afrenta deteriora aún más su autoestima. Pronto podrá despreciarlo un niño de brazos.

El inconfundible sonido de una pistola amartillándose. La tuya. Más una amenaza que algo útil para el disparo. Atrás de la cabeza de uno de ellos. La novedad los hace impertinentes. Se mueven. Giran hasta quedar frente a ti. La inconsciencia de quienes no perciben el peligro a cabalidad. Los ojos inyectados. Las pupilas extrapolando su necesidad de producto. Quizá del tuyo. Del que le diste a Cuco.

No es contigo, viejo. Es más una gárgara que una frase. No es contigo.

Sí es. Mueves el arma para alejarlos. El ademán es claro. Alejarlos de ti. De Cuco. De la agresión.

Uno debe cuidar a los habitantes de su mundo aunque los desprecie. Cuco forma parte del tuyo. Lo quieras o no.

Reculan. Pasos largos hacia atrás. Mirándote de frente. Haciendo muecas. Burlándose del señor que protege al tullido.

¿Son de aquí? Preguntas en voz baja. ¿Del Fresno? A Cuco.

Niega con seguridad. Recupera la postura. Él conoce a todos en la colonia. Toda una vida de humillaciones lo vuelve experto.

Diez metros. Las burlas en voz alta. Aguda. La pedrada. En tu pecho. Duele. Lastima. No la viste venir. Es un plaf seco. Volar hacia ustedes. Como si tu cuerpo envolviera el impacto. De haber sido en la cabeza todo se habría ido al carajo.

El balazo. En una pierna. Con suerte la rodilla. Imposible saberlo en la oscuridad. Eres buen tirador. Las sonrisas se desincorporan de las caras bajo el cono de luz. Un disparo impulsivo. Un cuerpo cae. El otro huye. Producto del dolor. Ahora es Cuco quien se carcajea.

Lo dejas ser. Que ría ahora que puede. Das la vuelta. No debiste haber disparado. Te alejas. La sangre latiendo en tus sienas. Pero te dolió. La pedrada. Te duele. El pecho. Una cuadra más tarde sigues con la pistola en alto. Alcanzas a escuchar a Cuco. Impreca. Tal vez se regocija con el hombre caído. Ejerce su resentimiento.

No debiste haber disparado.

Tampoco dejarlo ahí. Vaya a saber qué va a pasar ahora. Depende de quién lo recoja. De lo que Cuco le haga.

La adrenalina basta para evitar rodeos. Caminas hacia Lola. A su negocio. Guardas el arma en la sobaquera. Coger con Lola es tu único norte. Toda la noche. Sacar la mierda de tu interior. Librarte de ella.

El teléfono vibra. Deberías ignorarlo. Lo tomas por costumbre.

La Amarilla Nelson.

Su voz proviene de otra época. Cansada. No te saluda. No están para trámites. Pregunta si puedes ir. No lo piensas. El sudor se enfría a tus espaldas. Lola. Lo sientes poblar tu cabeza. Recorrer el laberinto formado por tu pelo.

Voy para allá. Suspiras al imaginar lo que sería coger con Lola. Tan diferente a las mujeres que te gustan. Flaca. Voy para allá. Con poca carne. Repites. Y pocas curvas. Convencido de que cierta inflexión en la voz de La Amarilla Nelson vuelve impostergable el asunto.

El plan sí era simple.

El gobernador se levantó gritando. La sangre con tonalidades gualdas por culpa de los focos. El éxtasis del asesino. Salpicadas sus facciones. El pecho. Los brazos. También estaba exhausto. El gobernador. Caminaba para recuperar el aliento. Para atemperar el regusto sávido de sus emociones.

Se recargó contra la pared. Frente a ustedes. Sus manos en las rodillas. Boqueaba. Alzó la vista. El foco muy intenso. La Amarilla Nelson lo apagó. Encendiendo otros. Menos agresivos. Más arriba. Incluyéndolos dentro de los conos de iluminación.

Servido. ¿A qué hora me vas a soltar? Más que una pregunta, era una orden. Cargada de soberbia. La voz de mando se pierde.

¿Sabes quién soy? ¿Por qué hice esto? La Amarilla Nelson cambió el sentido de la autoridad.

El gobernador asintió con la cabeza. Percibiste cómo sus ojos se convertían en una ranura.

Di mi nombre. Exigió.

¿Cuánto se tarda una persona en ser consciente de su destino? Tanto como para demorar una respuesta. Por mínimo que fuera el resquicio entre sus párpados, no iba a resolverlo. Ni a lanzarles un rayo fulminante. A ti. A La Amarilla Nelson.

¡Di mi nombre!

¿Cumplirás lo prometido? ¿Me dejarás ir? Patadas de ahogado. Lo sabían todos. La estrategia de deshabilitar el honor de La Amarilla Nelson no era mala. En otras circunstancias. Para quien lo había perdido todo, poco pueden importar esos conceptos abstractos. La palabra vale menos que un proyectil.

¡Di mi nombre! La súplica se desbalagó en la ronquera. De nada valía apuntar con una mano trémula. Incapaz de acertar al blanco.

Di mi nombre. La negación aceptada.

No lo dijo. La Amarilla Nelson dejó de pedirlo. El gobernador no apartó la vista. Digno. Con rencor. Respiraba profundo. Todos. Para aceptar la muerte. Para controlar el pulso. Para evacuar la alergia. Para disfrutar las últimas bocanadas. Para impulsar una bala en medio de esas dos rendijas.

El gobernador cayó hacia atrás. No él. Su cuerpo. Tan cerca del de Jimmy. Los dos muertos.

La Amarilla Nelson no habló camino a su casa. Su vaciamiento espiritual había comenzado. No le quedaba más que convocar sus recuerdos. Acudir a ellos. Las pocas razones restantes. A la hora de buscar un asidero serían más efectivos que cualquier venganza.

Lo sabías. Tú. No La Amarilla Nelson. Lo habías visto en muchos asesinos. En más víctimas. Vengarse sirve de poco.

Por eso lo dejaste a solas. A La Amarilla Nelson.

El plan era simple. En efecto.

No sus consecuencias.

Te gusta la carretera. La has manejado cientos de veces. Apacigua tu nerviosismo. Esta ruta. De noche. Tantos trayectos de ida y vuelta. La autopista. Diligencias tan variadas.

Hay algo de fascinante en observar a los coches precipitándose de las curvas a alta velocidad. Frente a ti. Configurando el simulacro de un choque ineludible debido a la perspectiva.

Te dejas encandilar más por las luces que se abalanzan en tu camino. Apenas haces caso de las otras. Rojas. Frente a ti. Son las encargadas de guiar tu volante. El rumbo obedeciendo a las balizas. A luminarias que resplandecen activadas por tus propios faros. Lo constatas cada tanto. Cuando espías el pretérito con el espejo retrovisor. Un pasado tan diferente al vivido, al que recuerdas. Y apenas han transcurrido uno o dos segundos. El vistazo a los reflejos te suele confrontar con la realidad de otros faros. A tus espaldas. Lanzando su agresión contra los automóviles al otro lado de la barrera protectora.

Aceleras.

Te dejas persuadir por el cadencioso ensalmo de las curvas. Los avisos de precaución. El despeñadero convertido en una sinuosa serpentina que desciende. Muchos han muerto seducidos por el reto de hacer el recorrido más rápido. La curva tiene nombre propio. No es tu turno. Aprovechas la falta de automóviles y recortas el trazo. Ya será en otra ocasión.

La Amarilla Nelson te recibe con una sonrisa falsa. Se le nota en las comisuras de la boca. La de quien está vacío. En los dientes mostrándose más que de costumbre. La casa está ordenada. En las arrugas de los ojos. No puede ser tan malo. Aún conserva algunas de sus obsesiones. Supones. No te molestaría haber descubierto un tiradero. La dejadez vuelta basura. Una lata de refresco. Sólo eso. El sonido del gas que escapa. Agua carbonatada. Un trago. Helado. Te hace bien el escozor en la garganta. Te espabila. Lástima que el siguiente trago tiene una menor intensidad. Como la vida. Cuestión de costumbres.

La sala sigue siendo cómoda. No el silencio. Pende entre ustedes mucha incertidumbre. No la espantarán con lugares comunes. Su amistad es el primer trago de un refresco. Mejor no acostumbrarse a lo trivial. Escapas aduciendo un tema propio.

¿Ya los encontraron? No muchos pueden platicar de los muertos que han dejado en el camino. El gobernador. Jimmy.

Se alza de hombros. Lo cuenta rápido. La prensa no ha dicho mayor cosa. Del gobernador. Lo acusan de desvíos. Multimillonarios. Lo han declarado prófugo. Es una postura cómoda. Mientras tanto se respira la tensión. En las oficinas de gobierno. En las calles. Más allá de los periódicos, todos saben que Jimmy también desapareció. Los grupos sospechan uno del otro. La suspicacia está a punto de desencadenar una guerra. O no. Al contrario. De mantenerlos sosiegos mientras algo sucede.

Podríamos haber sido vengadores. Justicieros. Concluye con su explicación. También con el tema.

No le preguntas cómo se siente.

Quiero dejarte todo esto. El ademán abarca un universo ilimitado.

¿La sala? Te arrepientes. Confiado por la broma heroica. No es así como se contesta a esa clase de ofrecimiento. Tan críptico. Tan claro.

La Amarilla Nelson sonrío. Sincero. Sin mostrar los dientes. Sus ojos ensayan un guiño. Fracasan.

No. Todo. Insiste.

Es tan claro que no vale la pena la gratitud. Mucho menos hablarle de las ventajas de la vida. Vaya cosa. A La Amarilla Nelson se le han acabado las razones. Hay quien muere por menos. El amor y el odio. Es un hombre viejo. La venganza. Mucho menos. Sólo le quedan fines de semana, eternos, para pasarlos sin compañía.

Gracias. No se te ocurre más.

Puedes leer en su expresión el conflicto. Lo adivinas. Agradece que no intentes convencerlo. Del abandono. También le duele. Tu abandono. Confirma lo que ya sabía. Se ha quedado sin motivos. Puede ser visto como una ventaja. Mejor morir vacío que lleno. No vacío. Vaciado.

El regreso es más oscuro. A mayor velocidad. La famosa curva es de subida. Nadie se desbarranca hacia arriba. El azúcar del refresco sobre el volante.

Hay pocos coches. Algunos camiones estacionados en el arcén. Gasolineras perdidas. Casuchas desperdigadas por doquier.

Te gusta el bosque que rodea la ciudad. Que consumió la ciudad. Los árboles altos que ocultan sus perfiles en la distancia y en la noche. Siluetas definidas por la luz. La de tus faros. En las curvas. Volviendo perceptibles tantas cosas. Sus contornos. La púa minúscula que desciende en volandas de la copa más alta de todas.

Te detienes. A la derecha. Sin correr riesgos. El frío tiene algo de placentero. Sus ráfagas esquivando tu chamarra.

Miras hacia atrás. Al lado oscuro del camino. Al pasado. Transcurren varios minutos en que la negrura se rompe unas cuantas veces. A gran velocidad. En fragmentos de tiempo inasible. Acarreando el zumbido de quien pasa. Sin detenerse a tu lado.

Te castañean los dientes. Los dedos ateridos buscando despertar al teléfono. No quieres perder a La Amarilla Nelson. Lo descubres con la fragancia de los pinos. La tierra húmeda. O robles. O fresnos. O abedules. La botánica te queda demasiado lejos.

Necesito tu ayuda. Te llamo pronto.

La patrulla es un abrazo cálido que te conduce hasta tu casa. Un departamento. Vacío. Nat y la Niña no han vuelto. Te cubres con todas las cobijas. ¿Quién te va a rescatar a ti? Tomas una mantita rosa. ¿Quién te necesita? Un oso bordado. Aspiras profundo. ¿Cuáles son tus razones? Dejas que el aroma se cuele en tus sueños.

Detective. Te dices al bañarte. Sintiendo cómo los músculos se relajan bajo el chorro. Caliente. Lo más posible. Hasta sentir que la espalda no aguanta más. Hasta hacer de tu respiración un jadeo. Desacompañado. Canino.

Investigador privado. La atemperas. El vapor ya ha invadido el baño. Es confortable la sensación residual. La piel enrojecida agradece el contacto. Una nueva etapa de laxitud. Champú. Espuma. Lanzas la cabeza hacia atrás. El chorro riega tu frente. Forma hilos de agua que se escurren. Al llegar a la nuca producen un ligero estremecimiento. Placidez aprendida. Te enjabonas. Rápido. Sin placeres mediante.

Sabueso. El agua fría. Enjuague. El final de una ducha. La piel se contrae. Te sientes más fuerte. Vigoroso. Sólo unos segundos. De nuevo el aliento se entrecorta. Otros jadeos. Tiritas.

De poco sirven los diferentes nombres de tu oficio. Sabes que tus días como miembro activo de las fuerzas policiales están contados. No quieres terminar sacando fotos de maridos infieles. Tampoco pasarlos como cobrador de pagarés vencidos. Así que el nombre rimbombante funciona sólo en las novelas. Ser detective es una chinga. Más, si no se cuenta con el amparo de la policía.

Ni siquiera eres bueno. Con tu trabajo. En ese trabajo. Si lo fueras ya sabrías dónde está Nat. La Niña. Ni siquiera te has puesto a indagar en torno a los motivos de su desaparición. Voluntaria. Violenta. No es lo mismo el abandono que la pérdida. Te sería más fácil aceptar que algo les sucedió a que decidieron dejarte.

Deberías buscarlas. Tu cuerpo desnudo sentado a la orilla de la cama no debe resultar atractivo. Para Lola. El cansancio sobre los hombros. La panza expandida. Las piernas flacas y velludas. ¿Cómo empezar? Un detective lo sabría de cierto. Apenas cuentas con datos. El hilo deshebrado de una madeja inmensa. Te vistes. Con pesadez. ¿No es así como se empieza? Con un cabo suelto.

Hacer preguntas. A quienes sabes la conocieron. A Nat. Tal vez no a la Niña. Cepillas tu pelo hacia atrás. Como todos los años. Como cada día. Sin gel ni nada que lo fije. No entiendes la necesidad de los hombres por tener tiesa la cabellera. Preguntas que te llevan a otras. Respuestas parciales. Sólo eso. No quieres que alguien te cuente la verdad. Del abandono. De la tragedia. Averiguar lento dónde estar. Darles la oportunidad de volver. Confirmar que están bien.

Hacerlo. Pronto. La chamarra sobre el suéter. Son días fríos y lluviosos. Poco comunes. Nat y la Niña lo merecen. Tú más. Al menos te conviene creerlo.

Abres la puerta. Lo harás. No ahora. No puedes. Otros antes reclaman tu atención. Asuntos. La corriente de aire activa la resequedad de tu piel. A veces te gustaría usar crema. No. Ni madres. Eso es para señoritas. Prefieres la piel rasposa a la suavcita. ¿Qué preferirá Lola? Suspiras. El tacto correoso o la caricia. La esfumas con un ademán. Tampoco ahora. No es tiempo. Si acaso de un buen desayuno y un cigarro.

Cierras la puerta. Los minúsculos cortes en tus manos palpitan de frío. Un par ha vuelto a sangrar. No. No vas a comprar crema. Ni como medicina. Tallas tus manos entre sí. No se junta ni una gota escarlata. Niñerías. Las guareces en los bolsillos. Hay problemas que pueden ocultarse. El hambre no. Aprietas el paso. Tampoco el placer anticipado que ya sientes al fumar.

Valiente detective. Descubierta por ponerse crema de la amante del marido porque tiene la piel reseca.

Cui Serrano te recibe con apenas un vistazo. Sus manos ocupadas en el armado de una esfera de discoteca. Se le nota en plena concentración. Más que de costumbre. Como si sus dedos no estuvieran adiestrados para los pedazos pequeños. A la gota única de silicón que desborda el cuadrado. Al dedo de Cui Serrano recogiendo el sobrante. Al borde irregular que es navaja salvo para sus dedos. Al acomodo del diminuto paralelepípedo.

Si alguien necesita crema en este mundo es Cui Serrano. Para acariciar. Su mujer ha de sentir que la manosea una tabla. Basta. Un cepillo de cerdas romas. Él no ha de percibir nada cuando la toma por la cintura.

Lola. Vuelves a pensar en Lola.

Un golpe amortiguado sobre la mesa alfombrada te reincorpora al mundo de la vidriería. Es Néstor Quiñones. El paquete a escasos centímetros de ti. Una nueva bolsa de tela. ¿Quién las fabricará?

Haces tu parte. Sacas un sobre con dinero de la chamarra. Lo acomodas al lado de la droga. Néstor Quiñones lo desaparece presto, dejándolo caer al otro lado de la mesa. Cui Serrano no separa la vista de su labor. Te percatas del camino de astillas de espejo al lado de los cuadritos. Debería usar lentes protectores.

Voy a querer más. Interrumpes la incomodidad de quien estorba. Mucho más. Tú estorbas. ¿Qué tanto puedes conseguir? Es tu apuesta.

Ignoras por qué sigues jugando el juego. Tal vez lo prolongas porque no hay nada en claro. Jugar con la esperanza de respuestas. Eso no justifica que subas la dosis. Bastaría con repetir la mecánica. Una y otra vez. Hasta que algo suceda.

Cui Serrano camina detrás de ti. Cierra la puerta del negocio. Te acerca una silla de plástico. Una punzada de dolor se instala en tu mandíbula. Recuerdo demasiado vívido. Blanca. La silla. Tu cuerpo tenso. Esta vez sí tendrías que pelear. Aceptas el gesto. Sientas a tus instintos. Ellos se acodan en la mesa alfombrada. Pides un cigarro. Los reparten junto con el fuego. Fuman los tres. Sospechas que si la brasa alcanzare los dedos el vidriero no lo sentiría.

Mencionas fechas y cantidades. Precios. Regateas para no mostrarte dócil. Ser complaciente entraña riesgos. Acuerdan.

Dos golpes en la puerta. Toquidos. Tu sobresalto es real. No finges. Eres un tipo indefenso en una guarida ajena. Es un chamaco. Sueltas el aire. Casi un niño. Entrega una bolsa de plástico. A Cui Serrano. Recibe billetes. Algo en su alegría te hace pensar en otra época más simple.

Pues a comer.

Cui Serrano abre el recipiente de plástico. Flautas. Una buena docena. No quieres aceptar. Es su almuerzo. No el tuyo. Sabes que negarse es una grosería. Además, tienes hambre. Tomas el plato de cartón. El olor activa el antojo. Una de las flautas. De la punta sin crema. La preparas. Salsa roja en una bolsa. Anudada. Néstor Quiñones muerde una punta. Cubre la blancura del queso rallado. Lo imitas pronto. Mucha salsa. El agujero quedó grande. La mordida cruje. Papeles recortados hacen las veces de servilletas. Picante. También mucho. Aguantas. Como Cui Serrano. Como Néstor Quiñones. Los tres sudan al prepararse la segunda. En un pase de magia el vidriero pone frente a ustedes botellas de refresco. De vidrio. Bota las corcholatas con un golpe en la mesa. El inconfundible sonido de quienes se enchilan. La punta de la nariz adormecida. Haciendo pasar aire entre los dientes. Chupando ansias. El placer también reverbera.

Comen y callan. Los cansa el trance. La competencia. Gana quien más disfruta. Ayudas a recoger. Sólo un poco. La parte de atrás de la mesa alfombrada no es para ti.

Te esperamos pues. Néstor Quiñones rompe el encanto. Tu pertenencia ha terminado.

Se despiden sin palabras. Cui Serrano vuelve a sus espejos. Te recibe un cielo luminoso al salir de la vidriería. El picor de la salsa se diluye poco a poco.

Hugo marca. Homo y Hetero quieren verte. Apresuras la mañana. No hay tiempo para esperar a Cuco. Detienes la patrulla en la última parada de microbuses. Ahí trabaja. Haciendo una contabilidad ridícula de viajes. Lo observas.

En cuanto el camión desaloja a los pasajeros, Cuco se cuelga de la manija. Se le nota el esfuerzo. Un bastón en la mano derecha. Sobre el primero de los escalones. El otro sostenido horizontal, en la axila, bajo el mismo brazo. Un juego de hojas en la boca. La pluma en la oreja. El esfuerzo palpita en sus sienes.

Veinte segundos. Tiempo para una broma. Recibe algunas monedas. El chofer firma sin levantarse de su asiento. Bajar es más complicado. Precisa un salto que Cuco no puede dar. Se descuelga. Una lapa que se desprende de la superficie. Aterriza cuando el microbús ya ha iniciado su movimiento. Tarda varios segundos en recuperarse. La espalda encorvada. La respiración profunda.

Avanzas con lentitud hasta ocupar el sitio vacante. Abres la puerta del copiloto. Cuco duda. No es buena idea que lo relacionen con un tira. Lo sabes. Tienes prisa. El Fresno es un lugar de rumores. Valores entendidos. La lealtad es uno de ellos. Se sube rápido. Cierra la puerta.

Avanzas de nuevo. Le das el paquete que te dio Néstor Quiñones. Recorren la cuadrícula de la colonia.

No traigo dinero. No avisó. Su mirada vaga de un lado a otro. Fija en todas partes. Como para constatar que nadie lo está viendo. La danza de los ojos. O sí.

Me lo pagas luego. Ofreces. Mañana. Reculas. No debes darle oportunidad para robarte.

Conduces hasta su casa. Para que guarde la droga. Al lado de la tienda. Un tullido no debe pasearse con esa cantidad. Te detienes. Jala la manija de la portezuela. La abre una rendija.

Gracias por el otro día. Tiende su mano. La cabeza gacha. Sin mirarte.

Accedes al gesto. El apretón es suave. Húmedo. Un pez que se escurre en la rada. Una tregua. El Fresno te perdona por salvar a su hijo pródigo. Sonríes. Se te ocurren muchas mamadas.

Alteras la ruta pese a la prisa. Un par de cuadras nada más. Pasas frente al café-internet reduciendo la velocidad. La cortina de metal arriba. Lola adentro. Supones. La ilusión de volver pronto aclara tu camino.

No te gustan los parques. Tienen algo de simulacro. También son impersonales. Un aire de infancia caduca. Cuando niño uno se apropia de ellos. Los habita como si fueran un derecho. Aún recuerdas a Leslie corriendo por doquier. Ocupando el espacio de los juegos. Extendiendo su mano hacia la de otro niño, desconocido. Deslizándose por la felicidad como sólo puede hacerse cuando la conciencia del yo, de la temporalidad y la circunstancia se han fundido en una sola. Tú lo disfrutabas, por supuesto. La dicha de Leslie siempre ha encontrado eco en la tuya. Pero te percatabas de esos pequeños detalles. Crispaciones. Los peligros acechando a la felicidad. Charcos anegados de bichos. Mocos en la mano del nuevo amigo. Extraños invadiendo ese espacio que querías sólo tuyo. La falsa tregua.

Le compras un cigarro suelto al señor de las pompas jabonosas. Te lo enciende. El encendedor pende de un cordel del mismo tipo que el de los recipientes de plástico con formas de superhéroes

y princesas. Recargas tu malestar en una banca. Lanzas el humo hacia arriba, inclinado como estás. Percibes el adormecimiento de tu labio. El cosquilleo en las sienes. Consigues borrar a los niños. Sus gritos. A los perros. Los dueños ciertos del mundo. Del parque. De los caminos.

Preferimos dar un paseo, si no te molesta. Hetero te mira desde arriba. En contrapicada. La idea de pasear con ellos es una contradicción.

Tomas tu tiempo. Una calada profunda que no repone el bienestar desvanecido.

Caminas por los senderos. Homo y Hetero a tus costados. Los adoquines se suceden. Flanqueándote. Trazas sus intenciones en la monotonía de su acomodo. Hugo dos pasos atrás. Las hojas secas hacia los costados. Escolta fiel. Homo las pisa con gusto. Hetero arrastra un poco la pierna derecha. Percibes la mueca de desprecio del hermano mayor por el juego infantil. El crujido se intensifica.

¿Alguna novedad? Escuchas a tu izquierda. El trino de los pájaros difumina a la ciudad que los contiene. A ellos. A ustedes.

Niegas. Más pasos. Hasta podría ser el paseo prometido. Agradable. Amigos que entretienen su tedio con una caminata. Jubilados que esconden una botella de vino para tomarla a tragos en los descansos.

Me parece que quieres chamaquearnos. La voz proviene del otro lado. Deja de ser un paseo. Te vuelves consciente de tu condición de reo. Huir no es una alternativa viable.

¿Quién les dijo que el asesino fue Néstor Quiñones? Preguntas para evadir la acusación.

Los hermanos se detienen. Apenas. Les ha caído por sorpresa. Tu pregunta. Sus expresiones acusan dudas diferentes. Empero.

Ya viste el expediente. Manotea Homo. Ahora forman un cuadrado en medio de un andador del parque. Un rombo. Sabe lo de ese fólter inútil. Seguro están en contacto con el procurador. Debes andarte con cuidado. Pero algo no cuadra del todo.

No fue ésa la pregunta. Interrumpe Hetero. Nos avisaron nuestros contactos. Continúa. Reconocieron las imágenes. Nos ofrecieron un nombre. Se mostraron dispuestos a encontrarlo por nosotros. Algo salió mal y lo mataron.

El tono de su voz se apaga. En realidad, todo indica que les salió bien, supones. Desaparecer a un presunto responsable sin necesidad de matarlo.

Eso dijeron. Termina Hetero.

¿Y el motociclista? Sueltas rápido. Para que no tengan ocasión de pensar.

¿Qué con él? Inquieta Homo. Desesperándose. Sin darse cuenta de la profundidad de tu pregunta.

¿No lo identificaron? Le ayudas. No mucho.

Homo y Hetero se miran. Buscan un mejor puerto en Hugo. Él alza los hombros. Pocas cosas son las que se averiguan en las investigaciones policiacas.

Has logrado evadir la tensión. Ya no eres el foco de las conjeturas. Explicas que pronto darás con Néstor Quiñones, pensando en tu fuero interno el absurdo que esconde esa aclaración. Con suerte también con el motociclista, ofreces. Pides paciencia. Les devolverás el dinero si no consigues resultados. Apaciguas su ánimo. Vislumbras el leve asentimiento de Hugo cuando los hermanos acuden por su venia.

No es un asunto de dinero. Amenaza Homo. No estamos jugando a las escondidas.

¿Quién les dijo que me contrataran? Continúas a sus espaldas que ya se alejan.

Has sembrado una duda. Otra. Homo no sabe. Se nota en la cadencia de sus pasos. Hetero suspira.

Tu jefe. Deletrea el nombre del procurador. Hugo. Desde atrás de sus lentes oscuros.

Los observas integrarse al parque. Desaparecer. A la algazara de los niños.

Compras un algodón de azúcar. Lo aprietas dentro de la bolsa. Se vuelve rígido. Compacto. Cada mordida se pega a tus dientes. Disuelves pequeñas masas con saliva. No es tan mala idea volver a ser niño. Lástima que no se pueda.

¿Has visto a Nat?

Sin duda la pregunta la ha tomado por sorpresa. No es común que te detengas más que para recibir tu cuenta. Un billete arrugado. Algunas monedas. El rencor inerte de quien se resigna. La cuota para el policía. El permiso para mendigar, vender, producir lástima. El costo de la miseria.

Niega. Sus ojos no mienten. Es lo común cuando se les apaga la vida. Lo has visto por ti mismo. Algunos callejeros aguantan más. Sobre todo las mujeres. Con hijos. Pero todos se apagan tarde o temprano. Dejan de mentir. Apenas hablan. A fuerza de suplicar. La mirada ausente pide monedas. A fuerza de comparar su vida con la de los otros. Quienes regalan dinero desde sus atalayas rodantes. Móviles. La lástima es un buen negocio. Le da a quien pide. Sosiega a quien da.

Extiendes la mano. Un billete. Lo aceptas con una mueca. Cubre lo correspondiente. A hoy. No al resto de la semana en que has evitado pasar. Deberías volverte inflexible. De todas formas ese dinero ahorrado ya ha desaparecido. Como antes. De tus manos. El poder se pierde si se deja de ejercer. De las de la mujer.

Repites la pregunta en el siguiente semáforo. Sin éxito. A los organilleros. Les iría mejor si cobrarán por callarse. Suenan horrible. Notas desafinadas. El monótono aullido de su instrumento. Se escudan en la tradición. Hay tradiciones que son horrores perdurables. Vicios. Tampoco saben nada. Tampoco acumulan los billetes de tu ausencia. Te molesta más su ignorancia que la falta del tributo.

Aceleras. Ya habrá ocasión para detenerte con cada uno de los callejeros. Cobrarles. Preguntar. Por Nat. Por la Niña. Cambiarás cuotas por información. Cuando se enteren te dirán dónde viven. Cómo encontrarlas. Poco se puede sacar de éstos si no ganan nada. Mientras tengan luz en los ojos. Después sería demasiado tarde. Aunque les ofrecieras una vida de lujos. La secta de los ojos vacíos. Nada capaz de alterar su resignación. Una nueva mueca por el desagrado.

Te estacionas.

Consigues un cigarro más que te sirve de sosiego. Andante. Das grandes zancadas. Ahogas la colilla en un charco. ¿Hace cuánto que no te sentías así? Caminas hasta el café-internet. Te burlas de ti mismo. Lola se oculta tras un libro.

Su sonrisa se dibuja conforme te recibe.

Vengo por el café. Anuncias buscando dónde sentarte. Platicado. Hace tiempo renunciaste a la sonrisa. Cuando no es espontánea, generas una contorsión facial poco atractiva.

Jala una silla. Lola te da la espalda. Entiendes que el mostrador será su mesa a falta de otra. Pantalones holgados. Una blusa suelta. Prepara café en tazas diminutas. Diferente al del otro día. Más espeso. Aromático. Sientes el revoloteo de no ser un cliente más.

A ver si no está demasiado fuerte. Acomoda la taza con su platito frente a ti. La espuma flota.

Se pierden en trivialidades. Sorbos pequeños. La excelencia del brebaje. Un bienestar cálido. Plagado de buen humor. Te dejas fascinar por su ceceo. Se cuentan algunas cosas. Es hija de españoles, de algún momento del exilio. Nieta, quizá. Pregunta por tu trabajo. Te reconforta su interés. Mientes a la hora de las idealizaciones. A pocas podría resultar atractivo un hombre que se dedica al chantaje. A la extorsión. A arrebatar monedas a los menesterosos. Hablas generalidades. A alguien que ha asesinado. A su padre. A su enemigo. Su mirada fija en tus ojos. Un hombre malo por donde se le vea. La necesidad de los cuerpos policiales. Su boca delgada con un trazo preciso. La actitud de servir. Su gesto al agachar la cabeza. Sí, malo. Echar el pelo para atrás, sonreír de vuelta. Lo aprendido en la academia. Un pasado que pocas veces has considerado borrar. Eres quien eres. Y ella te coquetea.

¿Investigas muchos casos? Introduce su pregunta en una pausa. Apoyando su mano sobre tu antebrazo.

Asientes. Consideras la posibilidad de inventar alguno. Importante. Reculas. No es una buena idea.

Lo del hijo del diputado salió por todas partes.

Un héroe. Supones. Lola necesita un héroe. Vaya uno a saber quién la obligó a estar en este negocio. Todo el día. Poco lucrativo. Un héroe que puedes ser tú. Por eso no escatimas a la hora de exaltar tus virtudes. El proceso deductivo. El enfrentamiento con Manrique. Tu valentía. La sagacidad con la que resolviste el misterio. Su dedo dibujando círculos en tu brazo.

Tal vez deberías preguntarte por qué le resultas atractivo a esta mujer. Más allá del héroe. Desechas la idea. Dan igual sus razones. Ni siquiera son importantes las tuyas. Mejor seguir deslizándose por esta resbaladilla de cosquilleos y entusiasmo.

Tu teléfono vibra. Se nota. Ignorarlo es la más acertada de tus opciones.

Responde. La voz se sitúa entre el imperativo y el divertimento. Seguro es algo de relevancia.

Aceptas la encomienda. Nicole. Nicole Pérez Pérez. Tomas la llamada a sabiendas de que no puede ser una buena noticia. No para este momento.

Sonia tiene algo.

Aciertas.

¿Algo como qué? Utilizas tu tono más serio. Profesional.

Nicole se confunde con el diagnóstico. Habla sobre cambios en la actividad cerebral. Monitores. El pitido con una nueva secuencia rítmica. La melodía de la esperanza.

¿Ya despertó? Interrumpes la retahíla incomprensible. Te interesa si Sonia despierta. También si se muere. El resto es irrelevante.

No. No ha despertado. Algo agrega acerca de los doctores. Relacionado con esa esperanza. Lola ha dejado un vacío donde antes estaba su dedo. Pende cierta intriga de su rostro. Duro. De líneas afiladas. El ambiente se ha roto. Deberías colgar el teléfono. Pulsar el botón que te separa de la felicidad. Haces lo posible por recuperar esa distensión. Esa pausa.

¿Le aviso a Leslie? La pregunta de Nicole se vuelve cruel. Violenta.

No. Yo le aviso. Atajas.

¿Seguro? La última vez me dijo...

Leslie. El temor más tangible ante tus fallos. Hay errores que no puedes repetir. Debes ser tú quien le llame. Te lo encomendó. No puedes hacerlo con la información que cuentas. Suspiras. Lola ya está atendiendo su negocio.

Voy para allá. Anuncias. Ni se te ocurra decirle nada a Leslie.

La mirada de Lola es comprensiva. También su sonrisa. Al parecer, tú eres quien más lamenta la separación.

¿Me dirás quién es Leslie? Pregunta tras besarte la mejilla. Huele a limpio. A jabón. A mujer recién bañada. Sin los artificios del perfume.

Te cuento cuando vuelva. Prometes. Sintiendo la ligereza que te confiere lo que supones celos incipientes.

Sonia te recibe sin cambios. No de los perceptibles. De los que albergan esperanzas o las sepultan. Ni siquiera la sinfonía del monitor tiene variaciones. Sientes cómo la furia rebulle. Nicole te ha llamado para nada. Su actitud mustia. Servicial. El nerviosismo bajo los puños de su suéter donde esconde pañuelos desechables. Para la angustia. No le alcanzan las palabras para explicarte que ha vuelto a su antigua condición. Sonia.

Buscas al médico para no atormentar a la mujer. Evitas que saque las hojas delgadas de entre sus ropas. La necesitas. A Nicole. El lenguaje técnico deja pocas cosas en claro. Como que el cerebro es un órgano inescrutable. Se conoce muy poco de su funcionamiento. El estado de coma persiste. El evento de hace unas horas lo refuerza de una forma extraña. Un cambio sin cambios. Nada bueno. La inconsciencia ha aguantado el embate. Si acaso, el pronóstico es un poco más favorable. No entiendes la paradoja.

Dejas de escucharlo. Te concentras en una nueva explicación. La que darás a Leslie. De nuevo la ansiedad. Fumas en la calle. Junto con otras personas a la espera de sus pacientes. El cilindro humeante de la ansiedad. De su mejoría. De su muerte. Tú mismo no sabes qué prefieres. Para Sonia. Para tu hija que ya responde.

Balbuceas. Sin saludos ni cortesías. Carantoñas verbales. Envidias al hombre que recibe un abrazo de una señora que lo espera a pocos metros de ti. No, al parecer no conviene que Leslie venga. No tiene sentido. ¿Hace cuánto que no recibes un abrazo? Verdadero. Si Sonia muriere podrías abrazar a tu hija.

Se despiden sin más. Sin promesas ni falsas cortesías. Sólo cuelgan. El teléfono pendiendo de tu mano te deja con la misma sensación que la falta del abrazo. Vacío. Un vacío tan grande que contiene a sus propios ecos. Los mismos que no puedes paliar con un nuevo cigarro. Es sabido que la repetición no duplica el efecto. Al menos no cuando es casi de inmediato.

Deberías comprar una cajetilla.

Te resistes. No lo haces.

Nicole suplica como si lo hiciera por su vida. La voz aguda. Los ojos vidriosos. Cierto

nerviosismo en sus manos que no deja de frotar. El pañuelo, por fin, entre sus dedos. Un acto de prestidigitación. Debe ir a casa. A su casa. No puedes sino acceder. Serán sólo unas horas. Cambiarse. Reincorporar a su vida la costumbre del aseo. Ofrece volver a media noche. La esperanza que se difumina de su rostro cuando aceptas. No despertará entre sus sábanas. Le quitas el gesto amargo. Le darás más dinero al volver. No antes.

El cuarto es más pequeño que el de un hotel. La puerta amplia para pasar la camilla. El baño huele a desinfectante. Conserva un cierto tufo que sólo puedes asociar con el cuerpo humano. Podrido. Pudriéndose. El bote de basura está cubierto con una suerte de cono truncado; embudo. No vaya a ser que la basura gane la batalla y logre escapar. Te entretiene poco el armario. Las cosas que dejó Nicole. Tampoco la cama con ruedas. Los cables. Los tubos. Conectados a Sonia para conferirle una vida que, quizá, ya no le corresponda.

Te dejas caer en el sillón. Por suerte no lo han vuelto cama. No quieres respirar los humores de la vecina. Sus fluidos nocturnos. Pedos atrapados entre las cobijas. Zafas tus zapatos con los pies. Te estiras sin acostarte. Despatarrado. La posibilidad de una enfermera para la ronda nocturna te cohibe. Sólo un poco.

Dormitas.

Sin imágenes ni sueños. Te levanta la misma premura sobresaltada de quien no desea dejarse vencer por el cansancio. No es un buen sitio para ser avasallado por el inconsciente. Su tara puede ser excesiva.

Te levantas.

Sin calzarte.

Un paso. El linóleo tibio. Otro más. El sillón reclinable al lado de la enferma. El consuelo como su único propósito. Percibes la fragancia barata de Nicole. Respiras profundo hasta acostumbrarte a ella. Haces girar el sillón. Quedas de frente a Sonia. La cabeza rapada. Su vulnerabilidad.

Escarbas para dar con su mejor recuerdo. Acaso destellos. Uno no suele tener memoria precisa para el sexo. Intentas rescatar esa pasión juvenil. Tus manos en su cintura. En sus tetas. Los sinuosos recorridos de tu lengua. Antaño. La reina de belleza pueblerina. Es difícil. No es atractivo su estado actual. Ha sido derrocada por el tiempo. Las medias de compresión llegando a la rodilla. Por la enfermedad. Blancas. Un catéter disipa la remembranza.

Su pecho se eleva. Paulatino. Se desinfla y detona otra imagen. También hospitalaria. Con Leslie sobre ella. Un hospital público. Entraste a conocerla. Una labor de parto prolongada. Dijeron. Como si no hubieras sido tú quien entretuviera la espera al acecho. A saber. Te consumieron las horas de impaciencia. Un hijo que no llegó. Una hija. Acurrucada sobre el pecho de su madre. Las manos de ambas bajo tu caricia. La primera. No es absurdo asegurar que fue la última ocasión en que fuiste feliz de una forma tan nítida.

No es absurdo. Es duro.

Caducó pronto la promesa de amarlas para siempre. Es imposible prolongar el éxtasis. Ese pensamiento no verbalizado que habitó la bruma de tu conciencia en ese entonces. La nitidez. Hace tantos años. Cuando la vida parecía haber corregido su rumbo. Una ilusión que se vino abajo pronto.

Quedaba el deseo. La reina de belleza pueblerina seguía teniendo lo suyo. También se desvaneció. Era mucho más guapa que la mayoría. Tras el nacimiento de Leslie, a Sonia se le acabaron las ganas. Más buena. Para siempre. No fue fácil sustituirla. Fueron varias las amantes. Es hasta ahora que se revela la duda. Tal vez, después de todo, Sonia sólo te había querido para formar una familia. Tal vez. Ese cuerpo que te resultaba maravilloso estaba frente a ti. Otrora. Caduco. No ha resistido bien el paso de los años. Disponible.

Aventuras una mano sobre su pierna. La excitación proviene del pasado. Arriba de la rodilla. De dos pasados. Más allá de la media elástica. De ese recuerdo acechándote. Hasta el final del muslo. De la frustrada ilusión de Lola. Una caricia a una piel conocida. Percibes los palpitos de la erección. Sigue siendo suave en su textura, firme en su interior. Presionas hacia abajo la zona de tu bragueta. Acomodas tu mano en la parte más alta de sus muslos. Y te daba trabajo aceptar a quienes visitan los cadáveres de Pabilo. Bajas el cierre del pantalón. ¿Cuánto tiempo antes de separarse fue la última vez que se besaron?

Te detienes. Las puertas de las habitaciones hospitalarias no tienen seguro. No es recomendable que un doctor o una afanadora te descubran masturbándote mientras mancillas el cuerpo de una comatosa.

Pinche Cipriano.

De pie. Utilizas las dos manos para recorrer el cuerpo de Sonia. Como si la restregaras. Sobre la bata. La aprietas con fuerza. Si despertare te la cogerías, sin duda. Falta que ella quiera. Aunque no acepte. Falta que despierte.

El baño sí tiene seguro. Lo utilizas. Cual adolescente fantaseando. Como el joven que conoció a Sonia. No más de dos minutos. Con rabia. Sin más escrúpulo que un papel de baño.

El resto de la espera lo entretienes hojeando las revistas de Nicole. De espectáculos. Con muchas viejas buenas. En bikini. La excitación ya ha cubierto su cuota.

Compras, por fin, una cajetilla entera. Un encendedor. Te deshaces del celofán y del papel metalizado.

Transitas por el borde de la noche hasta llegar a casa. A ese laberinto de conos de luz arrebatados por el follaje. Queda oscuridad y quedan sombras. También el rumor del viento. La leve sospecha de que alguien te observa, agazapado, en un rincón del recorrido. Rompes el silencio con la flama. Llevas el cuello de la chamarra levantado. Tu mano esconde tu rostro cuando procura la bocanada. Casi te sientes fuera del tiempo. Excluido. Un charco deja constancia de la lluvia. Lluvia fuera de temporada. Bajo un poste de luz que vuelve claro su interior. La lombriz gorda retuerce su territorio. Lanzas la colilla hacia ella. El silbido de la brasa. Su estertor último a corta distancia de la lombriz. Su respuesta es frenética. Como si no se fuere a calcinar al salir el sol. Algo de calor debió llegarle.

Un pasillo más y la sospecha. Al abrir la puerta. Al respirar un aire tan similar al de afuera. No. No son Nat y la Niña. Antes de encender la luz ya has visto la ráfaga de viento. Cada una de ellas. El torbellino en medio de la sala. Alguien ha roto los vidrios de las ventanas. Tres. Los dos del costado. El de la fachada.

Así que no fue un accidente. Concluyes al pasar los dedos entre los barrotes para tocar el borde de uno de los vidrios. Sin filo. La luz despatarrada que se cuelga por ahí.

Al menos están los barrotes.

Apresuras el tranco hacia la recámara. De ellas. Tuya. La ventana intacta. Vacía como la dejaste.

Los barrotes se ven desde afuera. Quien rompió los vidrios lo hizo por joder. O por dar un aviso.

El cansancio inicia tu declive.

No puedes dormir en tu sala. En tu colchón nuevo. Te quitas el suéter. El rompevientos y los zapatos. Los pantalones. Cambias la camisa por una sudadera. Resulta algo triste tener dos camas para escoger en una noche solitaria. Muchas noches seguidas. Todos estos días. Los que están por venir.

Acomodas la pistola entre el colchón y su base. El gatillo hacia adentro. Mucho mejor que bajo la almohada. Eso sólo sirve para acabar dándose un tiro. Antes de que el sueño reclame sus dominios, te preguntas si deberías tener miedo. Alguien te ha atacado e ignoras si volverá a hacerlo. No alcanzas a responder. Cualquier rescoldo de temor se arropa a tu lado en una cama tan propia como ajena.

El teléfono vibra en medio de la madrugada. Braceas para salir del sueño. Para tomar tu arma. En la superficie jalas todo el aire posible. Tardas. La insistencia de la vibración va colmando de apuro el proceso para reinsertarte en el espacio que te contiene. Al frío. A una realidad incapaz de atravesar tus párpados.

Empuñas la pistola. No reconoces el número pero te sientes protegido. Aciertas a oprimir la tecla.

¿Bueno? Tu voz es un despeñadero. Lleno de matojos que no bastan para asirse.

Zuzunaga. Un susurro más que una orden.

La voz baja continúa. Sin esperar a que logres identificarla. Es una cantaleta cadenciosa. Dice algo sobre un hermano. Investigarlo. Alguna relación tiene con el montaje. Es claro que mucho de lo que ha pasado se planeó. Pero las cosas no salieron bien. Ahora la voz corre peligro. Debes ayudarlo. A desenmascarar a los verdaderos culpables. El tono se vuelve confidencial. De conjura o conspiración. Casi puedes ver al otro lado de la llamada. Un sujeto mirando a sus espaldas. Al encuentro de un enemigo cazando. Habrá más dinero, claro está. Mucho más. La voz sabe bien pagar los favores. La lealtad.

Cuando cuelga sigues masticando las briznas del sueño atrapadas entre tus dientes. Bostezas. Puedes percibir las ráfagas que se cuelan a través de las ventanas rotas. Devuelves la pistola a su lugar bajo el colchón. El frío hedor de la madrugada. No puede protegerte del tufo. Cuando las coladeras despiden sus alientos con mayor fuerza.

¿Homo o Hetero? No podría ser nadie más. La voz no coincidía con la de ninguno de ellos. Pero algo la alteraba. Ahora. Lo subrepticio. Así que no puedes reconocerla. También la noche. Tu sueño. Te decantas por Homo. La autoridad de Hetero es el acicate para acudir por ayuda.

Torcer las cosas. No te conviene aliarte con el lado débil. Careces del poder para fortalecerlo. Tampoco tienes el ánimo. La lucidez del momento te lo advierte. No hay para dónde. Quizá lo más sencillo sea entregar a Néstor Quiñones. Cobrar por el encargo. Seguir. Con suerte consigues tu ascenso.

Dormitas lo que resta de la noche. Sin ideas pero con sobresaltos de angustia. Nada identificable. Si acaso, que tu vida está tan mal como lo sospechas.

Ahora irrumpe un tintineo. Un tema musical anunciando un mensaje. El otro teléfono. Alvariño. El procurador quiere verte. Zuzunaga. Hoy mismo. Temprano. Pasa primero a mi oficina.

Ha amanecido. Te bañas rumiando tu molestia. Antes de salir le marcas a Cui Serrano. Explicas el asunto de los vidrios. Dejarás la puerta abierta. Por alguna razón confías en él. Ojalá pueda cambiarlos hoy mismo. Tampoco es que haya mucho que robarse. Acepta sin elocuencia.

En la esquina una pausa. Tamales. En torta. Guajolota. También atole. Champurrado. La cajetilla se abre. Fumas. Ya te puedes considerar un vicioso. Es lo de menos. El vaho del aliento desvaneciéndose en el frío.

Alvariño te recibe sin chistes. Sin palabras. Se le nota tenso. Por las formas. La nariz más cerca que nunca de los labios. Cerosa. Él si puede hacer el truco de tocársela con la lengua. Brillante. Tiene prisa. Las venitas hinchadas. Salen de inmediato.

Los pasillos transcurren en silencio. También los minutos en la antesala. Alvariño se entretiene con su teléfono. Un juego insulso. Sus sobresaltos. Dejas de ver la pantalla. Acumulas incertidumbre. Te agobia un poco no saber quién hizo la llamada telefónica. Homo o Hetero. Tampoco demasiado. ¿Cuál sería la diferencia entre uno y otro? En realidad, es mejor que hayan llamado a que no lo hicieran. Así se confirma una sospecha. Varias. Esos hermanos no están bien entre ellos. Una. La muerte del tío fue parte del plan. Dos.

Los siguientes números siguen en el plano de las conjeturas. Alvariño o el procurador han sido parte de ese plan. Tres. Sólo de la asignación de un culpable. Cuatro. Para satisfacer el deseo de justicia de uno de los hermanos. Cinco. Sigues sin saber qué pitos tocas en este asunto. Del seis al diez. Desde Lola no habías vuelto a pensar en pitos. Lástima.

A eso debes sumarle los vidrios rotos. Tu incipiente pero próspera incursión en el trasiego de las drogas. Nat y la Niña. La Amarilla Nelson. Sonia y Leslie.

Te espabila un grito ahogado de Alvariño. La secretaria también da un pequeño brinco. Parece que terminó un nivel difícil. ¿Y a ti quién te salvará? La puerta se abre para evitar el paso de la melancolía. Lola, te respondes más como esperanza que como posibilidad real.

Al procurador le gustan las luces indirectas, los sillones de piel tachonada, los escritorios inmensos. Alguien podría dormir ahí arriba. Tarda en saludar. Alvariño lo observa con reverencia. Tal vez un poco de temor. Imaginas cuánto desea esta oficina y cómo la certeza se desvanece cada vez que entra aquí. Tiene un aire que le queda inmenso a su respiración. A sus aspiraciones. Se asfixia.

Se sientan los tres en los sillones. Rechinan. Aceptas el café que ofrece. El procurador. Sólo entonces reparas en la cafetera. De jarra. Percoladora común. Filtro de papel. Es el mismo

procurador quien llena tres tazas. Las acomoda frente a cada uno. Atesta la propia de azúcar. Alvariño lo imita. Prefieres dar un trago para negarte al condimento. No es malo. El café. Tampoco muy bueno. Pasable.

¿Cómo va todo? Pregunta tras unos cuantos segundos. Le gusta tener el control del escenario. Podrías entenderlo como una mera cortesía pero no es el tipo de reunión en donde se habla del clima o de los amantes.

Avanzo. Confiesas con prudencia. Pronto podré localizar la ubicación del prófugo. El lenguaje técnico suele ofrecer salidas.

Eso me dijeron. Notas que evita el H y H. Tal vez sólo lo usaron contigo. También que no dice su nombre. El de ellos. Y que has estado preguntando cosas. Al menos enterándote de ellas.

Ahí está pues. La acusación. La causa de este amigable convivio. Sólo faltan las galletitas.

¿Cosas? Sí. ¿Qué cosas? Pues para eso me contrataron. Para preguntar cosas. ¿No? Cantinfleas a propósito. Te dejas llevar por algunos aspavientos.

La nariz de Alvariño sigue decaída. Brilla más. La del procurador abre franco paso a media sonrisa.

Para que lo sepas, Zuzunaga, fui yo quien te encomendó el caso. Comienza a explicar.

Se extiende con calma. Una forma de pagarte por tu buen desempeño en el asunto del diputado Manrique. No es que quiera compensar. No. Nada más lejos de su intención. Si él mismo ha dado la orden de apresurar los trámites para tu ascenso. Hasta tendrás oficina. Pero a nadie le viene mal un dinero extra. ¿O sí? Pues no. Y las emociones. Ya quisiera él que un día su jefe le diera licencia para hacer investigaciones como antes. El puro recuerdo de la adrenalina. Tampoco es que pueda. Además, no nos confundamos. Tú no lo estás. Tiene una relación desde hace un buen tiempo con las haches. De nuevo, sin nombres. Mataba dos pájaros de un tiro. Le echaba la mano a un subordinado meritorio. Sí, así lo dijo. Y contribuía a la resolución de un problema con gente que importa. Sí, también fue de ese modo.

Hay un momento en que dejas de escuchar. Su voz es un flujo cadencioso. Da vueltas. Se repite. El engominado lenguaje de la burocracia oficial. Eso le falta a Alvariño. Capacidad política. Ensaya un par de chistes. Sólo tu jefe los celebra. Apenas. Sigue el rostro serio. De niño regañado. Macilento y tardío. Tal vez su preocupación se ha desvanecido. Tal vez se sigue dando cuenta, con este montaje del procurador, de que él nunca podrá imitarlo. Adiós a la oficina grande.

¿Queda claro, Zuzunaga? Termina por refugiarse en su taza.

Asientes. No porque te falten preguntas sino porque eres capaz de desenterrar la orden proveniente de la larga retahíla. Haz lo que te encomendaron. Nos conviene a todos. Entrega a Néstor Quiñones. A ver si con eso se resuelve el desmadrito que se ha ido armando.

Venga pues. Concluye.

Se levantan. Alvariño. Tú mismo. Tomas el último trago de pie. Estrechan manos. El procurador va a refugiarse tras su escritorio. Alvariño y tú caminan hacia la salida.

¡Ah! ¡Zuzunaga! Te detiene.

Volteas a verlo.

¡Cipriano Zuzunaga Pollastre! Celebra. Silabeando. El disfrute al pronunciar tu nombre completo casi es visible. Sí que está cabrón tu nombre. Bromea con tu expediente en la mano.

Estoy rodeado de puros rimbombantes.

Ríes. Cómplice. Intentando averiguar quién más tiene un nombre como el tuyo. También buscas otras respuestas. ¿Tiene tu fólder en la mano para hacer el trámite o para intimidarte? ¿Cuál será el aviso que te quiere dar?

Te despides de Alvariño. De la idea de tomar un café con el forense. Ni hablar. Pabilo seguirá extrañándote. Hay mejores días para procurarse un buen café. Hoy no tienes tiempo. Las ganas se han evaporado.

Sales del edificio para toparte con una ligera llovizna. Carajo. En esta ciudad parece que nunca deja de llover.

El café-internet te ofrece la peor de sus caras. Lola no está. Un adolescente con auriculares te muestra una computadora. Lo obedeces. No porque la necesites sino porque es una buena forma de entretener la espera. De convertirla en esperanza.

Buscas entradas sobre Homo y Hetero. Sobre los hermanos. Averiguas sus nombres tras algunos minutos. A partir de la empresa de refacciones. Sólo eso. Dos empresarios exitosos. Sin demasiada sonoridad. Siempre han mantenido un bajo perfil. Abandonas la búsqueda.

Abres tu cuenta de correo. Sólo mensajes nuevos. Promociones sin sustancia. Caducas en su mayoría. Lo normal. Abriste esa cuenta para estar en contacto con Leslie cuando se fue a estudiar a Nueva York. New York, pronuncia ella. Los pocos correos que se enviaron parecían mensajes de texto.

Una idea se va configurando de a poco. Plastilina en las manos a punto de ser modelada. La Amarilla Nelson. Puedes palparla. Sentir su consistencia entre tus dedos. La ayuda pedida. Para ti. También para él. Una forma de involucrarlo sin que exista un riesgo. Para ambos. No es sencillo poner sus achaques al servicio de un investigador defenestrado. Achaques de viejo. De solitario. Un estado al que se llega más por el desencanto que por la edad.

Le mandas un mensaje de texto pidiéndole su correo electrónico. La dirección. Responde rápido. Se nota que no tiene cómo entretener el tedio que le significa vivir.

Tecleas con la impericia de los desacostumbrados y con la soltura de quien aprendió el oficio elaborando reportes. Muertos. Desaparecidos. Robos. Agresiones. Toda la caterva de delincuentes al servicio de las palabras.

Lo escribes todo. Sin florituras. Desde la llamada de Hugo. Ni lenguaje oficial. Hasta tu plática con el procurador. Intentas ser objetivo. Todo lo del caso. Sobra mencionarlo.

El adolescente te lleva un café mientras repasas lo escrito. Buscas faltantes. Ocurrencias, sobre todo. Agregas un par de líneas. Es claro. El texto. Te ha tomado un par de horas. Tienes hambre. Al café se le nota el origen de los buenos granos. Envías el correo. No la preparación. Le avisas a La Amarilla Nelson del envío. Dejas la taza a medias. Extrañando otras posibilidades de esa taza. Cierras las pestañas del navegador. Borrás el historial. Un técnico de otra Procuraduría te lo sugirió en otra vida. Bien podrías ir por un pozole.

Pagas.

Resignado a la ausencia de Lola. Peor. Nada te asegura que el imberbe no sea su hijo. Por

ejemplo. Que exista un padre. Un esposo querendón. Que Lola esté aburrida y te haga plática. Que busque historias de judiciales para entretener las horas ahí dentro.

Preguntas por ella. Se alza de hombros sin quitarse los auriculares. Mueres por arrebatárselos. Un zarpazo preciso. Su cara contra la vitrina. Que no te venga con pendejadas. Te contienen. No es lo deseable. No mientras no te quede clara la relación.

¿Sabes cuándo vuelve?

No dejó dicho. Responde separando un poco el cojinete de la oreja. La izquierda. Me habló para decirme que me encargara. La música retumbando hasta ti. No tenía nada que hacer y vine. Explica más de la cuenta.

Agradeces y te vas. Una sonrisa te encamina hacia el pozole. Para mitigar la ausencia. Sin duda no es su hijo. Picoso.

Dejémonos de mamadas. Dices en voz alta. Acabas de revisar un pitido del celular. Del tuyo. Proveniente de La Amarilla Nelson. Sólo una pregunta en la pantalla. ¿Estás seguro de que Néstor Quiñones es quien mató al tío?

Marcas al número que quedó registrado la otra noche. Homo o Hetero. No hay respuesta. Tras los consabidos tonos entra la voz magnetizada. No dejas mensaje. No tiene caso. Basta con dejar tu propio número en el registro. Que sepa de tu llamada. Que marque de vuelta.

En la boca llevas el sabor del rábano. De la carne cocida. Del grano grueso del maíz. Cacahuacintle. Un par de eructos acompañan tu camino. Al café-internet. El mismo adolescente. Era de esperarse. Varios más ocupando las computadoras. Juegan. Todos con audífonos. A la guerra. A matar enemigos. Sin considerar cómo quedan las manos tras matar a un hombre. Trémulas. Siguen disparando. Sin sonidos. Absortos. Sin expresiones de júbilo ni de culpa. El pulso firme.

¿Ya sabes algo de Lola? Es pronto pero insistes. ¿Cuánto te llevó comer ese pozole?

El encargado te mira con recelo. Evaluándote. Te paras de costado. Dejando tu arma visible. Tu aliento encuentra su olfato. La mueca puede ser por el olor. Por tu forma de pedir las cosas.

Salió de la ciudad. Por una emergencia. No dijo cuándo volvería. Notas cierto tartamudeo. Incluso prisa. Por decirlo todo rápido. El mismo recurso que ocupaban muchos a la hora de las confesiones. Creyendo que así te convencerían de que estaban diciendo la verdad. Sólo que a este muchacho no lo estás torturando. Al parecer, basta la idea del policía para que muchos hablen pronto. Ojalá fuera así de fácil.

Le crees. Cierta desilusión se apodera de ti. La atemperas fumando. No es tan mala noticia. Supones. Ahora que has decidido apretar el paso.

Marcas un nuevo número. Pabilo.

¿Quieres una reservación para la tarde? Se burla al reconocer tu voz. ¿Una persona, dos? Quizá si traes galletas podamos pasar una linda velada viendo una película romántica.

No será para hoy. Sigues con la broma. Un poco. Tengo una pregunta para ti.

La espera en silencio. Adivinando la gravedad.

Planteas la misma de La Amarilla Nelson. Apelas a sus capacidades de fisonomista. Si Pabilo

no olvida a sus muertos, entonces puede ser de ayuda. Pide el video. Fácil. Reenviarlo es cuestión de segundos. También una foto de Néstor Quiñones. Del real. Eso no será tan sencillo. Prometes enviarla cuando la consigas.

Hasta voy a llevarte flores. Concluyes con gratitud y una sonrisa en tu caminata.

Besitos. Dice Pabilo antes de colgar.

La vidriería está cerrada. Distingues los vidrios en el interior. Las astillas acumuladas en un montoncito junto a la puerta. Vuelves a pensar en métodos de tortura. En mezclarlas en una botella de agua ofrecida al preso como alivio. Nunca lo hiciste pero se oían rumores. El aparato digestivo lacerado por cientos de pequeños cortes. Más de los que es posible curar. Desde la garganta hasta el culo. La agonía, la certeza de la muerte, deben ser un remanso para el dolor. El destello final de lucidez. Hemorragia interna. Cura imposible.

El número es desconocido. La voz es de Homo. Desde otro teléfono. Sin distorsiones.

¿Cómo saben que Néstor Quiñones es quien disparó? Repites la pregunta.

Vas manejando a casa. Tal vez Cui Serrano está reparando tus ventanas. Por eso la vidriería sin quien la atienda.

Nos lo dijo Alvariano. La voz titubea. Tiene el tufo de lo siniestro. Pero ya es tarde. Se envuelve en sí misma.

Escuchas el rumor del aleteo de una parvada distante. El estremecimiento. Sabes que la lejanía no te concede ese sonido.

¿Tarde? Contienes el grito. No la exigencia en la voz.

La parvada se aleja hacia un sol rojizo. Enorme.

Mi hermano ya mandó por él.

La revelación te detiene en el semáforo. Eres inmune a los cláxones. Los acallas. De nuevo el centenar de alas batiéndose ocupa tus sentidos.

¿Lo encontraron? ¿Cómo? Preguntas desde la incredulidad. Sintiendo que su paradero sólo te pertenecía a ti.

Eres ingenuo, Zuzunaga. Se nota cierto alivio en su voz. El teléfono que te dimos. Tiene localizador. Te estuvimos rastreando todo este tiempo. Mi hermano. Cierra. Intentando exculparse.

Apagas el coche. Eres un pendejo. Un reverendo pendejo. Y pensar que creíste que podrías salvarlo. A Néstor Quiñones.

Salvarte.

No está muy contento que digamos. Quiere que le expliques por qué no avisaste de inmediato. Ya te llamaremos después. Cuelga.

Pendejo.

Cui Serrano no está en tu departamento. Sí los cristales de las ventanas. También saben dónde vives. Los cigarros se suceden a un ritmo pasmoso. Tal vez ellos los rompieron. Saben del hospital. Lola debe estar a salvo. Un café-internet tiene sentido. Para investigar.

La noche se cuele a través de los vidrios nuevos.

Sigues siendo un imbécil cuando la cajetilla se consume.

Escuchas el aleteo de una parvada inexistente.

Pende.

El cuerpo de Néstor Quiñones.

Pende.

En la madrugada. Colgado desde un puente peatonal.

Sientes el estremecimiento del frío. De la llovizna que dará los buenos días a la ciudad en la estación seca. Es ligera pero empapa. Si uno está mucho tiempo bajo ella. Tu cabello. Inmóvil. La chamarra de piel. Viendo hacia un punto fijo. Tus zapatos. Que se mueve.

El vaivén resulta hipnótico.

Llevas varios minutos en medio de la avenida. Acompasando tu ritmo respiratorio al vaivén del cuerpo joven. No puedes ver su rostro. No con claridad. El encargado de la maniobra de descenso ha pedido que apaguen el reflector. Es un hombre sensible. Pero sabes que es Néstor Quiñones. La vida no está para ofrecer escenas macabras a los vehículos detenidos. Su playera con las letras de la vidriería. A los vecinos de los edificios que pronto llenarán de luces sus ventanas.

Atestiguas la maniobra. Lo más sencillo es cortar la cuerda. Retirar la imagen de las cámaras. La nota roja haciendo su trabajo. Imposible contar los flashazos. Las gabardinas de los reporteros. Moviéndose. Para buscar un mejor ángulo tras el cerco policiaco. Pero cortar la cuerda implica dejar caer el cuerpo. Observar el impacto contra el asfalto. Destruir toda evidencia. Regalarles a los fotógrafos empapados mejores encabezados para sus notas. Por eso se coordinan. Es de los puentes peatonales de barandales altos. Para evitar suicidios. No ajusticiamientos. Dos hombres se enganchan a la estructura con mosquetones. Por fuera. Tantean el remanente del barandal. Una reja fue puesta después. No era parte del diseño. No percibes el color verde, claro, sino desde tus recuerdos. Funambulismo de baranda. Para colmo, húmeda. Se acercan a la cuerda. A la horca. Enganchan sus arneses. Comprueban la resistencia. Se acuclillan. Es una danza en cámara lenta al ritmo del viento que sigue empujando a Néstor Quiñones. Al que era. Al que fue.

Izar un cuerpo no es labor sencilla. Percibes la soga entre tus manos. Llevan guantes. Deberían. Cui Serrano podría tirar de ella sin escoriarse la piel. Ellos no. Néstor Quiñones preferiría a su amigo. Ascende lento. Quien era. No quien fue. Su oscilación se magnifica. El abrazo que lo recibe no es amoroso. Sólo alivio. Cui Serrano ya estaría confundiendo sus lágrimas con la lluvia. Tú casi las sientes llegar. Al menos sería afecto y despedida.

No lloras. No a estas alturas. Si lo hicieras, sería de rabia. Es un tributo innecesario. Más para ti que para el muerto. Así que te contienen.

La maniobra continúa. Otros dos hombres reciben el cuerpo desde la parte superior del puente. Desde donde lo aventaron. A Néstor Quiñones. ¿Cómo lo subieron ahí? A su cuerpo. ¿También llevaban equipo para evitar las caídas? Era o fue.

El resto del acarreo es más sencillo. Para los transportistas de la muerte. El funambulismo es ahora un espectáculo. Los cláxones se escuchan con mayor intensidad. Algún vecino tal vez señale la escena. Cuatro hombres caminando por afuera del puente. En precario equilibrio. Quien los ve tal vez desea su caída. El morbo es un animal poderoso. Cuatro hombres y un bulto.

Néstor Quiñones.

El que era. El que fue.

Tu vista sigue detenida en el mismo punto. Como si la imagen del ahorcado se negara a irse con su dueño. Tu respiración continúa atenta al péndulo desaparecido. Ojalá sólo fuera una parvada ausente.

Consiguen bajarlo. A una camilla y una ambulancia. Sin la sábana. Tal vez la expresión del muerto sea de gratitud por el rescate. Sin los signos propios del ahorcamiento. Por eso no lo tapan. Una imagen bella que dispara nuevos flashes. La portada dentro de un par de amaneceres.

Sigues bajo la lluvia hasta que el encargado del levantamiento te toma del brazo. Van a reabrir la circulación.

¿Eres el encargado del asunto? Pregunta al autómatas que eres. Siguiéndolo.

Aprietas la quijada por toda respuesta.

Te da un papel. Una nota, como la llaman los reporteros. La guardas para no mojarla. Es el aviso de los justicieros. No necesitas leerla. Sabes bien quiénes son los responsables.

Observas a la ambulancia despedirse en medio de un shock cromático. Sus luces inauguran la mañana. Roja.

Hijos de puta. Concluyes sin eliminar del todo la imagen del cuerpo de Néstor Quiñones. Pendiendo.

Extiendes la hoja sobre el escritorio de Alvariño. Algo húmeda. Tu chamarra no bastó para guarecerla. Tampoco a ti. Has tenido que cambiarte. El mensaje es claro. Breve.

Con nosotros no se juega. Ándense con cuidado. S. A. C. Z. H y H.

Alvariño te mira con preocupación. Tú sigues temblando, más de rabia que de miedo. Pese a tus iniciales en la amenaza. Extiendes tu dedo hacia las otras letras.

Sótico Alvariño. Dice en un murmullo. Convirtiéndose en carnada.

¿Se llama Sótico y te está chingando por tu Cipriano? La pregunta transita sutil por tu mente. Una ocurrencia perdida. Es para otro tipo de estadio. Ni hablar.

¿Vamos a ir por ellos? El tono es de exigencia. Dame unos hombres y los refundimos.

Alvariño niega con la cabeza. Se alza de hombros. De nada sirve explicarle que es un caso fácil. Los culpables no se han tomado la molestia de ocultarse. Uno de ellos hasta te avisó. Además firmaron. Si haces el recuento es para afianzar una certeza que ya tiene tu jefe. Fue él quien te llamó en la madrugada para indicarte el puente. Condujo tus angustias hasta el punto exacto donde Néstor Quiñones pendía.

¿Por qué? Si a Alvariño no le interesan tus razones, a ti sí las tuyas. ¿Por qué un comandante de la policía se deja intimidar tan fácil? En tu época de jefe los habrías mandado atrapar. Encarcelados, darías la orden de que otros presos se encargaran de ellos. A la hora de la sevicia, nadie mejor que quien ha padecido sus consecuencias.

No podemos. Inicia. Están protegidos.

El resto es un reporte desordenado. Protegidos por el procurador. Claro está. Él mismo tiene negocios que los involucran. Nada que te sorprenda. El encargado de la justicia de esta ciudad recibe dinero de narcotraficantes. Más. Al parecer hay un vínculo afectivo. El tío le debía favores o al revés. Crecieron juntos. El procurador es padrino de bautizo de uno de ellos. ¿Homo o

Hetero? Sótico no lo sabe. Sótico Alvariño. La relación era con el padre de los muchachos. Murió en un enfrentamiento con otra banda. Hace unos años. No muchos. Te acordarías si estuvieras adscrito a esta dependencia. Entonces. No ahora. Cuando ya los parásitos de la decadencia te han invadido. El procurador renovó compromisos con el hermano. Por los muchachos. Sus hermanos. Los últimos meses fueron tensos. Uno reclamaba dinero. El otro, mayor protección. No de la policía. Contra las bandas rivales.

Más palabras. Visualizas a la realidad conformarse en un solo mosaico. Como si las piezas de un rompecabezas se fueran acomodando solas.

Así que de nada sirve saber que ellos fueron. Termina Alvariño apesadumbrado.

¿Qué hacemos entonces? Tu pregunta es sincera. No tienes idea de lo que sigue.

Cuidarnos. Responde con un hilo de voz.

Cobarde. Alvariño es un cobarde. Con lo fácil que es para él estar protegido. Nadie lo atacaría aquí adentro. Para cuando salga cuenta con patrullas y elementos. De cualquier modo tiene más miedo que tú. Al menos eso parece. Con lo fácil que resultaría matarte.

Una pregunta más: ¿por qué la amenaza? Eres sincero. No entiendes los motivos. Tal vez en tu caso sea claro. Dilataste en entregarles al culpable. ¿Pero Alvariño?

Se alza de hombros. Balbucea. No dice nada en claro. Él fue quien mencionó por primera vez el nombre de Néstor Quiñones. Una sospecha más en la que aciertas. Lo hizo casi sin querer. El nombre de uno de sus negocios. Para salir del entuerto. Por eso la amenaza.

Lo dejas hundido en la opulencia de su oficina. Que le aproveche. Verlo con miedo te reconforta. Nunca olvidas que ya son dos las ocasiones que ha querido chingarte. Por ti, que también lo cuelguen en medio de la ciudad. De los huevos.

No trajiste flores. Pabilo está frente a una mujer. O a quien lo fuera. Tendida. Desnuda sobre la plancha. Sin incisiones. Al alzar la vista apoya una mano sobre uno de sus senos. Voluminosos. Hasta parece que lo acaricia mientras te observa. Su sonrisa se va desvaneciendo de a poco.

Vengo a despedirme. Ofreces como justificación. Tampoco llegas con galletas. Unos fulanos quieren envolverme para regalo. Un regalo para ti.

¿El colgado? Su mano presiona la teta sin dejar de mirarte. Hay algo de perturbador en su caricia. Algo deseable. Llevas demasiado tiempo sin una mujer.

El colgado. Observas el cadáver frente a ti. Joven. Guapa. Con unos muslos que te lastiman en los deseos.

Te recuerda a Cherry. De seguro Pabilo pasó un buen rato con ella. Aún recuerdas su calzón. La redondez de sus nalgas. Pinche forense loco. Es el último que se aprovecha de la cachondería de los muertos. No está tan mal. Supones. Es una forma de despedirlos. Si el cuerpo no está muy lastimado, no está tan mal. Ahora mismo no tendrías problema en acariciar sus muslos. Percibes el palpito de una ligera erección. Carajo. Necrófilo. Primero puto y ahora necrófilo.

¿Putas? Preguntas para romper el trance.

Putas. Concede Pabilo. Deja de acariciarla. Como si tu conciencia de la mujer se interpusiera a su disfrute o evidenciara su perversión. Debo mostrarte algo. Ofrece.

Camina hacia el fondo. Lo sigues. Jala una gaveta que desliza una plancha a la altura de tu abdomen. Una plancha con un muerto.

Néstor Quiñones.

Aparece tras el pase mágico consistente en retirar la sábana. Su desnudez contrasta con la de la puta. Es un cuerpo con cicatrices. Amorado. Con historias.

¿Lo torturaron?

No. No mucho. Más bien lo madrearon. Era necesario. Te explica. Pabilo. Cuando me lo entregaron me dijeron que colgaba. Supuse que era sólo un aviso, pero no. Alguien se tomó la molestia de subirlo al puente con vida.

¿Murió ahorcado? Musitas mientras refiguras el ascenso. Varios hombres. Sin el equipo necesario. Arrastrando a un muchacho inconsciente. El riesgo de resbalar era alto. El de que despertara, también. Los encargados podrían haberse estrellado contra el pavimento. Tuvieron suerte. Mucha. La suerte de los novatos. Eso no lo habrían hecho de ese modo quienes están acostumbrados a colgar cadáveres. Es otro tipo de aviso.

Ahorcado. Sí. Confirma el forense.

Observas el cuerpo. Néstor Quiñones. El que fue. Quien era. Detienes la mirada en sus genitales. El pene flácido. Los testículos. Buen tamaño. Sientes el impulso de la caricia. Sopesarlos. Más como un exorcismo que como deseo. Es tu oportunidad. Juguetea un poco. Palpar la textura. La consistencia. Pabilo no te juzgaría.

Frenas la vorágine. Estás cansado. Confundido.

¿Me invitas un café?

A los condenados a muerte no se les puede negar su última voluntad. Sonríe.

Empuja la gaveta. Detienes el envío.

Es Néstor Quiñones. Recuerdas la pregunta de La Amarilla Nelson.

¿El del video?

Ése mero.

No. No es. Pabilo responde con mucha seguridad.

¿Estás seguro? Insistes.

Saca su teléfono. Abre el video que le enviaste. Lo detiene en la primera aparición de la motocicleta.

Si te fijas en la postura del hombre de la moto, el que disparó debe medir unos diez centímetros más que nuestro muertito.

Lo interrumpes. Le crees. No necesitas más explicaciones.

Vamos por el café.

Salen. Dejando a los muertos en su soledad. Sin derecho a una última caricia. Nada indica que no estén mejor que tú. Ni siquiera el aroma del café recién colado.

Marcas. Al número de Homo. La noche tiene una consistencia olfativa. A meados. Las calles ya se han vaciado de mendigos. Mierda. La descomposición de lo que ha sido. Indigentes. Personas buscando el resguardo de los muros y las cajas de cartón. Periódicos.

No contesta. De nuevo. Es lo normal. Esperarás a que te devuelva la llamada.

Andando. Por El Fresno. Dejas atrás la avenida. Caminas por la calle ancha. El alumbrado es eficiente. El Estío 24 horas te ofrece sus luces azuladas. Vómito alcohólico contribuyendo a la fragancia espesa. Casi mortuoria. Dudas unos segundos antes de entrar. El responsable yace a unos cuantos metros. La botella de plástico a cambio de pocos pesos. Obedeces más a un impulso que a una intención. De reojo constatas que aún tiene algo de líquido dentro. Para cuando despierte. Como si bastara con despertar para volver el tiempo. O empujar una puerta. Otro tiempo. Cuando investigabas el secuestro de Cherry y del hijo del diputado. La muerte de Guido. Un tiempo de mierda, es cierto. Mucho mejor que éste. También. Apenas te queda tu vida para intercambiar por el futuro. Apenas. Y no parece suficiente. La alternativa es terminar tirado en la calle. Con una botella de plástico como la más preciada de las pertenencias. Eso, o el vómito cargado de bilis. Beber para escaparse o comer para proseguir. La disyuntiva no es simple.

El encargado voltea a verte. ¿Cuánto llevas detenido en el trance de cruzar la puerta? No lo conoces. Al encargado. A la chica de la caja. Tampoco. Reculas. Un paso atrás basta para que el resorte regrese a la puerta.

No. No es posible regresar el tiempo. Ya no eres nadie dentro del establecimiento. Y nunca has hecho nada para que el futuro sea un páramo deseable. Un paraje. Acaso un sillón para alimentar la nostalgia. Sólo eso.

Le dejas un billete entre las ropas al borracho. No se entera. Sólo un ronquido silbante permite saberlo vivo. Tardará un buen rato en encontrar el dinero entre sus ropas. Tal vez cuando lo haga no se dé cuenta del milagro. Apresurado como estará en conseguir otra botella de plástico. Algo de comida. Alcanza para las dos cosas. Para darle espesor a su vómito.

Pasas frente al taller del Matape. Las luces apagadas. ¿Qué será del viejo? ¿Del loco? ¿De los padres de Cherry y Guido? ¿De tus conocidos de la colonia recién enviados a la penitenciaría? Se te ocurre convocarlos para preguntarles cómo lidian con ese pasado que apisona la certeza de que ya han quedado atrás nuestros mejores días. Una buena idea. Resta esperar la disolución. Ya no por medio de botellas y frascos. Bajo una tenue lluvia otoñal que se anuncia con sus primeras gotas. Disolverse. Dejar de ser cuando ya no tiene mucho caso. Ellos han persistido. Con hijos locos o muertos. Con asesinos en sus familias. Abrazando una fe que les permite resistir. Una fe con la que no cuentas.

La curiosidad te encamina. El café-internet tiene abajo la cortina metálica. Imposible que percibas la fragancia de Lola filtrándose a través de un resquicio. Imposible, pero los recuerdos a veces operan a tu favor. Te dejas seducir por el engaño. También piensas en ella con tristeza. Está más lejos que cerca. De aquí. De ti.

La lluvia arrecia. Caminas más rápido. Hacia el puesto de tacos a media cuadra de la patrulla. Al menos puedes procurar los placeres de la carne y la salsa bien picante. No han cerrado. La grasa y el limón. Sería el colmo de tu certeza.

El teléfono suena. Contestas pronto. Automático. Anticipando la voz de Homo al otro extremo del diálogo. Un pie sobre la coladera a unos metros de la taquería. El tufo del aceite requemado. Todas las madrugadas vacían peroles llenos del líquido viscoso. Se nota el trazo, la estela constelada de grasa. Fallas. No es Homo. Nicole. Nicole Pérez Pérez. Es tu teléfono. Ya ni eso

puedes distinguir.

Sonia tuvo un episodio. Confiesa en un remedo de voz.

Se te antoja raspar las dos caras de la acera. La arista. Ver cómo la grasa se acumula en una espátula imaginaria. Ponerla sobre una tortilla. Ofrecérsela al dueño del negocio.

¿Un episodio? Preguntas a sabiendas de que no tiene mucho caso. Preguntar. No será Nicole quien te explique. Voy para allá. Interrumpes. Cansino.

Dos tacos. Rápido. Lo consideras. Dos tacos. Un refresco de guayaba. Sin gas. Evitar el reflujo. Cinco minutos. Diez a lo más. Eructos. Con cebolla picada. Podrías estar más lejos. Cilantro. El tiempo del traslado. Limón y sal. Nicole no sabe dónde estás. Mucha salsa. Sonia menos. Dos tacos. Quizá tres. Leslie no tiene forma de reprochar dicho retraso. Dos. Sólo dos.

Ninguno. Pasas frente a la taquería con el ánimo agotado. No. No tienes hambre. Aunque te cueste aceptarlo. Dejas que el aroma a carne chamuscada te sature los sentidos.

Ninguno. Ningún taco. Te repites mientras manejas rumbo al hospital. Casi puedes sentir cómo una hebra de carne se aloja entre dos muelas. O de cilantro.

Ningún taco.

El teléfono te detiene antes de llegar al hospital. A pie. Te resguardas bajo un balcón. La lluvia arrecia. Recargas la espalda contra un muro de piedra. Basta. Basto. El muro. La piedra.

El número es desconocido. De nuevo. Homo. Sin duda. Respondes pensando en otra cosa.

¿Ya hablaste con tus jefes? No median saludos ni cortesías.

Alvariño se está cagando. Respondes presto. Sin una estrategia más que la verdad. Ignoras si estás salvando tu vida o volviéndote víctima.

Pobre pendejo. La carcajada abre un resquicio.

¿Por qué llamas? La pregunta es seria. Lo cierra. Sin tiempo para bromas.

Para saber qué es lo que está pasando. Arriesgas.

Pasa que nos chingamos al cabrón que le disparó a mi tío. Nuestro tío.

No mames. Te sale del alma sin un tono exclamativo. Más una postura que un reproche.

¿Perdón? Escuchas cómo la sorpresa se hace un sitio a través de la línea telefónica.

Hay ocasiones en la vida en que uno sabe que todo depende de las palabras. Unas cuantas. Dicha certeza suele ser fortuita. Como ahora. Es la conciencia del hecho lo que representa una novedad. Por eso decides dejarte arrastrar por su flujo.

Néstor Quiñones no mató a tu tío. Comienzas.

Silencio. El peor de los acicates.

Y tengo la impresión de que ustedes, de que tú, lo sabías bien. No nos hagamos pendejos. La pausa la procuras para ser interrumpido. No sucede. La interrupción. Así que el asunto es otro. Un ajuste de cuentas. Por eso llamé. Para enterarme.

Más silencio. Separas el teléfono de tu oreja. Miras la pantalla. Suda. Constatas que Homo no ha colgado.

¿Lo sospechas o sabes algo? La voz llega cuando eres tú quien se dispone a colgar.

Las dos cosas. Reanudas el diálogo. Desde el principio todo era un desmadre, ¿no? La tumba

vacía, el video del asesinato, el nombre del tirador. ¿A ti no te pareció raro el desmadre? Un cabrón mató a tu tío, les dijeron quién era, les prometieron atraparlo y a la mera hora lo mataron en un pinche operativo. Y ustedes tan tranquilos. O no. Por algo tuvimos esa segunda cita romántica en el cementerio. ¿Te cae que no sospechaste nada al ver la tumba vacía? ¿Te cae? ¿Te cae o ya sabías? No mames. Ni que Néstor Quiñones pudiera resucitar. Desde ese momento supe que el enemigo era otro. Mientes. Poco. Para hacerte quedar bien.

¿Tienes pruebas? Toda la seriedad del mundo concentrada en dos palabras.

¿Te estará probando él a ti? Tal vez busca saber si le dijiste algo a alguien. Si estás cubierto. Para lo que les puede importar con la protección del procurador.

Algunas. Respondes casi sin aliento. Ya has hablado demasiado. Más de lo que acostumbras.

Dime algo para que no te cuelgue. Se nota la impaciencia. Tú sientes un nuevo ramalazo de adrenalina estallando en tu cuello tras recorrer la espada. Como si el muro de piedra se convirtiera en su magma originario. ¿Colgarte? ¿En qué puto sentido? Hay varias formas de hacerlo.

¿Por qué nunca les interesó ir por el motociclista? El albur en juego.

¿Tú por qué crees?

Porque lo conocen. A los dos. Al de la moto y a quien disparó. Lo conocen. Ustedes. Quizá sólo tu hermano. Y si lo conocen es porque lo contrataron.

Silencio. De nuevo. Con una densidad mayor. Echas la cabeza hacia atrás. La golpeas contra los filos de la roca enardecida.

¿Podemos vernos? La pregunta no tiene nada de inocente pese a su apariencia tísica. Una maraña no deja de serlo porque se pueda ver a través de ella.

¿Solos? ¿Tú y yo? No puedes evitar la sonrisa.

Sí. Sólo nosotros. Zuzunaga.

Respiras profundo. La nuca te palpita en el lugar del golpe. Te sientes madreado. En general. Los putazos de Néstor Quiñones. Las astillas en los puños. El dolor es de las pocas cosas que se acumulan en la vida.

Podemos. Exhalas.

Escuchas los detalles. Una reunión matutina. Otro restaurante. No muy temprano. Homo corta la llamada sin despedirse. Te cuelga. Mientras sólo sea de esta forma. Sin cuerda. Buscas un cigarro en tus bolsas. Es hasta que intentas prenderlo que descubres tu miedo. Las manos tiemblan. Nerviosas. De alivio. La llama bailotea hasta conseguir su objetivo. También. A medias. Das caladas profundas para avivar la brasa.

Muerte cerebral.

El diagnóstico. De Sonia. Te lo dice el médico dentro de su habitación. Sin Nicole. Sin rodeos. Sin confidencia. Nada de lo que diga puede afectar al paciente. O sí. Nada enterarlo. Procura hacerlo sin tecnicismos. No demasiados. Sonia puede permanecer conectada mucho tiempo. No es imposible alimentarla, conseguir que su corazón siga latiendo. Pero ella ya no está ahí. Explica.

Es una bolsa vacía. Rellena de aire. Una carcasa obsoleta que sólo engaña a primera vista. Un

tintero transparente. Una hormiga calcinada. El zapato de otra talla que se conserva en el armario. No entiendes por qué te llegan esas definiciones. Absurdas. Sin haberlas convocado. Mal poeta serías, de intentarlo. No lo haces más. Un tenedor sin mango. No más.

Dos asuntos. Concluye. Ustedes deciden cuándo desconectarla. Ustedes. Deberían considerar la donación de órganos. ¿Quiénes son ustedes?

Te deja. Con Sonia. Solo. A solas. Su cuerpo aún conserva el movimiento de los vivos. Su vaivén respiratorio. Cuesta trabajo aceptar que ha muerto. Se ha convertido en un amasijo de carne. Sin pasiones. Sin pensamientos. Los pitidos del monitor acompañan su derrota. La tuya. Sigues sin entender lo que esa muerte cerebral significa. No es exacto. Te queda claro que no despertará. Para ti la muerte era algo más relacionado con el cuerpo. Ya desde antes existía la posibilidad de que no despertara. Con las funciones vitales. Algo tan simple que no permitía estas ambigüedades. El corazón funciona. Ella respira. Está muerta.

Recuerdas la caricia de la visita anterior. Aprovecharse de alguien en coma. De tu exmujer inconsciente. ¿Sería peor hacerlo ahora? Es un delito sin víctimas. Acaso una agresión. Un tributo postrero a quien fue. No sabes si se podría tipificar como necrofilia.

Lanzas la mano. A su frente. Tibia. Con una pátina de sudor y grasa. A Sonia no le habría gustado presentarse de esa forma. Era una reina de belleza. Tomas un par de toallitas húmedas. Limpias su cara. Esquivando el tubo inserto en su boca. Un conato de lágrima se aglutina en tus lacrimales. Lo alejas con un ademán violento. Tu mano sobre su pierna. La sábana de por medio. La dulce consistencia de una mujer madura. Sigue siendo la más guapa de tus amantes. De tus amores. La aprietas todo lo posible. A quien has deseado por más tiempo. Corres la sábana. Exploras la parte interior de sus muslos. La presión es dolorosa. Sería. Para alguien vivo. No para Sonia. Inmutable en la monotonía de los pitidos.

La sueltas. Mucho más triste que excitado. Acomodas la sábana. Comienza a ser mortaja. Terminas de limpiarle el rostro. Entretienes el cuidado en sus labios. Abiertos. El tubo en su interior. Un recuerdo sucio.

Desconectarla. Pronto. Donar sus órganos. Sin duda. No eres tú quien tomará la decisión. El terror se manifiesta en formas crueles. Como el rostro de Leslie escuchando la noticia. Es ella quien debe decidir. Tomas la mano de Sonia. Catéter o cánula en su dorso. La aprietas. Buscando una respuesta.

¿Cómo le diremos a nuestra hija que su madre está medio muerta? Lo verbalizas. Haciéndola responsable de lo que está por suceder. Todo ese dolor, su marejada, llegando a Leslie a través de un teléfono. La crueldad de pedirle una fecha. El momento para desconectar a su madre.

Pinche Sonia. Te despides. Pasas un pañuelo por tus ojos. Pinche Sonia. Arreglas la sábana.

¡Leslie! Exclamas cuando te responde. Seca. Atribulado.

Te guareces bajo un árbol en los jardines del hospital. Parte estacionamiento. Pasillos. La noche y la lluvia garantizan que nadie se acerque a pedirte que apagues el cigarro.

¿Mi mamá? Ha adivinado. La tintura de tu voz. Su coloratura cargada de pésames. Su pronunciación ansiosa.

Sí... Tartamudeas. Muerte cerebral. Apenas un susurro colándose entre el humo del tabaco. Silencio. Ya has acumulado demasiado silencio para una misma noche.

¿Pero sigue viva? La esperanza se cuele a través de las rendijas del entendimiento.

Le explicas. Queriendo abrazarla cuando escuchas el primer sollozo. De nuevo es una niña. Una niña a quien su padre no le puede brindar consuelo mientras la atiborra de detalles funestos. Una niña que esperó a papá tantas horas hasta que el sueño la vencía para acusar a su madre de maltrato. Una niña que ahora escucha las dos preguntas del médico. Intentando ser adulta.

Llora. Tus dos brazos aprietan el vacío. Añoras el silencio. Su enojo. La distancia. Acaricias su cabeza imaginada sobre tus piernas. El mohín de disgusto porque no llegaste la noche anterior. Como cuando era pequeña. Estabas en un operativo. En un putero. En una fiesta llenándote de alcohol. Leslie tendida sobre ti para que la alejaras del mal. Ignorando que el mal eres tú mismo. La congoja que se suma a esas respiraciones más profundas. Pausadas. Ofreciéndole su orfandad a cambio de tus palabras. A destiempo. Como siempre.

No sé si pueda ir. Interrumpe su propio duelo. Los trámites migratorios. Desliza. Sin dar más explicaciones.

La reconfortas con frases hechas. Sientes cómo se te escapa la posibilidad de ese abrazo. A los muertos poco les sirve la presencia de los vivos. Del consuelo. Su dolor no cauteriza las heridas. El llanto sobre tu hombro. No se enteran.

Yo me encargo. Respondes cuando te lo pide. Resignado. Si Leslie no viene a atestiguar la desconexión de Sonia, poco puedes esperar de ella cuando sea tu turno. Yo me encargo. Reiteras. No te preocupes. Para como están las cosas, ni siquiera tendrá que buscar otro pretexto.

Aventura explicaciones. Buscando justificarse. La interrumpes. Tu sadismo no cobrará en Leslie su próxima víctima.

Leslie. Musitas cuando ella cuelga. Sabiendo que eres tú quien necesita ese abrazo. El del consuelo. Ella ha perdido a su madre. Tú sientes cómo vas perdiendo a tu hija.

Además, dejó el lastre de no responder a las dos preguntas. La vida de Sonia, de lo que queda de Sonia, ya sólo depende de ti.

Te sientas sobre el borde de la cama. La nueva. El departamento despierta los ecos de los deshabitados. Hacen falta Nat y la Niña. Te descalzas. Los calcetines escurren. La regadera. Una lluvia para atenuar los efectos de la otra. Caliente. Dejando que escueza la piel.

De vuelta a la cama. A una de las imágenes que sintetiza el patetismo de nuestro tiempo. Un hombre sentado al borde. En calzoncillos. La postura resquebrajada. El ánimo. La panza como promesa de lo prominente. El teléfono a un lado. Nadie lo acompaña.

Marcas. La Amarilla Nelson responde al segundo pitido.

Sonia murió. Le cuentas. La madre de Leslie, mi hija. Aclaras sin estar seguro de que él ya lo sepa.

No responde. Tampoco ofrece consuelo. Se limita a escuchar. A escucharte. Explicas el asunto de la muerte. Parcial. De las funciones cerebrales. Estás rindiendo un parte. Explicando los trámites que te esperan, pues Leslie no volverá. Mencionas el asunto de la residencia. Sin querer.

Para contextualizar. Tal vez. Para proteger a tu hija por su ausencia. De las críticas. Quizá. A nadie le gusta que hablen mal de sus querencias. El problema es que ya no están casados. No tienes potestad sobre ese cuerpo que acumula más respiraciones que ideas. Latidos que sentimientos. Hace mucho perdiste o tiraste las actas de matrimonio. Deben ser recientes, aseguró algún administrador del hospital. Hacer más fácil el trámite de la desconexión no era su tarea. Para colmo, Nicole es de las vecinas chismosas. No tuvo empacho a la hora de contar su vida. La de Sonia. De ahí el recelo de las enfermeras. Eres un hombre violento que abandonó a su mujer e hija pequeña. Mírenlo si no, deja dinero para que alguien se encargue de su responsabilidad. No. La situación no es sencilla.

Mándame los datos. Yo te llevo el acta mañana. La Amarilla Nelson y su eficacia a toda prueba.

Agradeces. Con pocas palabras. No hay lugar para ser otro. Converso.

¿La amabas? La Amarilla Nelson repite una pregunta que suena antigua. De hace varias semanas.

No. Hace tiempo que no. Dices sólo para constatar que tu respuesta es verdadera. También, que nunca has vuelto a querer como quisiste a Sonia.

Carajo.

Ojalá se pudiera de nuevo. La ventana te devuelve tu reflejo. Su patetismo. No hay forma. Ni siquiera de acercarse.

Un lujoso restaurante de hotel. También lujoso. El hotel. Te sientes cómodo. Sabes que no será sencillo deshacerse de ti. No en este lugar. Caminas por la recepción. Los techos altos. Pisos pulidos. El mecanismo de la eficiencia. Antes de llegar a los elevadores, percibes el perfume típico de la limpieza. Segundo piso. No se requiere ser huésped. Al abrirse las puertas, dos sillones. Piel falsa. Parece. Hugo se levanta al verte.

Lo saludas con un ademán. Camina. Lo sigues. Te parece curioso. Su traje negro contrasta con el colorido del decorado. Rosáceo. Apastelado. Lo curioso no es eso. Tú pensaste que Hugo trabajaba para Hetero. Tal vez sí sea una trampa. Te prometes no acompañarlo a las habitaciones. Un matón es peligroso aunque obedezca al amo correcto. Tensas los músculos de la cintura para sentir el peso de tu arma. Imaginas los titulares. Balacera en el hotel Mayestático. Un ajuste de cuentas. Bandas rivales. Sonrías por la ocurrencia. El capitán de los meseros murió desangrado. Los servicios de emergencia no alcanzaron a llegar por culpa de una manifestación. Cómo piensas pendejadas.

Homo te espera en un gabinete al fondo del restaurante. Esquinado. Un enorme bufet te hace salivar mientras llegas a su mesa. Queso. Fruta. Platillo salado. Pan dulce. Jugos. Café. El orden preciso en que llenarás tus platos.

¿Qué quieres saber? Te recibe Homo sin darte la mano. Bebe un té flojo. Ningún plato muestra rastros de alimento.

Evalúas la pregunta. No te interesa conocer la verdadera identidad del asesino. Puede ser cualquiera. Tampoco la de conductor de la moto. Uno más. Te basta con saber que no fue Néstor

Quiñones. Tampoco buscas desenredar la maraña de las complicidades entre el procurador y los hermanos. Ni siquiera las rivalidades entre éstos. Dramas familiares los hay por doquier.

Dos cosas. Respondes. ¿Por qué le hacen tanto a la mamada?

Hugo interrumpe con un café. Para ti. También lleva un plato con tres panes dulces. Diminutos. Se acaba de ir al carajo tu desayuno de ensueño.

Homo te interroga con los ojos. Con un ademán le haces saber que está bien. Con esto basta. Gira la cabeza para que Hugo tome su lugar en la mesa aleadaña. Con un vistazo compruebas que él sí se ha servido bien. Carne, huevos y chilaquiles humean frente a su gula. Cabrón. Tomas con dos dedos un panqué y lo muerdes.

No es que le hagamos a la mamada por gusto. Homo tarda en hablar. A veces las cosas no salen como uno quiere.

Te hace saber que sí, sin duda, la muerte de su tío fue planeada desde adentro. Por eso el motociclista sabía la hora del arribo del muertito. No dice si por su hermano o por los dos. También que fue un error lo de las cámaras de video. Algo en lo que no pensaron. Además, uno no puede pasar por alto una agresión de ese tipo. Aunque sea autoinfligida. No es bueno para el negocio. El procurador se ofreció a resolverlo. El problema. Al menos eso dijo. Cuando les reveló el nombre del sicario sabían que no era cierto. Bueno, más o menos. Homo terminó convencido. Sospecharon cuando no les entregaron el cuerpo. Les tomó bastante tiempo encontrar la tumba de Néstor Quiñones. La tumba falsa. Si te llevaron a abrirla fue para comprobar que estaba vacía y para que supieras que todo iba muy en serio.

Para darte un sustito, pues. Hace una pausa. Sorbe con la delicadeza de un colibrí. Sí ha de ser Homo, concluyes llenando tu boca con el segundo panecillo.

Luego todo se desmadró. Alcanzas a entender. Se filtraron datos. Del muerto falso. Un par de socios no quisieron pagar. Los dos hermanos tuvieron sus problemas. El poder haciendo de las suyas. Hubo tratos bajo el agua. Un chingo de dinero. A madres. Eso es un pinche robo y no se hace con la familia. Alvariño es medio puto. Anduvo escarbando donde no debía. Hasta les pidió dinero. Harto. Envalentonado.

Al güey ése lo matamos por venganza. No. Fue para darle un aviso al puto de tu jefe.

Llegó bien. Complementas. El aviso.

Todo en orden, pues. Concluye. ¿Y la otra pregunta? Se le nota relajado.

¿Y yo qué? Sueltas sin pausa. ¿Ustedes rompieron mis ventanas?

Ni idea, cabrón. A mi hermano le pidieron que te llamáramos. No sé más. Se refugia en su taza de té.

Ésa sí es una mala noticia. No eres ingenuo. Sabes que Alvariño y el procurador no lo hicieron para que te ganaras un dinero. Ni madres. Fue para deshacerse de ti. Hijos de puta. Sientes cómo se desmigaja el tercer pan entre tus dedos.

¿Todo bien? Tu expresión debe ser peor de lo que supones.

Más o menos. Respondes. Yo quería desayunar bien y sólo me comí dos panecitos.

¡Pinche Zuzunaga! Se carcajea. Ya me habían dicho que eras bien cagado. Ahorita que me vaya te sirves lo que quieras, sin pedos.

Te sacudes las moronas de las manos.

Necesito un favor. La seriedad vuelve a sus palabras. Un favor sencillo.

Explica con calma. Lllamarás a su hermano. Para decirle que ya todo acabó. Pedirás la otra parte del pago. También la entrega del teléfono. El puto teléfono. El que le costó la vida a Néstor Quiñones.

Si voy a entregárselo termino colgado de los huevos. Atajas la propuesta. Para favorcito está muy cabrón.

Te tranquiliza. Lo citarás en cierto paraje solitario. En la noche. Hetero no cree que seas pendejo. Sabe que debes andarte con cuidado. Ni siquiera acudirás a la cita. Eso se lo dejarás a ellos. A Homo. A Hugo. Es sólo una llamada lo que te pide.

¿O qué? ¿Eres igual de puto que Alvarioño? Media sonrisa acompaña a sus preguntas.

Venga pues. Accedes.

Homo se termina el té de un trago.

Eres buena bestia, Zuzunaga. Quizá te tenga otros trabajitos después. Márcale en la tarde.

Se levanta. Hugo lo imita de inmediato. Se ha terminado toda la comida. Le entrega una bolsa a su jefe. De cosméticos. Seguro sí es puto. La sopesa y la deja frente a ti.

Por las molestias. Su mano en tu hombro te incomoda. No son amigos. Ni cómplices. Hasta la próxima.

Los ves alejarse. Esperas a que salgan del restaurante. Te dejas tentar por el bufete. No te sirves nada. Ya será para la otra. La bolsa pesa bastante. Pagará muchos desayunos. No ahora. Se te ha ido el apetito. Otra vez.

Dudas como un adolescente que no sabe cómo acercarse a la casa de la chica que le gusta. Por eso te mantienes al otro lado de la calle. Frente a la vidriería. Pasas los minutos contemplando el reflejo de las sombras en el interior. El desgajamiento de la luz. Los miles de fragmentos de espejo y vidrio vueltos astillas. Conteniendo el trozo de realidad que se cuele por sus ángulos. El observador pertinaz podría ver el todo a partir de sus reflejos.

Las astillas. De vidrio. De espejo. Un cigarro colgando de tu boca. Sin brasa. Aún.

Repites las palabras que Homo te solicitó en cuanto su hermano te responde. No requieres negociar. Él mismo hace de su propia repetición cierta monotonía. Promete llevar el dinero. Tu pago. El resto. Lo imaginas llamando a sus hampones. Armas. Una bala a cambio de los servicios prestados. De tu silencio. Varias.

Cortas la llamada. Le envías un mensaje a Homo para avisarle que has concretado la cita. La reunión entre dos hermanos que se ven a diario. No esperas respuesta. Azotas el teléfono contra el concreto. Lo pones en ángulo para que el pisotón lo doble. Es increíble todo lo que guarda un aparato de estos en su interior.

Cruzas la calle.

Cui Serrano te recibe con el dolor trasminando sus gestos. Como si germinara bajo su piel. Te señala una carterita de cerillos. Disfrutas el chasquido. La flama. El aroma colándose antes que el del cigarro. Efímero.

Sé quién lo mató. Inicias. Tu relato no se detiene en los detalles. Observas a sus manos

apretarse. Apenas en hechos aislados. Los nudillos se tensan. En los malos presagios de la fortuna. Consideras sacar tu arma. Si él no hubiera cambiado tus vidrios también estaría colgado. Del rencor. Pendiendo. Las grietas en su piel se expanden. Ya no. Alguna reciente comienza a sangrar. Una plancha de metal es el penúltimo de los paraderos. El hilo de sangre baja hasta la mesa alfombrada.

No puedes vengarlo. Son muy poderosos.

Cui Serrano se lame las heridas. Sopesándote. No puede saber si estás ahí para advertirle. Para burlarte. Para contenerlo.

Tal vez yo pueda. Ofreces. Necesitaré un poco de ayuda y la suerte que nos ha faltado.

Explicas. Sucinto. Tarda unos minutos en comprender. En ponerse en marcha.

El tambor es como de revolvedora de cemento. Máquina que motoconforma. Mucho más pequeño. Cabe sobre la mesa. Igual de sólido. Acero fundido. Cui Serrano mete una esfera de piedra por la boca. Vacía astillas de vidrio dentro. De espejo. Acomoda el tambor a cuarenta y cinco grados. Gira la manivela. El sonido es hipnótico. Chasquidos. Arena originaria. Minutos de tu embeleso.

Es para hacer lijas. Anticipa tus dudas antes de que las externes. No lo dejaré tan fino.

No serán lijas. Respondes al recibir la bolsa de plástico. Apenas contiene destellos. Sellada.

Sacas tu billetera. Para pagar tus vidrios. Los de tus ventanas.

Van por mi cuenta. Te detiene. Es el costo de su vida. No vas a regatearle.

Aprietas su mano. Callosa. La sangre ya se ha coagulado. No alcanza la tuya. Cicatriza rápido. Su piel. Ojalá también su ánimo.

Sales con la promesa de volver. A informarle. Si es que no te carga la chigada antes.

Te vas como el chico que por fin pudo visitar a la muchacha que le gusta. Con más esperanzas que posibilidades de triunfo.

Tu casa. No es pregunta ni crítica. La Amarilla Nelson se limita a dejar constancia del lugar.

Te ayuda con las bolsas. Es la primera vez desde que vives aquí que recibes visitas. En forma. Nat y la Niña son otro asunto. Residentes. Un hueco que ve el desmoronamiento de sus bordes.

Se sientan a la mesa. La precariedad te acongoja. Tu invitado te conoció en una época de dispendio y sirvientes. Aunque no participó de ello. El comandante que fuiste quedaba muy lejos del encargado del archivo y las falsificaciones. Tú mismo estás a una enorme distancia de aquel Cipriano. Comandante Zuzunaga.

La pizza llega pronto. La acompañan con cerveza. Sin palabras. Al terminar corres el riesgo de ofrecer café. Acepta. Desempacas la cafetera con verdadero entusiasmo. Intentas absorber el aroma pleno del café recién molido. Eres cauto con las cucharadas. La cantidad de agua. De botella. Para que el cloro no haga estragos en la bebida. Esperas con paciencia el primer hervor. Sirves en dos tazas también nuevas.

Está bueno. Califica La Amarilla Nelson.

No esperabas un derroche de entusiasmo. Las palabras te saben a derrota. Tomas un sorbo. Sí está bueno. Tal vez un poco ligero. Pero bueno. Es un buen comienzo.

Te explica con calma. Con los documentos extendidos sobre la mesa. El acta de matrimonio es como una original. Las dos. La falsificación de la vieja. Idéntica a tus recuerdos. Incluso se ve el paso de los años sobre el papel. Ignoras cómo consigue ese efecto. La nueva. Con medidas de seguridad que no sospechas. También hay un acta de defunción. De Sonia. Para ahorrar el trámite, de ser necesario. Tiene fecha del día siguiente. Un clip la une con el testimonio de un médico legista. La firma impecable. El sello.

Sólo por si se necesita. La Amarilla Nelson guarda los documentos en dos cartapacios. Azul y verde. Meticuloso. Para no dar pie a confusiones.

¿Puedes hacer unas gringas? La pregunta se te ocurre sin aviso. Para ayudar a Leslie con el proceso de residencia. Si sale a tiempo aún podría llegar con su madre.

La Amarilla Nelson niega con la cabeza.

Hacerlas es lo de menos. Esos cabrones sí revisan códigos. No le serviría de nada. Explica. Una pausa. ¿Cuándo se casó?

¿Cuándo? La pregunta te toma por sorpresa. No es un reproche. Eso es claro.

Sí, ¿no? ¿O cómo va a obtener la residencia?

La Amarilla Nelson es sincero. También prudente. Cambia el tema al ver tu desconcierto. Contribuyes. A pensar en otra cosa. Ocupando las manos. Sacas dos cajas con el tequila más caro que encontraste en la tienda. Muy caro. Las dos por el sueldo de un mes. Sin contar las cuotas. El pago de H y H.

¿Por qué brindamos?

Pones sobre la mesa la bolsa de Cui Serrano. Es tu respuesta. La razón para brindar. Vidrio molido.

Si sale bien a la primera nos tomamos la segunda. Ofreces. Tampoco quieres dar paso al error.

La Amarilla Nelson toma una botella. La observa con cuidado. Dándole vueltas. Se concentra en la envoltura alrededor del gollete. Temes su diagnóstico. Pregunta por una secadora de pelo. Te alzas de hombros. Toma la cafetera. Se levanta a lavarla. La desenrosca. Vuelve a llenarla de agua. La arma sin café. Espera el hervor. Lo utiliza para aflojar la calcomanía. Para expandir el capuchón. Consigue quitarlo. Íntegro. Desenrosca la tapa. Gira sin subir. La Amarilla Nelson sonrío. La jala hacia afuera. No es de canica. Es de corcho. Corcho pegado a la tapa. No como botella de vino.

Falta ver si no queda guango al ponerlo de nuevo. La estampa de Hacienda se pega sin problema. Muestra orgulloso el capuchón. La tapa con el corcho.

Sientes ansias por vaciar el vidrio molido en su interior. Terminar con el proceso. Emborracharte. Fabricar armas tiene su encanto.

Si vamos a hacer las cosas, vamos a hacerlas bien. La Amarilla Nelson te contiene.

Llena un vaso con agua. Vacía varias cucharadas del vidrio. Lo mira a contraluz. Te lo pasa. Un mundo de cristales diminutos flota en su interior. No se asientan. Lo deja sobre la mesa. Fuman. La espera tiene el sonido del humo en los pulmones. Observa el vaso sin separarlo de la mesa. Lo imitas. Los destellos siguen flotando. Una buena noticia.

Hace un cucurucho con el folleto de la pizza. Vacía nuevas cucharadas. En la botella de tequila. Son imperceptibles. A menos que se mire de cerca. A contraluz. Confías en que no se

darán cuenta. Alvariño. Un regalo para tu jefe.

La tapa. La botella. Inserta el capuchón. Con cuidado. Lo enfría con un hielo. Para que ajuste. Calienta con cuidado la estampa. Se adhiere. Gira con lentitud la parte superior de la botella. Resiste. La guarda en su caja.

¿Podemos brindar ahora? Se nota cierto atisbo de gula frente a la botella. La nueva. Intacta. Su gula está justificada. El sabor de este tequila tiene una suavidad pasmosa. Tensa. Tenue. Por Leslie. Por su matrimonio. Verbalizas el brindis al servir la segunda ronda. La Amarilla Nelson alza su vaso. Dejan que una ligera embriaguez abra el camino a la noche.

Apagar un cuerpo. Bajar el interruptor.

Estás de pie. Al lado de la cama de Sonia. Observas cómo un médico presiona los botones. La enfermera quita cánulas, ventosas. Sólo dejan el monitor cardiaco con su pitido intermitente.

Te dejan a solas.

No has querido que Nicole sea testigo del proceso. Leslie tampoco ha querido participar.

Hablaron. Un poco. Confirmaste que estuviera segura. Desconectarla. A Sonia. A su madre.

El cuerpo se resiste. Animal en su esencia más pura. Se nota el esfuerzo por respirar sin los aparatos. La frecuencia cardiaca no acusa cambios.

Le ofreciste dejar el micrófono abierto. Del teléfono. Hacer un enlace de video. Para que viera a su madre. A su cuerpo. Lo que queda de ella.

Se rehusó sin agradecimiento. Con violencia. Como si tu oferta fuera la agresión y no el paliativo.

El ritmo de los pitidos decrece. Nada cambia en la expresión de Sonia. De quien fue. De quien era. No acusa dolor ni sufrimiento. Ya tampoco se percibe su resistencia. Del cuerpo.

Tampoco quiso decirle unas palabras. Para evitar sus posibles reparos le dijiste que saldrías del cuarto. A Leslie. La hija de Sonia. Que hablara con ella a solas. Declinó la oferta de hablar con su madre una última ocasión.

De no ser por las sombras que se desplazan sobre el cuerpo de Sonia, todo sería igual. Las sombras y ese número titilante que sigue en decremento. Moroso. Consideras que debería bajar al mismo ritmo que tus parpadeos.

La despediste con enojo. Molesto. A Leslie. Incapaz de comprender el poco apego para su madre. Anticipando el escaso dolor que le significará tu muerte. Cuando llegue. Aún no. Harás lo posible por retardarla.

Una molestia que se suma a otra. A la semilla de la sospecha que plantó La Amarilla Nelson. Leslie está casada. Y no te lo ha dicho. ¿Desde cuándo? ¿Lo sabía Sonia? Su pecho apenas se mueve. Los pitidos ya son muy distantes. Unos de otros.

Morir a solas. Es lo que resta. No importan las razones que nos mantienen vivos. Las personas. Haces tu listado personal. Te excluyes. Uno no puede ser razón de sí mismo. Comienzas con tu hija. Con Leslie. Por supuesto. Con todo y la molestia. Pese a todos los enojos. El orden deja de importar después. Nat. La Niña. Lola. La Amarilla Nelson. Pabilo. Cui Serrano. Es todo. ¿Cuántos

se habrán salido de la lista al día siguiente? ¿El mes próximo? Siete son tus razones, pero podría ser sólo una. Siete para engañarte un poco y no sentirte tan solo. Siete para no volver a la trampa. Quizá tú seas la única.

Tomas su mano. La de Sonia. Que su soledad tenga problemas para imponerse. Al menos.

Tal vez tú mismo no estés en ninguna lista. No te imaginas siendo una razón para vivir de un forense necrófilo. De un vidriero. De la niña con otra Niña. Puedes seguir. Ni de Leslie. Tu propia hija. Tal vez, sólo tal vez, lo hayas sido de Sonia más que de ninguna otra persona.

Aprietas su mano.

Deberías tener siete razones en otro sentido. Siete personas para las que fueras su razón.

Uno no se basta a sí mismo como razón de vida.

Fuerte.

Se requiere de los otros y tú sientes cómo se te escapan. Incluso la ilusión de Lola. Bien podrías sacarla del listado. No. Te aferras. Siete es mejor que seis. Aunque no sea recíproco. La vida bien podría consistir en balancear dichas listas. Ida y vuelta. Reciprocidad.

Con Sonia pierdes la octava de tus razones. Sientes el vaciamiento. El de ella. El tuyo.

Besas su frente. Coincide con el pitido pleno. Ininterrumpido. Te descubres lágrimas. Ya no sentías cariño por ella. Te sorprenden. También se puede sentir dolor por el pasado. Por la muerte de alguien para quien fuiste una razón.

Hay escenas que se repiten. Un cementerio. La noche. El sepulturero. Una tumba que se abre. Los detalles de cada palada podrían coincidir, pero no su sentido. Bajo la lápida con el nombre estará el cadáver. Quien es. Quien fue.

Néstor Quiñones.

No fue difícil convencer a los involucrados. A Pabilo poco le interesa el destino de sus clientes. Al sepulturero le bastaron tu placa y el dinero. Ni siquiera pidió la documentación que, esta vez, está en regla.

Observas con calma la tensión de su cuerpo. Los brazos ennegrecidos haciendo el esfuerzo. Lo observas de pie. Fumando. Mientras constatas la absoluta falta de deseo. Los ecos de la noche adquieren resonancia en el ataúd.

A tu lado una tristeza fría. Cui Serrano tiene las manos en los bolsillos. No deja de ver el hueco que va produciendo la falta de contenido. No llora. Apenas un parpadeo repetitivo. Muchas dudas manando.

La postura no cambia cuando desciende el féretro. Cae. Mejor. Los cuidados del sepulturero no bastan. Es un hombre solo y sin poleas. También Cui Serrano. Imposible saber la clase de amistad que lo unía con Néstor Quiñones. Eso no te impide envidiarlo. De nuevo los rescoldos de una idea. Necesitar razones. Volverse razón. A Cui Serrano acaban de enterrarle una. A saber cómo se sustituyen.

Nadie arroja tierra a la fosa. Sobre la tapa. Acaso el sepulturero rellena el hueco. Acaso. Con nuevas paladas. Acomoda la lápida nueva. A medias. Tampoco es trabajo de un solo hombre.

Cui Serrano espera hasta que apisona la tierra. Sus pedruscos. Respira profundo y da la media

vuelta. Lo acompañas unos pasos. Se detiene.

¿Vas a hacer que paguen? Es una de las frases más largas que le recuerdas. Tal vez sea tu cansancio.

Con mucho dolor. Ofreces por respuesta.

Cui Serrano duda unos segundos. Se descuelga su mochila del hombro. La del trabajo. Polvo de vidrio la recubre. La abre sin soltarla. Te da una bolsa. Pesada. De tela. Intentas rehusarte. Es claro su contenido. Él necesita el dinero más que tú.

Por esto lo mataron. No lo quiero. Cui Serrano se vuelve elocuente.

La tomas. Más por respeto que por codicia. Se la darás a Cuco y obtendrás dinero. Mucho. Algo que te sirve para pocas cosas.

Ves partir a Cui Serrano. Su silueta perdida en medio de los espectros del panteón. La madrugada los convoca. Vuelves hacia la tumba. A la de Néstor Quiñones. A la de al lado. Fuma. El sepulturero. Te recuestas sobre el cemento frío. La noche estrellada. Fumas. También.

Encuentras a Cuco frente a una tienda de abarrotes. En El Fresno. La cortina abajo. Sólo una ventanita que sirve para despachar. Alcohol. No está solo. Cigarros. Percibes cómo se tensa el ambiente cuando te separas de la patrulla. Tal vez algo más. Son otros tres. Con una caguama en la mano cada uno. Las luces resplandecen en tonos azulados. Los mismos con quienes estaba hace varias semanas. Cuando hicieron pagar por sus descuidos al automovilista que atropelló a un perro. Los mismos. Desde la infancia. No es difícil descubrir sus historias. Decadentes. Lo mucho que han maltratado a Cuco. A ellos mismos. En el precario equilibrio de sus bastones y la botella de cerveza.

Dos pasos más retumban en esa madrugada. Te acercas a la abertura en la cortina de metal. Sientes a sus miradas seguirte. Sin pausa. Clavándose entre tus omóplatos. Pides cigarros. A sus silencios. Golpeas la cajetilla para apretar el tabaco. También enhiestos. Alguno apura un trago de cerveza. Sacas uno. El del centro. Lo enciendes. Deja caer la botella. Un grito rompe la calma.

Es Cuco.

Conteniéndolos. Se nota cierto regodeo en su voz. En su postura. Pese a que cuelga de sus bastones. Le hacen caso. No has necesitado sacar tu arma.

Camina hacia ti. Cuco. Se balancea. Busca entre su ropa. Como siempre. El pago por la entrega pasada. No te parece tan buena idea que cargue el dinero consigo. Todo el tiempo.

Es la última. Le informas al entregarle el paquete de Cui Serrano.

Una ligera decepción se cuele en su ánimo. También una ráfaga de miedo. Perderá lo poco que ha ganado. De respeto. ¿Cuántas cervezas se pueden comprar con las ganancias?

Es bastante. Sopesa la bolsa.

Nos vemos el miércoles. En la fonda. Hay rutinas a las que es mejor acostumbrarse.

Caminas de regreso a la patrulla. Cuco ha desaparecido. En su casa. Cerca de la tienda. Los otros tres te observan. Los imitas. Un eructo colosal rompe la escena. Se ríen. Lanzas la colilla al aire. Te descubres sonriendo mientras manejas. A casa.

Tomas la urna del asiento del copiloto. De nueva cuenta te sorprende su peso. El peso de una vida. De Sonia. Es incómodo cargarla con las dos manos. Por los pasillos. Oscuros. El laberinto previo a la llegada a casa. Seco. Ahora sí han terminado las lluvias. Lo sientes en la nariz. El polvo acumulado. Polvo a cuestras. Polvo andando. Polvo incómodo.

La Amarilla Nelson te sorprende a mitad de la contorsión necesaria para abrir la puerta sin dejar las cenizas en el suelo. Abre. Anticipándose. Como si te esperara. Lo hacía. Un dedo sobre sus labios exige silencio. La urna sobre la mesa. Cierta penumbra. Un olor que se ancla en tu interior antes de que puedas identificarlo. Sólo la luz de la cocina. La puerta de tu cuarto entornada. No mucho. La Amarilla Nelson señalando la rendija.

Te acercas. Con calma. El olor incluso te atormenta. Un pálpito que repeles. Detestas la esperanza. A eso huele. A Nat y a la Niña. Duermen. A veces paga sus cuotas. La esperanza. Tranquilas.

La Amarilla Nelson se despide. No tienes los recursos para convencerlo. Tampoco lo intentas demasiado. Te estrecha la mano. Percibes un ligero brillo en su mirada. Quizá no todo esté perdido. Su sombra se integra a la noche. Polvosa.

Fumas. Tus labios tiemblan. Podrías embriagarte frente a las cenizas de Sonia. Revolver tu cigarro consumido con sus restos. Todas tus preguntas giran en torno a Nat. A la Niña. Percibes tu miedo y tu enojo. Esa melaza. Coordinados. Espesa.

Alzas la vista. Ahí está ella. Nat. Oculta por la oscuridad. Se acerca. Sus ojos se iluminan. Enormes. Es un animal indefenso. Temeroso. Imprudente. Idiota. Sientes el envión de la fuerza. Tu necesidad de lastimarla. Te incorporas. Nat se hace más pequeña. La furia aprieta tus quijadas. La han golpeado. Rechinan tus dientes. Merece cada uno de los moretones en su cara. Te ocultas tras la mesa para no sumar golpes a sus heridas. Aprietas los bordes. Nat no habla. Se ha detenido. Ese instinto de las presas que les avisa del peligro. Mientras no hayan lastimado a la Niña. La adrenalina levanta tu brazo. Te acerca a Nat. Ese sabor tan peculiar que precisa ser escupido. El miedo la arrincona.

La Niña. Preguntas. Tu voz está cargada.

Está bien. Apenas un susurro. Apenas. Tenue como la calma que no te llega.

Bajas el brazo. Tomas la urna con las dos manos y la estrellas contra una pared. El sonido es seco. No se rompe. Tampoco rebota. No lo parece. Queda inclinada entre el suelo y el muro. Te escurres a su lado. Nat se escabulle. En tu cuarto. Ya habrá mejores días. Vuelves a tomar la urna. La revientas contra el suelo. Triunfas.

¡Zuzunaga! El grito atraviesa el patio de la Procuraduría.

Tardas en encontrar su origen. Lo hallas un par de pisos arriba. Es el procurador en persona. Acodado sobre el barandal. De cemento. Levantas una mano por todo saludo. La izquierda. De tu diestra cuelga la bolsa con la caja. La caja con la botella. La botella con el tequila. El tequila con su dosis de sufrimiento. Te hace señas para que lo alcances. Cambias el rumbo. Alvariano esperará. Hay órdenes que es mejor obedecer.

Te recibe en su despacho. Las persianas corridas casi por completo. A solas. Algo ha de tener

en contra del sol. Sus achichincles se quedaron en la sala de espera.

¡Zuzunaga! Repite. Algo de euforia se cuele en su enunciación.

¡Jefe! Lo imitas con recelo. Cauteloso. Participar de su humor te parece una buena idea.

Te sientas en la sala. Los sillones de piel. Tachonados. Una mesa de centro y más lámparas. Le gusta la iluminación indirecta.

Supe que hablaste con esos cabrones. Las cartas sobre la mesa. Sin mediaciones.

Te acomodas. Todo es muy diferente a la primera reunión que sostuviste en esta oficina. El chivo expiatorio a un paso del matadero. El diputado Manrique. Saliste bien librado. De su odio y su impotencia. Ahora hasta parece alguien digno de agasajos.

Sí. Hablé con ellos. La prudencia ante todo.

Entonces te interesará ver esto. Dirige el control remoto a la tele. Empotrada en la pared. Su textura contrastando con la madera sobre los muros. Oscura.

Los segundos de espera son lodosos. Atribulados. Por fin la imagen. Conocida. Otro cuerpo pende. De un puente peatonal. Sin rejas. El vaivén se percibe a la distancia. De un verde más claro. La cámara se acerca. De construcción reciente. No es muy buena. Se cierra la toma sobre el torso. Debe ser de un teléfono. La cabeza caída hacia adelante. Una hoja pegada sobre el pecho.

¿Hetero? Te preguntas en voz alta. No hay forma de distinguirlo a esa distancia. En esa posición.

¿Perdón? La pregunta es sincera.

Tardas en explicar el asunto del apodo. Encandilado con el péndulo humano. Mencionas las dos Haches. La cuerda demasiado larga. La asociación. El procurador te observa divertido.

¡Para mí que los dos son putos! Concluye alegre. ¡O eran! Ya no lo vamos a poder comprobar.

¿Qué dice el mensaje? Tu curiosidad natural se ha despertado. El video termina. Estática en la televisión.

Que me ande con cuidado.

¿Usted?

Sí, yo. Ratifica el procurador.

¿Por qué está tan contento, entonces?

Ay, Zuzunaga. Se me hace que sólo andas disimulando. ¿En serio no entiendes?

No espera tu respuesta. Entiendes mucho más que él. Sólo buscas corroborar. Se lanza a la aventura de contar cosas sin mucho orden. Te enteras de que H y H tienen nombre. Obvio. También de que no son hermanos. Son primos. Algo así. Fueron criados de esa forma. El asunto es que el mayor era hijo del tío. Qué desmadre. Ya ves cómo son los asuntos familiares. Vaya que lo sabes. Por eso no preguntas si el tema son faldas, bastardos, adoptados, fecundados por el espíritu santo o por algún extraterrestre. Para el caso da lo mismo.

Y el caso es que los negocios con el tío ya no daban para mucho. Era necesario deshacerse de él. Lo entendió el procurador y lo entendió el hijo del tío. Un desmadre esto de los nombres. Otro. Contrataron al pistolero pero no consideraron las cámaras.

Yo no me deshago de la gente que me es leal. Avisa el procurador al hablar del asesino. No sabes si es una invitación o una amenaza.

Así que primero enterraron a un falso homicida. Todo se fue al carajo con las sospechas del

sobrino. Del sobrino del tío. Les habló de un gran investigador. Cipriano Zuzunaga Pollastre. Se regodea con las sílabas. La verdad sí está muy cagado tu nombre. Pensaron que nunca descubrirías nada. Deberías agradecer por la confianza. No había asesino. No había muerto. Se les pasó platicar contigo.

Pero no salió tan mal. Continúa sin prisas. Les diste un asesino y ellos te dieron un chingo de lana. Ya lo que se hicieron entre H y H es cosa de familia. ¿O qué? Concluye el procurador.

Entonces, ¿cuál era el hijo y cuál el sobrino? Preguntas sólo para confirmar tu sospecha de que otra vez te vieron la cara.

El procurador señala la tele. La estática es su único habitante. El sobrino. Te alzas de hombros. Si no lo distinguiste con la imagen, menos con su recuerdo. Va a su escritorio y regresa con un fólter. Otro expediente que pasa por tus manos. La foto de los dos.

Señala a Hetero. El sobrino.

A Homo. El hijo.

Hijo de puta. Rebulles en tu interior. Así que el engaño es cierto. Tanto pinche muerto para que ese pinche maricón controle el negocio. Si hasta le serviste en bandeja de plata a su hermano... su primo... Hetero. Sientes cómo te palpitan las sienas. Homo mató a Hetero. Homo mató a Néstor Quiñones. Homo reventó las ventanas de tu casa. Homo los mandó matar después de que se los entregaras. Pendejo. A los dos. A Néstor Quiñones. A su hermano, primo o la sagrada familia. Pendejo otra vez. Y el procurador feliz. Hijos de puta todos.

Sacas la caja de la bolsa.

Se la iba a dar a Alvariano como agradecimiento, pero se me hace que usted la va a apreciar más. Extiendes el tequila.

La mirada del procurador es golosa. De quien reconoce el valor del obsequio. Una gula con diferentes motivaciones que la de La Amarilla Nelson.

¡Haces bien, Zuzunaga! Ese Sótico no reconoce un buen tequila de los meados de su abuela.

La abre sin ceremonias. Acertaste. De seguro Alvariano se hubiera entretenido en observarla. Saca la botella de la caja. O la habría guardado para un mejor momento. La destapa sin reparar en el capuchón.

¡Venga! ¡Vamos a brindar! Te invita.

Consideras aceptar el trago. Lo mereces. Eres tan culpable de la muerte de Néstor Quiñones como cualquier otro. Y de la de Hetero. Pero ese cabrón te vale madres. Te tienta la idea de sentir el efecto de esa limadura en el tracto digestivo.

Estoy tomando medicamentos. Rechazas el trago. Antibióticos.

El procurador oculta bien su decepción. Cambia tu tequila por agua mineral. Brindan. El primer caballito lo toma hasta el fondo. El que era para ti. De un trago. El tuyo. A su salud.

Es una puta delicia, Zuzunaga. Reporta mientras se rellena el pequeño vaso. Si sigues así vas a llegar lejos.

Sonríes. A ver quién llega más lejos. Dejas que el agua fría lastime tu garganta. Él vacía con sorbos largos el otro caballito. El suyo.

¡Vamos a ver qué hacemos contigo! Te despide brindando al aire. Los ojos achispados.

Afuera, la Procuraduría te ofrece la más gris de sus apariencias.

Le marcas a Leslie. No contesta. Esperas la invitación de la voz magnetizada. Enciendes un cigarro.

Tengo las cenizas de tu madre. Avísame qué quieres hacer con ellas. Supongo que no vendrás a recogerlas. No te molesta el tono brusco. A fin de cuentas, eres su padre. Y no te avisó que se había casado con Mark. Ya estás cansado de hacer lo que los otros dicen. Sería bueno dejar de mandarle dinero.

Esperas a terminar el cigarro antes de cortar la comunicación. Porque sí. Porque puedes.

Manejas. Las manos apretadas sobre el volante. Mucho. Los nudillos blancuzcos. De no pasar algo, pronto tendrás que volver a las cuotas. A los cobros. A arrancarle monedas a la miseria de quienes viven en la calle. Aún no. Queda el dinero de H y H. De Homo. Pinche puto. El de Cuco. Te debe. Primero debes garantizar que nadie va a quebrarte las ventanas de nuevo. O algo peor. Las piernas. A las niñas. Una niña con otra Niña.

Pinche Nat. Cuando regreses te va a escuchar. Si se quiere ir al carajo que se largue de una vez, pero que no vuelva. Que se largue con todo y la Niña. Restar razones bien podría ser una liberación. Vaciarle. Te queda claro que no les importas a quienes te importan. No eres razón para nadie.

Aceleras. El coletazo del motor te entusiasma. La adrenalina te conduce a la carretera. No es tan mala idea irte también a la chingada. Buscas motivos mientras el velocímetro explora nuevas latitudes. No los encuentras en tus razones. A los motivos. Ingratos todos. Esquivas un tráiler. Rebasas una motocicleta. Una sospecha anida. Estas patrullas son fregonas. La de tus pendientes. Se jala un poco en la curva. Tus últimos pendientes. Viraje. Alvariño no se puede ir limpio. Controlas el coletazo. Tampoco Homo. Desaceleras. Te intriga el efecto del tequila en el procurador. Tomas el retorno. Que te den el pago prometido. La ciudad te recibe con su espesa nata contaminante.

La venganza puede más que el cariño.

A veces.

Sigues manejando rápido. El Fresno pasa a tu lado. Casi. Giras en el delta ancho. Rechinan las llantas. Frenas del todo frente a El Estío 24 horas. Te estacionas. Compras nuevos cigarros. Para normalizar el pulso.

Das una vuelta a la manzana. A pie.

Nat va a escucharte. Habrá reglas. Tendrás que pensar en algo para que esté ocupada. La Niña a la escuela. No sabes si la aceptarán tan chica.

Una casa en venta. Podrías preguntar. Te dejas seducir por la ilusión de la familia. No seas ridículo. A estas alturas. Si apenas puedes sostener el ritmo de tus pasos. El Fresno nunca te dará la bienvenida.

A la distancia, una figura. Una mancha en tonos verduscos en medio de la luminosidad del día. Otra sospecha. Suficiente para lanzar el cigarro. Apretar el paso. Dejar para otro momento el sermón a Nat. Para olvidar la casa y tus deseos trasnochados. Tus ilusiones y tu enojo bien pueden irse al carajo. Ésos sí.

Es Lola.

Lola caminando hacia su negocio.

Ha vuelto.

Los separa menos de una cuadra.

Ha vuelto.

No le gritas. Prefieres alcanzarla.

Ha vuelto.

Quizá baste una sola de las razones para justificar la emoción que te embarga.

*Ciudad de México,
19 de octubre - 28 de diciembre de 2016*

«Salvar tu vida. Palabras escritas en el agua.»



Han asesinado a un empresario y Cipriano Zuzunaga está a cargo del caso, sin apoyo policiaco, como una suerte de investigador privado. Pronto descubrirá que nada es lo que parece, sobre todo porque en el expediente consta que el presunto asesino murió en una redada pero su sepulcro está vacío. ¿Por qué sus jefes lo pusieron a investigar un caso resuelto? ¿Quién aseguró a los deudos que el asesino había muerto y por qué sabían que en la tumba no había un cadáver? La investigación enfrentará a Zuzunaga con una rencilla familiar y lo pondrá en contacto con personajes en quienes deberá aprender a confiar.

La Amarilla Nelson, su amigo y cómplice de otra época, le ha pedido ayuda para cobrar venganza de los responsables de la muerte de su familia. Además, Zuzunaga debe resolver su relación con Nat y su bebida. Completa el cuadro Lola, atractiva encargada de un café-internet.

A partir de una voz narrativa innovadora, Gudiño Hernández amplía el rango de acción del género policiaco; esta segunda entrega de la saga muestra a Zuzunaga como un personaje complejo, hundido en un mundo malvado, pero con guiños de humanidad que quizá lo rediman.

Jorge Alberto Gudiño Hernández es escritor. En 2010 publicó *Los trenes nunca van hacia el este*, su primera novela. En 2011, con su novela *Con amor, tu hija* obtuvo el Premio Lipp de Novela, entregado por primera vez en México y de gran tradición en Francia. En 2014 publicó *Instrucciones para mudar un pueblo*; en 2015, *Justo después del miedo* y en 2016, *Tus dos muertos*, primera entrega de la serie policiaca del comandante Zuzunaga. Desde 2004 conduce *La Tertulia*, en Radio Red, una revista radiofónica dedicada a la literatura. También es colaborador de diversos medios impresos y digitales. Dedicó buena parte de su tiempo a la docencia universitaria. Se le puede leer todos los sábados en SinEmbargo.mx

Siete son tus razones

Primera edición digital: febrero, 2018

D. R. © 2018, Jorge Alberto Gudiño Hernández

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Bld. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-316-218-0

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Siete son tus razones

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos